

HQN™

*Un.
viaje
sin
brújula*



María Gallego

*Un.
viaje
sin
brújula*

María Gallego

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2019 María Gallego © 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Un viaje sin brújula, n.º 232 - junio 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1307-904-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Recalculando ruta](#)

[El bar de Antonio](#)

[La llamada](#)

[¿Perdona?](#)

[Hasta siempre, querido](#)

[Descubriendo realidades](#)

[Personas que son casa](#)

[Nuevo trabajo, nueva vida](#)

[Cerrando puertas, abriendo horizontes](#)

[Revelaciones](#)

[Alianzas](#)

[Descubriendo realidades](#)

[Cazando bastardos](#)

[Reorganizando](#)

[Finalizar etapas](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Para toda mi gente bonita.los míos.
Gracias por hacerme mejor.*

*Para vivir hace falta vivir...
Creo que no deberíamos olvidarlo.*

Brújulas que buscan sonrisas perdidas.
Albert Espinosa

---He creído conveniente situar el comienzo de la historia así; en este punto no admito cambios. Tú transcribirás todo lo que te vaya contando. Por favor, sé fiel a mis palabras, salvo las florituras que hagas para que quede bonito; para eso te pago, pero cíñete a la historia. ¿Entendido?

---Entendido.

---¿Vas a usar grabadora?

---Sí.

---Pues dale a grabar...

Recalculando ruta

Mayo, 2006

Dormía envuelta por la tranquilidad que otorga la ignorancia, como el huevo que reposa en el nido esperando para eclosionar. Intuyes que ese estado es pasajero, algo va a suceder. No quieres llamar al mal tiempo. ¿Quién querría sufrir de manera consciente? Pero, aunque no queramos, la tormenta llega, el huevo se abre y la ignorancia te explota en la cara. El saber sí ocupa un lugar y, en mi caso, me llevó directa al infierno.

Un sonido, que tardé en reconocer, me despertó. Era el timbre del teléfono de casa. Salvo las llamadas de tipo comercial, poca gente usaba el teléfono fijo. Miré la hora que parpadeaba en el despertador con un color rojo alarmante, y supe que algo malo había pasado. Eran las cinco de la madrugada. A esa hora no suelen llegar buenas noticias.

Descolgué con la mano temblorosa.

---¿Sí? ---susurré.

Al otro lado del auricular se hizo el silencio.

---¿Sí? ---volví a preguntar---. Te escucho respirar.

Tras unos segundos, alguien preguntó: ---¿Quién eres? ---Era una voz femenina.

---¿Cómo que quién soy? ¡Eres tú quien llama! ---exclamé. Tenía la voz dulce, parecía muy joven.

---¿Puedo hablar con Fran? ¿Eres su hermana?

En serio, ¿su hermana?

---Soy su mujer, ¿en serio me has preguntado si soy su hermana?

---Me dijo que vivía con su hermana, he averiguado sus datos por la matrícula del taxi. El teléfono sale en la guía.

Chica lista.

---¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ---pregunté sin rodeos.

---Tres meses... Perdóname ---gimoteó---, pero tengo que encontrarle. Hace cuatro días que no sé nada de él. No me coge el móvil, ni me contesta los mensajes. Por favor, sé que esto no está bien, pero tengo que encontrarle. No me puede dejar tirada, ahora no. No sé qué hacer, no sé qué voy a contarle a mis padres.

Sentí ganas de matarlo.

---¿Cuántos años tienes? ---conseguí preguntar.

---Diecinueve.

---¡Maldito cabrón! ---gemí como un animal herido, suspiré, tratando de concentrar toda mi energía para formular la siguiente pregunta---: ¿De cuánto estás?

---¿Cómo lo sabes? ---preguntó sorprendida.

---No hay que ser muy lista. Contesta.

---De seis semanas, creo. Eso ha salido en la prueba que he comprado en la farmacia. Por favor, estoy muy asustada. Empiezo dentro de poco los exámenes y no puedo concentrarme para estudiar.

Aquello fue demasiado, no podía consolar a la amante adolescente embarazada de mi marido. Estaba más que acostumbrada a las putadas que me había ido haciendo con los años, había aprendido a gestionar los desastres mejor de lo que me hubiera gustado.

---Te voy a dar la dirección de nuestra casa, Fran está trabajando, llegará a las nueve de la mañana. Vienes y le esperas en la puerta. Os las arregláis entre vosotros. Si puedes estar antes de las nueve, mejor. ---Le di la dirección y colgué.

La frialdad con la que salieron las últimas palabras no evitó la furia posterior. Miré a mi alrededor, la casa estaba sumergida en la penumbra, tan solo entraban pequeños vestigios de luz de las farolas de la calle. Leves por la altura del piso, suficientes para intuir las sombras de los muebles, que me tentaban, como si fueran boxeadores con los puños en posición de combate. Lo hubiera destrozado todo, habría hecho añicos cada maldito objeto que tuviera algún valor para él.

Cerré los ojos y contuve la respiración, con dificultad, conseguí dominar

el impulso, no eran horas para formar un escándalo de esa magnitud. Poco a poco la rabia dejó de correr a través del torrente sanguíneo como veneno. Mi mente desechó la imagen de mis arterias pudriéndose, cambiando del rojo al negro. Concentré cada uno de mis pensamientos en un único objetivo: salir de allí, sin dejar rastro y haciendo el mayor daño posible.

Poco podría sacar de la empresa, estaba a nombre de mi «querido» suegro, como socio mayoritario al comprar la licencia del taxi. También avaló la compra del piso y puso la mayor parte del dinero de la señal. La hipoteca se iba pagando con los beneficios que obteníamos del trabajo de ambos; yo conducía de día y él de noche. El piso estaba a nombre de la empresa y nosotros habíamos firmado separación de bienes, requisito obligatorio del padre para asociarse con el hijo. Salvo la indemnización por despido, poco más me correspondería. Litigar era costoso y no contaba con recursos económicos.

Fran no me firmaría el despido, jamás. Me señalaría la puerta con ironía, como había hecho otras veces.

«Eres libre de irte cuando quieras, pero no sé de qué ibas a vivir».

A base de repeticiones te lo acabas creyendo. Las veces que conseguía cruzar la puerta, venían los ruegos, los lamentos, los supuestos porqués. Terminaba perdonándole.

Esta vez no tenía perdón.

No podía tenerlo.

Metí un par de vaqueros, algo de ropa interior, el móvil y la cartera en una mochila que encontré tirada en un armario. La huida implicaba ligereza de equipaje, ¿qué iba a hacer arrastrando una maleta por Madrid? Tenía bastante con arrastrarme a mí misma.

Era el mismo Madrid que me había acogido años atrás. El mismo que recorría día tras día llevando personas a sus destinos. Compartiendo el mismo espacio tiempo tan solo los minutos que duraba el trayecto. Seguramente, se sentaron personas a punto de casarse, otros en pleno proceso de separación. Quizá a alguno le hubieran diagnosticado una enfermedad terminal. Otro habría conseguido el trabajo de sus sueños. Miles de vidas que pasaban por la mía sin que afectara lo más mínimo a mi existencia. Salvo aquella chica y su llamada, que habían conseguido derrumbar todos mis cimientos. Abandonaba todo lo que hasta ese momento había sido mi zona de confort. Mi casa, mi

trabajo y la persona que más había amado.

No sabía dónde ir. Mi círculo de amistades se había reducido a la nada, salvo los amigos de Fran y sus parejas. Ni yo me esforzaba por cultivar amistades, ni era compañía grata para los demás.

Eché un último vistazo a la casa, me despedí de todas las cosas que había ido acumulando con los años. Apreté los dientes y me despedí también de todas las lágrimas derramadas dentro de esas cuatro paredes. Visualicé por última vez la cara de Fran, la misma que conseguía nublar me todos los sentidos. Metí la llave en la cerradura por dentro y salí tirando de la puerta. El muy cabrón iba a tener que llamar a un cerrajero de urgencia. Que se jodiera, que se jodiera, pero bien. Palpé el bulto dentro del bolsillo del pantalón, cuatro mil euros en billetes de cien en concepto de indemnización anticipada por daños y perjuicios. Según iba caminando pesaban como piedras.

Barata le salía la jugada. Me moría de gusto al imaginar la cara de Fran al abrir el bote de arroz y comprobar que dentro solo quedaba el arroz.

Corrí a la boca de metro, debían de ser las siete de la mañana. A esas horas el metro se iba llenando de personas con caras de sueño. Algunos tenían las miradas perdidas entre sus pensamientos, otros iban sumergidos en sus lecturas, o con los ojos cerrados y los auriculares puestos, la mayoría evadía mis miradas y yo no podía evitar observarlos y sentir mucha envidia. Todos con destino a los centros de trabajo, rodeados de rutina, horarios, reuniones, tareas repetidas. A pesar de las caras de poco entusiasmo tenían un sitio al que ir, tendrían personas a las que saludar, disfrutarían del cariño ajeno. Un padre, una hija, un compañero de trabajo. Una conversación agradable.

Yo no tenía nada de eso, estaba completamente sola y, a pesar de ello, no sentía tristeza. El instinto de supervivencia no te da tregua. Ya tendría tiempo de llorar después. En ese momento debía encontrar un lugar donde dormir, el resto era secundario.

Me bajé en la glorieta de Atocha y caminé hacia el paseo de Santa María de la Cabeza; buscaba un hostel que no fuera muy cutre y, sobre todo, que fuera barato. Madrid me resultaba hostil. Llevaba encima una sensación de fracaso letal. Acababa de perder mi brújula, el hombre que había dirigido mis pasos la mayor parte de mi vida, y me sentía perdida. Él marcaba los pasos y yo me dejaba guiar. Tan solo debía enviarle a mi cerebro la orden de mover mis pies tras los suyos. No tomé ni una decisión durante los años que estuve a su lado, y ahora me tocaba valerme por mí misma. Apreté los puños y me propuse salir

adelante. Lo primero era buscar un sitio para pasar la noche. La tarea no fue todo lo sencilla que había supuesto. Los hostales que tenían cierta categoría eran impagables en mi situación. Al final me vi obligada a rebajar el nivel de exigencia en cuanto a la cutrez y entré en uno cerca del paseo de la Chopera.

El toldo que colgaba encima de la puerta estaba raído. Roñoso más bien. Se notaba que no habían invertido en el negocio en años. Al cartel luminoso le faltaban varias letras. Se suponía que debía poner *El paraíso*, pero realmente ponía: «*El p ra so*». No me dio buena impresión, pero estaba desesperada.

---Buenos días, quería una habitación para esta noche. ---El tipo de la recepción me miró de arriba abajo deteniéndose con esmero en la zona de las tetas. Puso un gesto raro, como si la mercancía no le convenciera del todo.

---¿La noche completa? ---preguntó---, no pareces de las que trabajan la noche completa.

---Sí, la noche completa. ---Sentí mucho asco---. Si la habitación no huele a váter podrido, como el resto del hostel, necesitaría quedarme alguna noche más.

---Vaya, una listilla. Si quieres subimos y te enseño a fondo una de las habitaciones. Seguro que se te quitan esos remilgos. Lo haría encantado ---dijo mientras se relamía, consiguiendo que la colilla apestosa que sujetaba en la comisura de los labios no se le cayera. La escena me provocó una náusea.

---No gracias, buscaré otro.

---Ya me parecía.

Salí asqueada y rabiosa a la calle, me paré en la puerta, apreté los puños y conté hasta diez. No merecía la pena. Me dolían los pies y las entrañas, solo quería encontrar algún sitio para pasar la noche. Miré el reloj, faltaban quince minutos para las nueve. Seguramente la chica ya estaría lloriqueando en la puerta del portal de nuestra casa. Bueno, de su casa. Traté de borrar la escena de mi mente.

Seguí caminando y entré en un bar.

---Buenos días, un café con leche, por favor ---pedí con tono de voz de derrota.

---Ahora mismo, preciosa. Tienes cara de llevar un día de mierda ---dijo la mujer que me sonreía detrás de la barra. Era muy alta, tenía una melena roja y rizada que sujetaba con una pinza. Unos ojos almendrados color marrón miel y un cuerpo digno de portada de revista. Tenía una belleza arrebatadora. Comparada conmigo, que apenas superaba el metro y medio, el pelo liso y

negro. Sin apenas curvas. Siempre me habían dicho que se me había quedado el cuerpo aniñado. No me consideraba fea, pero no tenía nada destacable. Un rostro anodino y perfectamente olvidable.

---Buena intuición. Aunque son varios meses de mierda, hoy tan solo estoy viviendo el espectáculo final. Busco alojamiento barato, no sabrás de algún hostel por aquí que esté bien ---imploré.

---Alguno hay, pero ni se te ocurra entrar en el hostel Paraíso, que de paraíso no tiene nada.

---Tarde, vengo de allí.

---Valiente capullo. Solo acepta clientes por horas. Mira, hay uno según sales a la calle, hacia la izquierda. Tienes que ir dirección al paseo de Delicias. No recuerdo el nombre, pero no tiene pérdida. El rótulo es amarillo. Dile al hombre de la entrada que vas de mi parte, que te manda Celeste, del bar La rueda. Te tratará bien, me debe algún favor.

---Celeste, qué nombre tan bonito.

---¡Gracias! No pude escoger otro mejor ---dijo guiñándome un ojo.

Sonreí, pero en ese momento no entendí el guiño. No podía dejar de mirar el reloj. Las nueve y dos minutos, Fran ya habría llegado a casa y se habría encontrado el regalito. Jódete cabrón.

Terminé el café y bajé las escaleras hacia el baño. Saqué la tarjeta Sim del teléfono móvil y la tiré en una de las papeleras. Debía comprar una de prepago. No podía permitirme llamadas de disculpa, ni escenas de llanto. Si Fran me pedía perdón, si se acercaba, si me tocaba... terminaría perdonándolo.

Saqué el dinero del pantalón y deshice el paquete que había preparado Fran, envolviendo los billetes en papel transparente. Separé seiscientos euros y el resto lo guardé dentro del bolsillo de uno de los vaqueros que llevaba en la mochila.

Me despedí de Celeste, no sin antes prometerle que desayunaría allí al día siguiente, y me encaminé a la calle en busca del hostel.

Lo encontré siguiendo las indicaciones que ella me había dado, y al entrar me recibió en la recepción un hombre con el pelo cano, tratando de leer el periódico mientras daba cabezadas.

---Buenos días ---saludé.

---Buenos días, señorita, ¿qué puedo hacer por usted? No me interesa comprar nada.

---No vengo a venderle nada, me ha dado su dirección Celeste, del bar La

rueda.

El hombre dio un respingo y se puso de pie. Se atusó el pelo y se limpió unas migas de algo que podían ser restos de galleta del pecho.

---¿Y qué quiere?

---Una habitación.

---¿Celeste?

---No, Celeste, no. Yo.

---¿Usted quiere una habitación?

---Sí.

---Entonces, ¿qué tiene que ver Celeste?

---Nada, ella me ha recomendado su hostel, y me ha dicho que le diga que vengo de su parte.

---¡Ah! ¿Le ha dicho algo más? ---preguntó mientras se le ruborizaban las mejillas. Me entraron ganas de reír.

---Pues no, no me ha dicho nada más. ¿Podría decirme cuánto cuesta la noche?

---Son treinta y cinco euros. La habitación tiene baño dentro. A las doce tendrá que dejarla libre.

---¿Puedo ver una de ellas?

---Claro. Verá, las mejores están en la última planta. Déjeme que cierro la puerta y le enseño una de las de arriba. Las de la primera planta tienen algo más de trasiego --- dijo sonriendo.

Subimos tres tramos de escalera y llegamos a un pasillo donde conté ocho puertas. La pintura del pasillo estaba impecable. Todo de un blanco impoluto que le daba al lugar un aspecto aséptico. Abrió una de las puertas. La habitación tenía el mismo aspecto pulcro del pasillo. Un armario de dos puertas, una cama individual y un baño antiguo, pero limpio. Olía a limón y a pino, no a cañería podrida como en el otro.

---Disculpe...

---Eduardo ---dijo mientras extendía la mano.

---Eduardo, encantada. Yo me llamo Samantha.

---Qué exótico.

---Me gustaría alquilarle la habitación por un mes.

Eduardo me miró fijamente, tratando de imaginar por qué querría hacer tal cosa.

---No tengo aval para alquilar un piso, ahora mismo no tengo trabajo, y no

se me da bien la gente para compartir una vivienda. Le daré el dinero por adelantado. No me dedico a la prostitución y prometo ser una inquilina discreta. Le pagaría seiscientos euros ahora mismo por el mes completo.

Puse la cara más honrada que me salió en ese momento y Eduardo debió de apiadarse de mí o quizá no tenía las habitaciones repletas de huéspedes, fuera por lo que fuera, aceptó y yo respiré tranquila. No tendría que dormir en un parque.

Una vez formalizado el pago y entregada la llave, tuve libertad para entrar y salir del hostel a mi antojo. Eduardo comenzó a tutearme y yo a frecuentar el bar donde trabajaba Celeste para desayunar, comer y cenar. Ella se convirtió en mi mayor apoyo durante mi estancia en el barrio.

---No ha conseguido localizarte ---dijo un día.

---Quizá no ha tenido interés en hacerlo.

---Me extraña. Debe de estar buscándote desesperado. Aunque solo sea por la pasta.

---Triste, pero cierto. Cada vez que veo un taxi de la misma marca que el suyo me pongo en guardia.

---Así no puedes vivir. Llámale un día, habláis y cerráis como se deben cerrar las cosas. ---Hizo una pausa, para después añadir---: F follando.

No pude evitar la carcajada, ni la tristeza posterior por la veracidad de tal afirmación.

---Ese es el principal motivo por el que no quiero volver a verle. Fran es peor que la heroína, igual de venenosa, pero más adictiva.

---¡Ay, nena! Me dan ganas de pedirte su teléfono. ---Celeste sonreía, escondida tras sus bromas. Tenía unos ojos preciosos, que ocultaban años de daños. Ahorraba cada céntimo que podía del sueldo para poder operarse y borrar los últimos rastros de un cuerpo que no le correspondía.

Nos abrazábamos mucho en aquella época. Cada vez que yo recibía una negativa de trabajo. Cada vez que las lágrimas se acumulaban en los ojos y las gargantas se cerraban impidiendo tragar.

---Estoy deseando echar a alguna de las compañeras del piso para que puedas venir y dejar el hostel ---me decía.

---No estoy tan mal. Eduardo me trata bien. Algunas noches tengo que subir el volumen de los auriculares y ya está. El otro día le dieron una paliza a una de las chicas. La policía estuvo preguntando.

---Lo sé, me lo contó Eduardo a la hora del café.

---¡Ay! Eduardo se pone *colorao* cada vez que estás delante ---dije.

---Eduardo es un caballero que no me pone nada.

---Qué pena.

---Pues sí, chica, pero eso no se puede forzar. O hay química o no la hay.

---O hay de más.

---Eso también. Venga, ¡arriba ese ánimo! ¿Cómo va la búsqueda de trabajo?

---Mal. No tengo dirección que poner en el currículum. Estoy desesperada, no sale nada. Estoy pensando en hacer una llamada. Sé que me va a traer consecuencias, pero no tengo otra salida.

---¿A quién?

---A mi madre.

---¡Ay, chica! Pero ¿tú tienes padres?! ¿Por qué nos les has llamado antes de terminar en este agujero?

---Porque es como si no los tuviera.

---Los padres lo perdonan todo.

---¿Los tuyos también?

---No vayas por ahí. Yo vengo de un pueblo pequeño.

---Yo también.

---Los míos no pudieron entender.

---Los míos tampoco.

---Comprendo. Llama, seguro que ella está deseando oírte. ---Cuando Celeste se ponía tierna, me invadía la melancolía.

El dinero disminuía a una velocidad de vértigo. Celeste clavaba sus ojos en los míos, esperando una reacción. Yo estaba paralizada buscando alguna alternativa que se me hubiera pasado. Llevaba mucho tiempo pateando Madrid y no había salido nada. Si esperaba y me quedaba sin dinero, la única salida sería pagar el hostel amortizando la habitación. Llenando la cama de intercambios sexuales, consentidos y remunerados. Visualicé los hombres que acompañaban a las prostitutas con las que me cruzaba por el pasillo y apreté los dientes. Celeste seguía clavando sus ojos, como si pudiera adivinar mis pensamientos. Como si supiera con exactitud lo que significaba llevar esa vida.

---Llama ---insistió.

Había llegado el momento. El bar La rueda estaba vacío, salvo un señor

que miraba el televisor al final de la barra. Caminé hacia la mesa más alejada de la puerta y busqué en los contactos del teléfono el número de la casa de mis padres. Un número que no había marcado en muchos años. «Pasado». Ese era el nombre de contacto con el que aparecía en la lista. Pulsé el botón verde de llamada como si me hubiese dado una descarga eléctrica. Sonaron los tonos y mi corazón se aceleró. Escuché la voz de mi padre.

---¿Dígame?

---Hola. ---Él no contestó---. Soy yo.

Mi padre tiró el teléfono en algún sitio, porque sonó un golpe fuerte. Al cabo de unos segundos escuché la voz de mi madre.

---¿Samantha? ---preguntó con la voz quebrada.

---Sí, soy yo.

Mi madre comenzó a llorar y yo esperé. Me hubiera gustado llorar con ella y decirle muchas cosas, pero no fui capaz.

---¿Cómo estás? ---consiguió preguntar entre sollozos.

---Estoy bien. No tengo mucho tiempo, pero me gustaría pedirte un favor.

---¿Necesitas dinero, hija?

---No, mamá, no necesito dinero.

---Ese cabrón te ha dejado tirada, ¿verdad? Lo sabíamos desde que te arrancó de nuestro lado.

---Él no me arrancó de ningún sitio, mamá. Me fui yo de manera voluntaria.

---Eso es lo que él quiere que pienses, pero no fue así.

---Vale, mamá, no quiero discutir. Necesito que hables con Antonio y le preguntes si tendría un hueco para mí en su bar, o me dieras su teléfono para poder llamarle yo. ---Antonio regentaba un bar en el barrio de Carabanchel. Era primo hermano de mi madre, por parte de su madre, a su vez, o sea, de mi abuela. Buena parte de la rama familiar de mi madre era originaria de un pueblo pequeño de Extremadura, en la zona sur de la provincia de Badajoz; y hasta aquí puedo contar, que las cosas de los pueblos trascienden más allá de las lindes que los enmarcan.

---¿Antonio? ---repitió sorprendida---, hace mucho que no sabemos nada de él, desde el entierro de Josefa, su madre. ¡Josefa era tan divertida!, de todas las hermanas, ella y tu abuela eran las más guapas y las más divertidas. Siempre lo he dicho, que tú eras clavadita a Josefa. ¡Cómo echo de menos esos tiempos, Samantha! Tú eras chiquitita, y siempre estábamos en casa de la

abuela. Josefa se quedó viuda muy joven y se fue a vivir con la abuela, ¿te acuerdas? No quería quedarse sola, los hijos se habían ido todos. Antonio mandaba dinero, pero el dinero no puede competir con el cariño.

---Sí, mamá, me acuerdo, me sé la historia de memoria, por favor, necesito el teléfono de Antonio.

---No, hija, no puedes llamarle tú. Deja que hable con él y te llamo. ¿Por qué necesitas trabajo? ¿No trabajabas con ese? ---preguntó mi madre con el tono más hiriente que le salió. Yo había sido tan estúpida de pensar que podía tener esa conversación sin la necesidad de dar detalles.

---Ya no trabajamos juntos.

---¿Por qué?

El orgullo invadió mi garganta dejándome muda.

---¿Por qué, Samantha? ---repitió mi madre.

Levanté la mirada que había permanecido estática en un agujero pequeño de la mesa de madera y me encontré de nuevo con los ojos de Celeste que me observaban con preocupación desde la barra. Asentía despacio, como si fuera ella la que tuviera el móvil en la oreja.

Reuní el valor.

---Porque ya no estamos juntos.

---¡Ja! ¡Maldito bastardo! ¿Habéis tenido hijos?

---No, mamá.

---¿Te ha abandonado por otra?

Suspiré.

---No, mamá. ---Era verdad.

---Samantha, si me mientes, no voy a ayudarte. Lo siento. Tú padre no me lo perdonaría.

---Me he ido yo porque ya no soportaba más sus engaños.

---¡Lo sabía! Decidiste irte con él, a pesar de que te dijimos lo que iba a hacerte. Dame tu teléfono para dárselo al primo Antonio. Solo voy a hacer una llamada y espero que pueda ayudarte, pero tu padre no te quiere aquí. No puedes volver. Nos costó mucho salir adelante después de todo lo que pasó.

---No iba a volver, tranquila.

Le di el número de teléfono y colgué. Se abrió la puerta y entraron un grupo de personas. Celeste apartó la mirada de la mía para atenderlos y yo volví al agujero en la madera. Trataba de arrancar una astilla que sobresalía del pequeño orificio. Rascaba con la uña hasta que me la clavé. El dolor del

pinchazo distrajo el dolor del pecho. Levanté los ojos de nuevo para buscar los de Celeste, pero se cruzaron por el camino con un hombre que me observaba desde la barra. Había entrado con el grupo. Debía de tener treinta y muchos, vestía traje de chaqueta, y por cómo se relacionaba con los demás deduje que se trataba de asuntos de tipo laboral. Me daba lo mismo. Tenía esa forma de comportarse sabiéndose ganador, encandilando a los de alrededor con sonrisas y comentarios graciosos. Siempre oportunos. Un triunfador. Yo continuaba mirándole y él me devolvía la mirada desplegando todas sus artes de seducción. «Imbécil», pensé.

Retiré la mirada y volví a poner toda mi atención en la astilla que se había alojado en mi piel y se resistía a abandonarme. Traté de quitarla con los dientes y el individuo en cuestión debió de pensar que esa era la señal que estaba esperando.

---Hola.

«Mierda».

Levanté los ojos y me encontré con los suyos. Moreno, sonrisa perfecta. Sonreía, sujetando un vaso de cerveza en cada mano, desvié la mirada hacia la barra y pude comprobar dos cosas: el grupo ya no estaba y Celeste me levantaba los hombros, desentendiéndose de la escena.

---Hola ---dije al fin.

---Puedo pedirte otra cosa, si te apetece, pero he creído intuir que una cerveza te sentaría bien.

---¿Por qué?

---Pareces jodida.

Directo, seductor, empático y guapo, sobre todo esto último.

---Eso a ti no debería importarte, ¿no?

---Bueno, no me gusta que la gente esté jodida.

---Ya, ¿vas invitando a cerveza a todas las personas tristes con las que te cruzas? ---pregunté con ironía.

Levantó una ceja.

---No, claro que no, pero en tu caso me gustaría hacerte pasar un rato agradable. Quizá pueda distraer tus pensamientos de eso que te tiene tan jodida. Si no te apetece, me levanto, vuelvo a mi oficina y aquí no ha pasado nada.

Miré sus manos y no vi anillo. Fran y yo tampoco los llevábamos. ¿Así era como lo hacía él? ¿Así abordaba a las mujeres que se subían al taxi?

---No me apetece. ---Claro que me apeteecía. Me apeteecía echar un buen polvo de esos que te hacen olvidar. Con un desconocido, sin miramientos, sin emociones, tan solo follar y correrse, pero mi orgullo impedía que el galán se llevara la medalla---. Pero gracias por el intento.

Sacó un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta y anotó un número de teléfono en una servilleta.

---Llámame si algún día te apetece ---dijo, convencido de que lo haría y se largó.

Sentí mucha rabia y rompí la servilleta.

Celeste se sentó conmigo y nos bebimos las cervezas.

---¿Y ese gilipollas? ---pregunté.

---Viene de vez en cuando. Tiene una inmobiliaria cerca. Está bueno.

---Y lo sabe.

---Sí, se debe tocar a sí mismo muy a gusto. ---Sonreí al escucharla---. Puedes darte una alegría.

---Ahora mismo la alegría que necesito es encontrar trabajo, o me veré obligada a hacerlo, pero cobrando.

Celeste me miró con ternura.

---Intenta por todos los medios no llegar a eso ---dijo y concluyó la conversación poniéndose en pie. No había nada más que añadir al respecto.

La llamada del primo Antonio no tardó en producirse.

Esa misma tarde me llamaba para citarme al día siguiente en el bar.

La entrada del hostel olía a jazmín. Eduardo había colocado en el mostrador un ambientador mikado, de esos que tienen unos palitos de madera sumergidos en un aceite aromático. Me hacía gracia al verlo, no era la clase de ambientador que le pegaba a Eduardo. Me lo imaginaba comprando un pulverizador de marca blanca en cualquier supermercado. Pero él rellenaba con mimo la botella con el aceite de esencias y le daba la vuelta a los palitos. Ese día le sorprendí mirando ensimismado el ambientador.

---Buenos días ---dije.

---Buenos días, Samantha. ¿Dónde vas tan guapa?

---¿Guapa? Llevo la ropa de siempre ---contesté, mirándome de arriba abajo. Vaqueros desgastados y una camiseta del mercadillo.

---Tienes buena cara.

---Pues he dormido una mierda.

---Samantha...

---He dormido muy mal, Eduardo. Estoy de los nervios. Si no consigo hoy el trabajo, no sé qué voy a hacer.

Eduardo me miraba con lástima.

---Aquí no da para otro sueldo, si no, sabes que te contrataría seguro.

---Lo sé. ¿Puedo hacerte una pregunta?

---Claro.

---¿Dónde has comprado el ambientador?

---¿Esto? ---dijo señalándolo---, me lo ha regalado Celeste. Es bonito, ¿verdad?

---Muy bonito. ---«Como él», pensé---. Tengo que irme, quiero tomar café con ella antes de ir a la entrevista.

---Dale un saludo de mi parte.

---Por supuesto.

---Ánimo, Samantha. Seguro que tu suerte cambia.

---Eso espero...

Salí a la calle y me crucé con uno de los chulos que frecuentaban el hostel. Me daba mucho asco toda esa gente que se aprovechaba del trabajo de las chicas, pero no me convenía tener enfrentamientos con ellos estando sola allí. Este en concreto me sacaba más de medio cuerpo y tenía muy mal semblante.

Llegué al bar de Celeste y la encontré colocando los servilleteros. La dueña del bar La rueda era muy mayor y no podía hacerse cargo de él. Celeste trabajaba con ella cuando enfermó. Esa señora le había ayudado cuando nadie más lo hizo, y la lealtad que tenía hacia el negocio y hacia ella eran inquebrantables. Los días de diario estaba Celeste sola, y los fines de semana iba un sobrino de la señora a ayudar por las noches. Cerraban los martes y aprovechábamos para ir al cine. O sentarnos en el Parque del Retiro durante horas. Celeste me contaba los argumentos de las novelas románticas que leía cada noche. Ella soñaba con encontrar el amor. Pero el amor de verdad, decía. Que en realidad era el amor menos real que existía. El de las películas románticas, el de las princesas. El príncipe azul, el perfecto caballero que no daña. Que te antepone siempre en cualquier decisión. Eso no existe, el ser humano es egoísta por naturaleza. Al menos, yo lo creía con fervor. La mayoría de hombres que se acercaban a Celeste huían al conocer su secreto. Otros, se acercaban por el morbo. Ella se había retirado del mercado

voluntariamente, hasta que estuviera completa. Yo leía la tristeza profunda en sus ojos y la abrazaba muy fuerte. Como me abrazaba ella cuando me quedaba en silencio mirando al vacío. Incapaz de llorar, pero abatida. Rota, enfurecida por dentro.

---Hola, Samantha. Me alegro de verte ---fue el saludo de Antonio. Cordial y amigable. Acompañó la frase con dos sonoros besos y una mirada conciliadora. Mirada que me hizo intuir sus pensamientos. Antonio debió de viajar al pueblo años atrás. Al episodio que supuso la vergüenza de mis padres. En los pueblos pequeños hay ciertas cosas que no se perdonan, y esta fue una de ellas. Les falté el respeto y traicioné lo más sagrado. No lo recuerdo con especial vergüenza, fue una chiquillada que se nos fue de las manos. Como todos los niños de la época hicimos la comunión, y todas las pompas que ello conllevaba. La catequesis, todo. Había un cura que cogió especial inquina con Fran. En los años de catequesis y en los posteriores. Le apuntó con el dedo, nombrándole el «demonio» del pueblo. Acosaba a sus padres para que mandaran al chiquillo a algún colegio de curas, interno, para que le convirtieran en un buen muchacho. Como venganza por la persecución injusta que hizo con él, se nos ocurrió que el altar mayor de la iglesia era un buen sitio para jurarnos amor eterno. ¿Cómo? Copulando, por supuesto. Sellamos nuestro amor, entregándonos al placer en el sitio más sagrado. Nos pillaron y se convirtió en una afrenta popular. Además, yo era menor. El cura no quiso denunciarnos ante las autoridades por entrar en una propiedad privada y forzar la puerta de la sacristía. El incidente logró dos cosas: que entre los jóvenes nos convirtiéramos en héroes, y entre las personas que pertenecían a la generación de mis padres, en unos herejes. Nos señalaban y no se hablaba de otra cosa. Ese episodio forzó la salida de ambos. Él hacia Madrid, y yo para Badajoz, a estudiar Estética. Supuso la humillación para mis padres, que no eran capaces de mirarme a los ojos. Si mi padre hubiera sido de otra forma, le hubiera perseguido con una escopeta, pero siempre fue un hombre cabal. Reservado. Estaba muy dolido conmigo. Pero los sentimientos no se verbalizaban. Me retiró el habla. Dejando entre nosotros un vacío insalvable.

Antonio me observaba, en su rostro se podía ver reflejada la lástima. No pude regresar al pueblo. «Esa es la que se follaron en el altar de la iglesia», es

la etiqueta que llevaré siempre para ellos.

---¿Has trabajado alguna vez en hostelería? ---preguntó Antonio, sacándome de mis recuerdos.

---Solo como extra, ayudando a una amiga.

---Bueno, habrá que enseñarte, no te preocupes. Carlos te explicará cómo funciona todo. Mañana te pasas por la gestoría para firmar el contrato, ahora te doy todos los datos. Bienvenida a nuestra casa.

Así fue cómo conseguí mi salvoconducto para esquivar la prostitución. Las acciones nos marcan, nos ponen el sello en la espalda, un tatuaje velado. Nos condicionan los pasos. Tiempo después surgió la ocasión de hablar de ello con Antonio. Era un hombre de pocas palabras, pero sí me dijo: «Aquella chiquillada te salió muy cara».

En efecto, así fue.

El bar de Antonio

A las ocho de la mañana abría puntual el bar situado en la calle de la Oca, en el madrileño barrio de Carabanchel. A las siete, llegábamos Carlos y yo para preparar las cámaras, encender la cafetera, calentar la plancha y tener todo listo antes de levantar el cierre.

A las ocho en punto llegaban los primeros clientes: «Café cortado y tostada con tomate», «Café solo y una copita de Pacharán». Hay situaciones que se graban en la memoria para siempre y no tienen por qué ser trascendentales. Ni siquiera recuerdo el nombre de alguno de ellos, pero sí lo que desayunaron durante esos años en los que sus vidas y la mía coincidieron. También recuerdo al bueno de Tomás, que se ofrecía cada miércoles para llevarme al cine.

---Venga, Tomás... ¿cuántos rechazos necesitas? ---le preguntaba con ternura.

---Jamás dejaré de intentarlo. Un día me dirás que sí ---decía el pobre tartamudeando. Tomás tenía casi cincuenta años. Un problema de falta de oxígeno al nacer le había mantenido en los quince para siempre. Vivía con su madre, jubilada y muy mayor. Por la mañana recibían la ayuda de los servicios sociales y por las tardes éramos nosotros los que nos encargábamos del bueno de Tomás, hasta que a las ocho salía corriendo a su casa para cenar. Sabíamos que a su madre le habían concedido plaza en una residencia de ancianos y él tendría que mudarse a Barcelona a vivir con un familiar al que apenas conocía. Tomás lloraba de pena, así que la semana antes de irse me dejé invitar, y no a un cine cualquiera, al cine Callao, en la mismísima plaza. Tomás no escatimó en gastos, taxi hasta la puerta, una rosa comprada en la floristería de Jesús y una sonrisa que no le cabía en la cara. La película ni la recuerdo, lo

que sí recuerdo es que Tomás estuvo toda la proyección intentando meterme mano.

Hay que joderse con el bueno de Tomás...

Carlos era el hijo de Antonio y, por aquel entonces, encargado a todos los efectos. Cada día paseaba su frustración de lado a lado de la barra. Era una persona contenida, no cogía esa frustración y la lanzaba a los demás, más bien se le veía cargar con ella, no solo sobre los hombros, la masticaba como si de un rumiante se tratara, incapaz de tragarla, e incapaz de escupirla. Antonio, su padre, había cumplido setenta y cinco años; ya no tenía edad de estar en activo, aunque eso no le impedía pasar a diario para comprobar que las cosas seguían haciéndose como él había organizado, como su impronta había dejado en cada rincón del bar. El hijo no tenía ni fuerza ni valor para enfrentarse al padre, conservando intacto el negocio, que funcionaba, para que vamos a negarlo. Cuando llegaba la hora del cierre, Antonio se iba a casa. Carlos y yo recogíamos y a veces solíamos quedarnos un rato más para tomar un par de cervezas. Charlábamos y me relataba todas las reformas que le gustaría hacer al local. Empezaría por el nombre: La taberna de al lado. Sería una especie de gastrobar, donde los clientes podrían catar vinos jóvenes y maridarlos con tapas de productos ecológicos. Cada semana haría una degustación según la denominación de origen. Podría trabajar junto al amor de su vida, un chico encantador que había conocido en la Escuela de Hostelería. Podría rodearse de sus amigos del centro de Madrid, los cuales ahora no se atrevían a entrar en el bar y enfrentarse a la mirada inquisidora del padre, sentado al final de la barra. Yo asentía a la perorata, incapaz de entender, en aquel momento, todo lo que me contaba. Parecía que Carlos y yo habláramos idiomas diferentes. «¿Qué cojones será maridar?», pensaba yo en aquel momento, pero si algo me había enseñado la vida era: «Mejor asentir y callar, que parecer imbécil». Lo que sí sabía es que Carlos no se atrevería a salir del armario delante de su padre, pero que en el barrio lo que no sabían era cómo volver a meterle. Antonio se había ganado el respeto, a base de ayudar a todo el que podía y, solo por eso, ninguno se atrevía a hacerle una broma al respecto. Yo le miraba de vez en cuando mientras observaba a su hijo, sé que él lo sabía, pero era un tema a no tratar. Antonio amaba a Carlos, lo demás le traía sin cuidado.

¿Fue mi trabajo soñado? No, para nada. Grasa y más grasa adherida por cada rincón, de esa que ya no sale por mucho empeño que le pongas para

quitarla; conversaciones trilladas en la barra, fútbol a todas horas, mucho parroquiano, mucho alcohol a deshoras, pero un ambiente de barrio, de familia y de respeto, que sí tengo que agradecer. Cerrábamos temprano, evitando la noche y sus posibles peligros, y me proporcionaba un salario mensual regular, justo lo que necesitaba en ese momento.

Una mañana mientras caminaba hacia el trabajo, un chico que repartía publicidad en la acera me ofreció un papel. Yo iba a esquivarlo como siempre hacía, pero algo me hizo cogerlo. Jamás tendía la mano para coger esos papeles publicitarios, me parecía una pérdida de tiempo buscar después una papelería para tirarlo. Pero ese lo cogí. No se trataba del menú del día del restaurante turco de la esquina. En una academia del barrio iban a dar un curso de mecanografía gratis, subvencionado para personas con trabajo. Los únicos estudios que yo tenía, además de la enseñanza básica, era el curso de estética que dejé a medias en Badajoz, o sea, ninguno.

Estudiar mecanografía me daba la oportunidad de aspirar a otros trabajos mejores.

Me presenté en la academia el martes siguiente para saber cuáles eran los requisitos para poder apuntarme. Mónica fue la profesora del curso. Además de secretaria de dirección, por las tardes/noches sacaba tiempo para impartir cursos de reciclaje para trabajadores con ganas de cambiar de sector. En uno de los descansos de la clase, charlamos y ella preguntó si sabíamos de alguien que estuviera buscando piso porque ella alquilaba una habitación. Así ocurren las cosas la mayoría de las veces. Allí estaba mi oportunidad de dejar el hostel mugriento. Ella siempre cuenta que le gustó de mí mi mirada dura y triste a la vez. Mi lenguaje soez y mis ganas de convertirme en algo mejor. La buena de Mónica y sus ganas de ayudar.

Mónica vivía en un piso de dos habitaciones con una cocina pequeña y un baño en el bonito barrio de La Arganzuela. La suerte se había puesto de mi lado y me proporcionaba un lugar para vivir en el paraíso. Ese era mi sentir. Vecinos corrientes, portal limpio. El río, los parques. La gente paseando perros, familias jugando con los más pequeños. Salía de casa para ir a trabajar y al cruzar el río la sensación que tenía era de cambiar de dimensión. Aunque, he de reconocer que la comodidad me envolvía en el barrio de Carabanchel. Donde no tenía que medir mis palabras ni mis modales. Donde podía ser yo sin sentirme una extraterrestre.

Terminé el curso y guardé el título de mecanografía y el de informática básica, que realicé después, en un cajón. Seguía teniendo mi trabajo en el bar y no podía permitirme el lujo de dejarlo. Era un trabajo seguro en un tiempo en el que seguro no se tenía nada. Parece mentira, pero desde ese primer día que Antonio me tendió la mano hasta el momento de «una nueva llamada que lo cambiaría todo» transcurrieron nueve años. Nueve años en los que la vida, el destino, la alineación de los planetas... me concedían una tregua. En los que pude tener una vida más o menos ordenada, llena de rutina y de personas que me apreciaban y me aguantaban.

Antonio falleció una tarde gris de noviembre. Pasado el tiempo de duelo, Carlos pudo cumplir su sueño. Yo estaba feliz, le contaba por las noches a Mónica que, por fin, dejaría de trabajar en un lugar apestoso. Se terminaría la grasa y el olor a fritanga.

Carlos me sentó una tarde para hablar. Al día siguiente cerraba para comenzar las obras y yo suponía que iba a hablarme de mi nuevo contrato laboral.

---Samantha, sabes que te aprecio, que eres parte de mi familia. Son muchos años juntos, muchas vivencias. No me gustaría perder tu amistad, ni tu cariño, pero me veo obligado a despedirte. Quiero darle al bar un ambiente moderno y elegante.

Recuerdo aquellas palabras como si las estuviera escuchando ahora mismo. Después de limpiar la mierda de su bar durante nueve años me despedía porque no me consideraba ni moderna ni elegante.

---¡Me cago en la puta! ¡No puedes hacerme esto! Yo puedo ser muy moderna y muy elegante. Prometo comportarme con tus amigos mariposas. --- Creo que no fue la mejor manera de pedirle que no me despidiera.

Una amargura se apoderó de mí. Me acordé de Antonio y sus ganas de ayudarme. Me sentí vacía y desesperada. Y me cabree, sobre todo me cabree con el mundo, que de nuevo me ponía la zancadilla. Ni una lágrima derramé.

Recogí mis cosas y volví a casa, al refugio de mi amiga Mónica, que siempre estaba para mí cuando la necesitaba. Aunque esa afirmación tampoco fuera del todo real en aquel momento. Mónica llevaba un tiempo saliendo con un chico perfecto: José Luis, con un trabajo perfecto, ingeniero técnico de obras públicas en el Ministerio de Fomento; con un buen salario y una magnífica estabilidad laboral que le iba a Mónica como anillo al dedo.

Prudente y aburrido hasta la exasperación. Siempre callado, no sé si por timidez o por vergüenza ajena. Yo era consciente de que, a ese chico, con sus estándares sociales, una persona como yo le resultaba desagradable. Pero estaba enamorado de Mónica hasta el tuétano y, en ese momento, mi presencia estaba justificada dentro del «paquete del amor».

Llegué abatida, cargando con una bolsa de rafia serigrafiada con la marca de algún supermercado; dentro había metido todas mis pertenencias acumuladas en los últimos años en el bar y un par de botellas de reserva que había cogido en concepto de regalo de despedida. Entré en el piso; en el salón me encontré con Mónica y José Luis sentados en el sofá viendo la televisión. Ella apoyaba la cabeza en el hombro de él. Tan idílica la escena que me produjo ardor de estómago.

Mónica y su perfecto novio se habían conocido en una biblioteca, ideal todo hasta en eso, no lo había conocido en un bar nocturno de mala muerte bebiendo whisky barato. Ella había ido a buscar una guía de viajes, él había ido a consultar unos libros, el destino les había sentado en la misma mesa de consulta, y las miradas entre ellos habían propiciado el café posterior, el intercambio de teléfonos, las salidas al cine, y ese largo etcétera que me habían dejado a mí sin amiga para las juergas nocturnas. Algo que no me importó mucho, he de reconocer, porque si quieres juergas nocturnas trabajando en un bar de barrio, lo único que tienes que hacer es colgarte de algún grupo de más o menos confianza. Mónica era más que eso, era mi confidente, esa persona a la que le cuentas tus oscuras perversiones y que, por cariño, es capaz de comprenderlo todo. Aquí también me confundí, todo no puede entenderlo la gente, por más que te empeñes en llenar de naturalidad lo que te acontece.

---Hola, cielo, traes mala cara ---dijo Mónica.

---Carlos me ha despedido porque no cree que pueda tratar con educación y elegancia a sus amigos maricones ---dije mientras soltaba la bolsa en el suelo, y me dejaba caer en una butaca cerca del sofá. José Luis torció el gesto, cogió el teléfono y enfocó la mirada a la pantalla.

---¡No me digas! Cuánto lo siento, Samantha ---dijo consternada. Bueno, a mí me pareció que lo estaba---. ¿Tienes plan b? ---preguntó con su voz cándida y ese tono de ingenuidad absoluto que te otorga la vida cuando no has tenido preocupaciones importantes.

---¿Plan b? ---pregunté intrigada.

---Sí, cielo, no ibas a trabajar toda la vida en el bar, ¿verdad? Desempolva el título de mecanografía, recíclate y amplía el espectro laboral.

---¿Espectro laboral? ¿Plan b? Mira, Mónica, no me toques los ovarios. Ahora mismo, lo único que quiero es emborracharme y olvidarme de este puto día.

Ella se quedó en silencio, pero José Luis no. Y para ser la primera vez que intervenía en nuestras conversaciones, lo hizo de manera triunfal.

---Samantha, me tienes más que hartó. Mónica trata de ayudarte, aunque tú consideres que no es la mejor forma de hacerlo. En cualquier caso, quizá te vendría bien hacer algo de autocrítica y pensar: por qué te has quedado sin trabajo y por qué no puedes aspirar a trabajar en un sitio un poco más elegante. ---Mónica le agarró de la mano fuerte, tratando de pararle, pero él había cogido carrerilla---: No, cariño, no me hagas callar. Sé que la quieres, que sois amigas desde hace mucho tiempo, pero todo no se puede consentir. Mónica y yo queremos decirte que nos vamos, hemos encontrado una casa y nos mudamos el mes que viene. Si quieres quedarte aquí, tienes un mes para buscar otro compañero de piso. Íbamos a esperar para casarnos antes de irnos a vivir juntos, pero perdemos la oportunidad de comprar la casa y es una oferta difícil de rechazar. Ya hemos hablado con las dos familias y están de acuerdo, asimíllalo cuanto antes porque el mundo no gira a tu alrededor y no podemos esperar a que resuelvas tu vida para ocuparnos de la nuestra. ---Se levantó, se despidió de Mónica y se largó.

Puede que haya rebajado un poco el dramatismo de la escena, es cierto que no dijo ni una palabra malsonante, pero su rabia hacia mí era tan palpable que se extendía por toda la habitación como el humo del tabaco, denso y maloliente, y hacía que me costara respirar. Mónica se quedó mirándome horrorizada, con los ojos llorosos, quizá debatiéndose entre irse o consolarme. Yo la miraba con odio por permitir que su injusto novio se metiera entre las dos.

Al final Mónica optó por irse tras él y me quedé sola mascando mi ira. Ahora tendría que ponerme a buscar compañero de piso, además de trabajo. «Gracias, Mónica, muchas gracias». En un mismo día todo se iba de nuevo a la mierda. Sin trabajo y casi sin casa. Pobre de mí. Es cierto que en el mismo día se dieron los hechos, evidentemente, las cosas se van acumulando. «El puchero se cocina despacio y se come deprisa». Al menos, en esta ocasión, el

abandono no me dejaba en la calle, de manera literal. No tendría que regresar al hostelapestoso. De repente me invadió la nostalgia y las ganas de abrazar a Celeste. Mi preciosa Celeste. No pudo soportar la traición de los familiares de la dueña del bar La rueda cuando lo vendieron tras fallecer ella. Creo que Celeste siempre tuvo la esperanza de que en el testamento la señora dejaría por escrito algo sobre la explotación del negocio, nunca se hubiera atrevido a pensar que le donaría el bar, pero al menos dejaría por escrito que no podrían venderlo, o que no podrían echarla. Esperanzas o ensoñaciones que raras veces se cumplen. La señora se murió, los familiares vendieron el bar y Celeste terminó en la calle. De nuevo a buscar trabajo, de nuevo a dar explicaciones sobre su condición. Explicaciones que no tendrían que importarle a nadie. Sin nada que la atara a Madrid, decidió marcharse a Londres. Allí tenía un primo que le abrió la puerta de su casa y de su vida. Por mucho que me doliese, entendí que aquí le iba a costar mucho más salir adelante. Ella huyó de sus demonios. De las miradas de soslayo. De las proposiciones escabrosas. Huyó en tiempos de crisis, como hizo un alto porcentaje de población española, harta de los salarios míseros y la explotación descarada. Seguíamos en contacto, por supuesto. Consiguió un trabajo de estilista, un salario digno, y pudo completar el proceso de transformación para poder convertirse en lo que siempre había sido. Ironías de esta vida, que no tienen ni puta gracia. Organizó toda su vida en Inglaterra y yo sospeché que jamás volvería. Todavía recuerdo las lágrimas en el aeropuerto cuando la vi entrar por las puertas de embarque hacia su nueva vida. Las personas que amaba se iban yendo de mi lado y me dejaban vacía por dentro. ¿Cómo llené ese vacío? Pues de lo único con lo que pude llenarlo: de un cinismo enfermizo.

---Todo no lo puedes arreglar emborrachándote, cariño. Te quiero, lo sabes. Me he divertido mucho viviendo contigo, pero las cosas no son para siempre. Quiero la vida que José Luis me ofrece. Quiero casarme, tener hijos, compartir mis días con alguien bueno. Creo que es fácil de entender.

Mónica lloraba al despedirse. Y creo poder afirmar que lloraba por mí. ¿Cómo no iba a entenderla? Yo también quería tener eso. Yo también quería tener la vida idílica que nos habían vendido los cabrones de las películas románticas. Yo también quería el chalecito adosado en una urbanización de un pueblo de la periferia... No. La verdad es que no. Yo no quería eso. Yo quería

querer quererlo. Sentirme una persona corriente y no un bicho raro. Encajar como encajaba Mónica en todos los cánones sociales. Ella lloraba porque yo le daba lástima. Y verme en sus ojos me provocaba el mismo sentimiento.

---No llores, Mónica. No te preocupes más por mí. Vete a vivir tu vida y sé feliz. Aunque no lo creas, yo también puedo serlo sin tu vida de casita de muñecas. Vete tranquila. Te llamaré cuando estés instalada e iré un día para que me enseñes tu idílica vida. Hazme el favor y habla tú con el casero para que me deje seguir con la vivienda y no me ponga en la calle.

Me largué. Me fui a un garito cutre cerca del bar. Me bebí no sé ni cuántos chupitos de no sé ni qué con el camarero, que era conocido. Cuando cerró, además de beber, me metí todo lo que el susodicho me fue ofreciendo. Ahora mismo, que recuerde: cocaína, aderezada con algún porro de hierba. Terminamos en la trastienda. Amaneció y pude constatar que los pantalones seguían en su sitio, pero no pude constatar si habían estado ahí toda la noche. El camarero estaba dormido a mi lado. En calzoncillos. Ese pequeño detalle me dio una pista de que había pasado más de lo que en ese momento recordaba. Traté de salir sin hacer ruido, llegué a la puerta y, cuando iba a salir, una voz a mis espaldas dijo: ---Perdona, Samantha. No te preocupes, no hemos follado, tan solo hemos bebido y me la has chupado. ---Apreté los ojos tratando de no visualizar esa imagen en mi mente y me fui.

Después pasaron un par de semanas en las que no tengo ordenados los acontecimientos. En resumen, firmé los papeles del despido con Carlos, me apunté al paro, Mónica hizo la mudanza siendo muy generosa, como siempre lo había sido; dejó algunos muebles y se ocupó del papeleo del alquiler. Salí cada noche, dormí cada mañana y tuve una concentración de sexo con desconocidos, brutal e inconsciente.

Nunca me gustaron las drogas. No me hacían falta para divertirme. Me costaba tomar un simple paracetamol, así que meterme en el cuerpo sustancias que no conocía y que no sabía el efecto que iban a producir en mí, me echaba para atrás. Pero en momentos a olvidar siempre las tenía cerca. A decir verdad, siempre las había tenido alrededor. Cuando todos los acontecimientos se arremolinaban sobre mí como si de una tormenta se tratase, era un buen momento para hacer uso de ellas y despejar los nubarrones. Estos no se iban, pero perdían intensidad y dejaban de importar. Se creaban en mi mente lagunas que convertían la realidad en algo más soportable. Tras la resaca de las noches de autodestrucción, me miraba al espejo, hecha una piltrafa. La imagen

que me devolvía eran tan horrible que me veía obligada a perdonarme a mí misma. Fue una época de muchos días así, me temo.

La llamada

Mayo, 2016

Una de esas tardes de resaca y autoconsuelo, recibí una inquietante llamada en el móvil.

---Buenas tardes, ¿podría hablar con Samantha Gil, por favor? ---dijo una voz masculina.

---Sí, soy yo.

---Me llamo Álvaro Suarez, soy abogado de la firma Suarez e hijos. ---Me asusté. ¿Un abogado? Todo el mundo sabe que los abogados y los guardias civiles no suelen traer buenas noticias---. Siento llamarle para comunicarle el triste fallecimiento del señor Francisco Gutiérrez. Él dejó por escrito expresamente que, en caso de sucederle algo, usted debía asistir a su entierro. También he de comunicarle que posteriormente debe acompañarme a la apertura y lectura del testamento del señor Gutiérrez. Lamento mucho su pérdida.

«¿Mi pérdida? ¿Fallecimiento? ¿Apertura? ¡¿Pero qué decía ese hombre?!
¡¿Un testamento?!».

---Disculpe, ¿está usted ahí? ---preguntó el abogado.

---Sí, perdone. Es que no creo haberme enterado bien, es muy probable que se haya equivocado. ¿Quién se ha muerto?

---Francisco, su exmarido.

---¡¡Fran!! ¡¿En serio?! ¡¿Cómo?!

---Los detalles de su muerte no puedo revelárselos por teléfono, será mejor hablarlo en persona. Mañana paso a recogerla a las ocho de la mañana, por favor, sea puntual. El entierro está programado a las nueve. Confírmeme su

dirección.

Colgué el teléfono, estaba mareada, la habitación me daba vueltas. Salí corriendo al baño y expulsé el contenido de mi estómago. Fran había muerto. Fran había muerto con cuarenta años. Fran, el hombre que había destrozado mi vida, que me había ido arrastrando tras él desde niña; mi brújula, el mismo que había ido marcando cada uno de mis pasos. Ese hombre ya no existía. Traté de llorar, se supone que las noticias tristes han de provocar tristeza, pero no fui capaz de sentir ninguna emoción; ni triste ni alegre. Nada. ¿Por qué me quería en el entierro? Y, sobre todo, ¿por qué me quería en la lectura del testamento? Quizá había sido tan retorcido de hacerme ir para no dejarme nada. Para ser testigo de cómo le legaba la licencia del taxi a su actual pareja o a su vástago.

No pegué ojo, me dediqué a deambular por la casa sin poder dejar de pensar en Fran y en su muerte. ¿Cómo habría sido?

Me vino a la memoria la primera vez que le vi en el colegio, fue una imagen nítida, como si pudiera revivirla. Su familia se acababa de mudar al pueblo y llegaron a mitad de curso. Un alumno nuevo suponía todo un acontecimiento en un pueblo tan pequeño. Él entró un día en clase y se sentó en una silla libre del final. Con la mirada desafiante mientras la profesora nos pedía que le diéramos la bienvenida. Todas suspiraron al verle. Yo le observaba, no me gustó. No soportaba ese halo de chico misterioso y problemático. Esa mirada de autosuficiencia y ese porte de creerse mejor que nadie. Le ignoré todo lo que pude sin entender que, cuánto más le ignoraba, él me perseguía con más ahínco. Con los años la situación empeoró. Las demás se metían conmigo en el recreo, esas tonterías de adolescentes: «Pero, tía, está loco por ti», «Qué suerte, con lo bueno que está».

Suerte... suerte hubiera sido no tener que conocerle, estaba convencida. Es evidente que caí en sus redes, que me engatusó o me dejé engatusar. Ir de la mano con el chico guapo y popular del pueblo te concede un estatus difícil de rechazar. Por no decir que acabó conquistándome y metiéndose en mi piel. En mi corazón y entre mis piernas. Fran se convirtió en la persona de las primeras veces. Todas. La primera borrachera, el primer orgasmo, la primera vez que me acerqué a las drogas. La primera vez que me escapé de casa. La primera persona con la que conviví en Madrid lejos del cobijo de mis padres. La primera y única persona hasta entonces con la que firmé un acta matrimonial. Primeras veces de sufrimiento también. Él no era muy amigo del compromiso,

se revelaba contra las ataduras, se iba y volvía al cabo del tiempo, implorando perdón, apelando a mi conciencia. Siempre le abría la maldita puerta y siempre volvía a abrirle las piernas. Una vez se colaba entre ellas, yo me perdía de nuevo.

Tras años de dar tumbos en varios trabajos, su padre le ayudó a comprar una licencia de taxi. Se hizo autónomo, me dio de alta como trabajadora de la empresa y tuvimos unos años de trabajo estresante por las calles de Madrid, pero con una estabilidad económica que nunca habíamos tenido. Realmente creí que lo habíamos conseguido. Teníamos la oportunidad de tener una vida normal, quizá había llegado el momento de tener hijos. Él hacía el turno de noche y yo el de mañana. Después de los cursos, de sacarme el carné. Del esfuerzo de su padre, de todos, la vida nos sonreía. Pero no siempre resulta así de sencillo. ¿Verdad?

Recordé la huida. Recreé en mi cabeza cómo habría sido el encuentro con aquella chica por la mañana. ¿Cómo sería Fran como padre? Durante años me prohibí pensarlo.

Traté de imaginar cómo Fran se había responsabilizado del niño. Lo imaginaba moreno como él. Con esa sonrisa pícaro que tanto me gustaba. Llevándole en el taxi al colegio, cantando canciones infantiles. Me imaginé un niño precioso que le llamaba papá y sentí un dolor profundo. Una punzada en el corazón. El niño que yo imaginaba era nuestro, no de aquella adolescente.

A las siete de la mañana, tras darme una ducha, escoger un look de riguroso negro y ponerme las gafas más grandes que encontré por la casa, bajé a la calle a esperar. Estaba nerviosa.

Trataba de serenarme cuando llegó un imponente coche negro. De él descendió un hombre vestido con un traje oscuro, que se acercaba a mí con una sonrisa dulce y unas gafas de sol que le sentaban como si las hubieran fabricado a la medida de su perfecta cara.

Me quedé con la boca abierta, a punto de caerme de culo. Parecía sacado de un anuncio de perfume masculino navideño. Pelo rubio peinado hacía arriba, perilla perfectamente recortada y unos ojos azules que me deslumbraron al quitarse las gafas. Mi mente rápida, a pesar de no haber dormido en toda la noche, ya estaba imaginando cómo él abriría la boca para decirme: Davidoff, y se quitaría la ropa para enseñarnos unos abdominales de escándalo.

---Buenos días, Samantha. Soy Álvaro, encantado ---dijo, mientras me

ofrecía la mano de forma educada. Yo seguía retozando con él en una playa de las Islas Vírgenes. Volví a la realidad justo cuando él retiraba la mano y se la agarré con fuerza haciendo movimientos bruscos arriba y abajo, parecía que le iba arrancar el brazo desde el hombro. Él recuperó su mano y yo no pude recuperar mi dignidad durante un rato largo.

Por el camino, mientras él conducía, yo le miraba de reojo y se me caía la baba. Hacía mucho tiempo que no tenía un hombre tan guapo, tan cerca.

Llegamos al cementerio y me quedé alucinada, petrificada, perpleja, perturbada y todos los adjetivos que expresan de forma elegante la sensación de quedarse sin respiración. Estaba abarrotado, lleno de personas que querían darle el último adiós a Fran. Entre los asistentes, también había varios reporteros de varios canales de televisión, entre ellos pude ver incluso uno de la televisión alemana. No daba crédito. Decenas de mujeres vestidas de negro le lloraban, con unos cuerpos esculturales, de esos que solo ves en las revistas. Hombres musculados, sacados directamente de la sala de pesas del gimnasio. Debía de ser un error, el desgraciado de Fran era desgraciado hasta para enterrarse. Eclipsado por el entierro de otra persona.

---¿Quién se ha muerto? ---le pregunté a Álvaro, que me miró con cara rara.

---¿Cómo que quién se ha muerto? ¿Está bien? Estamos aquí por el entierro del señor Francisco ---contestó.

---Mira, cada vez que le llamas señor, a mí me dan ganas de descojonarme. Perdón por la ordinariez, pero es que señor, lo que se dice señor, no fue nunca. ¿Me estás diciendo que toda esta gente está aquí por Fran?

---La industria lamenta su muerte ---sentenció.

---¿La industria? ¿Qué industria? Fran era taxista ---afirmé cortante.

---Lo fue. Francisco Gutiérrez era un reconocido productor y distribuidor de cine para adultos.

Ahí, en ese momento justo, experimenté la sensación real y literal de quedarse sin aire en los pulmones. Traté de coger una bocanada de aire de golpe y me atraganté. Empecé a toser y a reírme mientras tosía. Formé un buen escándalo riéndome a carcajadas en la puerta del cementerio a punto de celebrar un funeral y posterior entierro. Todos me miraban escandalizados y yo tenía ganas de desaparecer y orinar, todo hay que decirlo.

Álvaro me miraba extrañado tratando de no reírse y yo pude recuperarme.

---¿Fran hacía porno?

---No un porno cualquiera, era considerado uno de los mejores, ganó varios premios y el reconocimiento de todo el sector. Debemos entrar, va a comenzar.

«Porno bueno» era un concepto nuevo para mí. Sin salir de mi asombro, ni poder articular más palabras, entramos en la capilla del cementerio.

En los primeros bancos estaba la familia de Fran. Sus padres y hermanos. Todos pusieron cara de horror al verme, el sentimiento era mutuo. Nuestra relación no había sido lo que se dice amistosa. Álvaro me condujo hasta ellos y me dijo que me sentara al lado de la madre de Fran. Yo le miré con desesperación, pero eran los dos únicos asientos que quedaban libres. Alrededor de los asistentes había personal de seguridad que se comunicaba con un pinganillo de esos, yo seguía sin salir de mi asombro. La mujer me miró con cara de asco y susurró: ---¿Qué haces aquí? ¿Ni muerto le dejas en paz?

---Mira, Charo, no me toques las narices, ha sido su abogado el que me ha traído. ¿De qué se ha muerto? ---La madre de Fran gimoteó y Álvaro me hizo un gesto reprobatorio con la mirada. Me sentía fuera de lugar.

Media hora después, tras las palabras de varios asistentes hablando de lo buen hombre que había sido, de la enorme pérdida para el sector y demás alabanzas, salimos hacia el lugar donde reposarían sus restos. Fue en ese momento, mientras introducían la caja en el nicho, cuando me vine abajo. Dentro de ese ataúd estaba la persona que más había amado en toda mi vida. Al menos su cuerpo, que habría comenzado el proceso de putrefacción y en poco tiempo solo quedaría de él un montón de huesos. Esa imagen me atormentó. Me abofeteó. La mente puede llegar a ser cruel y despiadada. Lloré amargamente, hipé y hasta Álvaro se preocupó: ---¿Está bien? ---preguntó. Y yo le miré y dije que no con la cabeza mientras las lágrimas brotaban sin control. Llevaba casi diez años sin saber nada de Fran, y allí estaba, llorando desolada. Álvaro puso su mano en mi espalda y me dio dos golpecitos de consuelo. La madre de Fran me miraba con cara de odio y una mujer se me acercó para ofrecerme un pañuelo de papel. Ella también gimoteaba.

---Le vamos a echar mucho de menos, ¿de qué le conocías? ---me preguntó aquella diosa del Olimpo. Llevaba un vestido negro corto y ajustado que

apenas le tapaba los pezones. Yo no podía dejar de mirarle aquellos pechos, redondos y grandes, que parecían saludarme.

---Su primera mujer, no sé si habrá alguna más ---dije.

---Un placer ---dijo mientras me ofrecía la mano---, yo era su masajista.

---¿Masajista? Cuando estuvo conmigo no fue capaz ni de ir al podólogo. --La mujer me puso cara de lástima y se fue. Tuve la sensación de que en cualquier momento despertaría en mi cama envuelta en sudor. Aquello empezaba a parecer una película de David Lynch, faltaba que alguien hiciera su aparición vestido de conejo de Pascua.

El sacerdote dijo unas palabras, el operario del cementerio cerró el nicho y adiós muy buenas, Fran. La gente se fue dispersando, algunos hicieron corrillos y Álvaro me dijo que esperara. Le dijo algo a los padres de Fran. Yo aproveché para acercarme al nicho y poner mi mano en la piedra que acababan de colocar. Estaba fría.

«Adiós, amor», susurré. «Siento que la vida nos pasará por encima. Hubiera dado todo por seguir a tu lado». Escuché un carraspeo a mi espalda y al girarme vi a Álvaro que me miraba fijamente.

---Ya podemos irnos. He quedado con ellos dentro de una hora en mi despacho. Vamos para allá y tomamos un café. ¿Te parece?

Yo escuchaba «bla bla bla», me costaba horrores concentrarme en lo que me estaba diciendo.

---¿Nos vamos entonces? ---preguntó entornando los ojos.

---Sí, vamos.

Salimos del cementerio, montamos en el coche y fuimos hacia el despacho de abogados donde trabajaba Álvaro.

¿Perdona?

Álvaro y yo tomábamos café en silencio, mientras esperábamos que llegaran todos los citados, en una sala de juntas elegante. Yo observaba la decoración. Los cuadros, los jarrones, las figuras de ébano. El despacho de abogados era de los caros o de los muy caros. Tampoco había que ser muy listo para darse cuenta. Estaba ubicado en la sexta planta de las Torres Colón, un edificio emblemático de Madrid, controvertido y extravagante desde su construcción. Dentro de la oficina flotaba el lujo en el ambiente. El personal iba impecable con sus trajes de firma. Desde la ventana se veía la glorieta de Colón. Allí estaba él, erguido sobre su columna, señalando. Me quedé un rato embobada mirándole. Colón señalaba y yo pensé que me señalaba el lugar por el que debía largarme. Algo me decía en mi interior que saliera corriendo de allí. Un mal presentimiento, una sensación incómoda; hasta Colón lo sabía.

También tenía una pregunta rondando por mi cabeza: «¿Fran podía permitirse ese despacho de abogados?».

Tenía muchas más preguntas que hacerle, pero me había dejado muy claro durante el trayecto en el coche que no le estaba permitido contarme nada hasta que hiciera el acto oficial de apertura del testamento. Allí estábamos los dos; él repasaba los papeles y a mí me estaba entrando un sopor importante. La falta de sueño empezaba a pasarme factura. Di la primera cabezada y me desperté de golpe; la familia de Fran hizo acto de presencia. Fueron sentándose alrededor de la mesa. Sus padres, sus dos hermanos y algunas personas más que no conocía. Personas de su entorno laboral, descubrí más tarde.

Una vez estuvimos todos sentados, una mujer cerró la puerta de la sala de juntas y se sentó al lado de Álvaro. Su cuñada y notaria presente en el acto,

descubrí también después.

---Buenos días, antes de nada, me gustaría reiterar mi más sincero pésame por su pérdida. El señor Gutiérrez dejó todas las indicaciones oportunas, depositando en mi poder una serie de cartas que se repartirán a sus destinatarios cuando termine la lectura del testamento. Este se realizó ante notario, la señora Vallejo, aquí presente. Ella velará porque el proceso cumpla las exigencias marcadas por la Ley. No sé si lo saben, pero en este país no se suele hacer este tipo de actos en las aperturas de testamentos, se acude directamente al notario que nos facilita el documento en cuestión, pero el señor Gutiérrez dejó expresamente por escrito que este acto se celebrara de esta manera para evitar posibles conflictos o dudas que puedan surgirles. Es por eso que la lectura del mismo la voy a realizar yo y no la señora notaria. El documento que voy a leerles lo escribió el señor Gutiérrez. El documento oficial firmado ante notario se les dará al finalizar el acto. Sin más dilación, procedemos a la lectura del mismo ---dijo Álvaro muy serio y ceremonial. Entre el sueño, los nervios y las miradas como puñales de la familia de Fran, sentí ganas de levantarme y salir corriendo. La tensión era insoportable.

Álvaro comenzó a leer:

---«Hola. En primer lugar, deciros que siento mucho haberme muerto y haberos hecho venir. Ahora sonreiría y mi madre me daría una colleja. No llores, madre, déjame quitarle un poco de tristeza al asunto. Todos, menos tú, Samantha, sabíamos que este día terminaría llegando. Siempre pensé que serían la carretera y las largas horas al volante del taxi las que me quitarían de en medio, y no esta enfermedad desgraciada y cruel. Puto cáncer, a esta lotería no me hubiera gustado jugar, pero no es algo que podamos elegir. Quiero destinar un diez por ciento de toda mi fortuna a la investigación de una cura, de una vez por todas. El dinero está repartido entre varias organizaciones que se dedican a ello. Estos datos los tiene la simpática notaria en el documento oficial, cualquier duda que tengáis al respecto, podéis preguntar a mi colega Álvaro que, sin él, morirme hubiera sido más putada todavía.

»He tratado de ser justo, aunque estoy convencido de que no lo entenderéis. También he escrito una serie de cartas a cada uno de vosotros explicando de manera individual el porqué de mis decisiones. Vamos al lío: »La casa, mi casa, mi palacio de perversión, como lo han llamado algunos, va unido con la empresa. Son bienes indivisibles, así que ambas cosas se las voy a dejar a Samantha».

Cuando dijo mi nombre di un salto de la silla. Los presentes también se sobresaltaron, algunos expresaron su sorpresa en alto con ciertas exclamaciones que prefiero no repetir. Todos me miraron con una mezcla de odio y asco importante. Yo a su vez, miraba suplicante a Álvaro. «¿Aquello era una broma? ¿A mí? ¿Que llevábamos tanto tiempo sin saber el uno del otro?», pensé.

---«Sí, a ti, Sam, que debes estar flipando en colores. Me encantaría ver tu cara, quizá pueda y esté entre vosotros. Si en este momento se cae algo al suelo, es que estoy ahí. Venga, me pongo serio. No conozco a nadie mejor para encargarse de mis asuntos. Eres lo suficientemente agarrada para no despilfarrar el dinero que tanto esfuerzo me ha costado ganar. No, esto es broma, me lo he pasado de fábula ganándolo. Eres la única persona que me diría la verdad sin tapujos. La única que debí conservar y no pude. Me porté muy mal y, en cierta manera, quiero compensártelo. No me atreví a buscarte en vida, no quise hacerlo enfermo, así que lo único que me queda es hacerlo de esta manera. Aunque no te lo creas, has estado presente en todas las decisiones que he ido tomando, te convertiste en una especie de conciencia: ¿Qué haría Samantha? Y así, guiado por tu sabiduría, he llegado donde he llegado. Es justo que sigas tú con mi legado. Tranquila, aprenderás el oficio rápido. Te dejo en buenas manos, todos tienen instrucciones al respecto. Mis hermanos seguirán manteniendo su trabajo, te toca lidiar con ellos. Aquí no tengo paños calientes, pero conozco ese carácter y esa cabezonería tuya. Podrás hacerlo. Mis padres reciben una retribución mensual que quiero que mantengas; está todo por escrito, pregunta a Álvaro.

»Con la casa de la playa, he dudado mucho, pero quiero que también siga unida a la empresa y a la familia. Es por eso que seguirá a nombre de la productora y todos podréis hacer uso de ella. Evidentemente, a todos los efectos también será para Samantha, pero confío en su generosidad y buen criterio. Las acciones quedarán repartidas como estaban, siendo Samantha la que recibe directamente las mías, convirtiéndola en la mayor accionista; la suma de las vuestras no supera las suyas. No tratéis de hacer triquiñuelas, sé que no la soportáis, por eso también sé qué hará un buen trabajo. Os quiero, no os va a faltar de nada, pero no confío en vosotros a nivel empresarial. Lo lamento, espero que me perdonéis y no me guardéis rencor ahora que estoy muerto.

»Sam, te dejaré todas las instrucciones que pueda. Es probable que ahora

mismo no seas capaz de asimilar nada más, así que confía en tus instintos. Contrata a los mejores del mercado, y sigue haciendo feliz a la gente como he tratado de hacer yo.

»Nada más, disfrutad de la vida que es muy corta; todos tenéis una carta personal, trataré de que entendáis mis decisiones. Salud para todos».

El silencio se adueñó de la sala, nadie se atrevía a romperlo. Charo, la madre de Fran, lloraba sin consuelo. Yo, con la mirada perdida en el horizonte, trataba de asimilar las palabras que acababa de escuchar; mirando a Colón, que parecía señalar con más entusiasmo que nunca. La glorieta, el teatro escondido bajo la plaza, la Biblioteca Nacional. Nuestro Madrid, el mismo que recorriamos con el taxi lleno de clientes y de sueños. El mismo por el que vagué maldiciéndole durante tanto tiempo. ¡Qué desgraciado! Me racaneó hasta el último céntimo en el divorcio exprés y ahora me legaba su imperio. Así era el maldito Fran. Te daba todo para luego quitártelo, se iba para luego volver. No, querido, esta vez habías ido demasiado lejos, te ibas a meter tu empresa de porno por el culo.

Me levanté, cogí el bolso y dije: ---Lo siento, pero no tengo tiempo para bromas ni tomaduras de pelo. Paso del desgraciado ese y de todos vosotros. ¡Que os den por el orto!

Agarré la puerta y me largué. Álvaro salió corriendo tras de mí.

---¡Espere! No puede irse ---gritó por el pasillo.

---Sí, sí puedo. ¡No quiero nada de ese hijo de puta! Que se lo quede la familia.

---¡Espere! Puede renunciar, si es lo que quiere, pero se lo ruego, no se vaya así. Sé que ahora mismo debe de estar alucinando mucho. Por favor, acompáñeme a mi despacho. Espere allí y hablamos con más calma ---suplicó.

Tras un segundo de silencio, recapacité: ---Está bien.

Me dejó sentada en su despacho y se fue. Yo no podía dejar de renegar y farfullar que no necesitaba su limosna. No la quería. En cada decisión que había tomado a lo largo de mi vida, antes de separarnos, Fran había estado presente. Fran era la brújula que marcaba la orientación a seguir. Dejé el curso de estética en Badajoz y allí apareció él para suplicarme que me fuera a Madrid, me echaba de menos. No me concedió ni el tiempo para pensar qué era lo que yo quería hacer. Él organizaba. «Vente, puedes vivir aquí conmigo, con el sueldo que gano en la tienda, más lo que saco por las noches en la puerta de la discoteca, podremos apañarnos. Puedes buscar cualquier trabajo.

Yo cuidaré de ti». Escuchaba cada palabra sentada en el despacho de Álvaro. «Yo cuidaré de ti». Yo podía haberme cuidado sola, pude escuchar a mis padres cuando me dijeron: «No hija, a Madrid no, es una ciudad muy grande. Si no quieres estudiar estética, podemos buscar alguna alternativa en Badajoz. Puedes hacer un curso de administración. Hay más cursos que puedes estudiar». Pero yo ya tenía el veneno inoculado, Fran ya navegaba por mis venas con una fuerza descomunal. Tenía diecinueve años, podía elegir, y así lo hice. Tras los gritos de mi padre: «¡Si te vas con ese aquí no vuelvas cuando te deje tirada!», los lamentos de mi madre y las miradas inquisidoras de mis vecinos, me largué con una maleta llena de ropa y un corazón cargado de orgullo.

Álvaro entró al despacho media hora después.

---¿Cómo se encuentra? ---preguntó con un tono conciliador.

---Después del numerito creo que debes tutearme. Haberte mandado a tomar por el orto nos da cierta relación de confianza ---dije tratando de sonreír. Él sonrió a su vez y asintió.

---Como quieras. ¿Cómo te encuentras?

---Cabreada y triste. Lamento que se haya muerto, pero podía haberme dejado seguir con mi vida. Sigo sin entender el motivo por el cual estoy aquí. No le veo el lado positivo. No me ha dejado un dinerito para acallar su conciencia, me lega un marrón en forma de empresa en un sector que sabe que desprecio. Dime tú cómo tengo que sentirme.

---No puedo hacer eso. Tan solo estoy aquí para asesorarte legalmente.

---¿Qué pasa si renuncio?

---Si renuncias a la donación de bienes, estos pasarían a sus herederos legales. Como no tiene hijos, la empresa y todos los bienes adscritos a ella pasarían a ser de sus padres.

«Como no tiene hijos...».

Esa frase se quedó suspendida en mi cabeza. No escuché nada más. «Como no tiene hijos». ¿No lo tuvo? ¿No se responsabilizó? La curiosidad me carcomía por dentro.

---¿No tuvo hijos?

---No.

---¿No volvió a casarse?

---No.

Estaba claro que no iba a sacar más información. De repente sentí una necesidad de saber. Solo vi a Fran una vez después de aquello. Fue ante el juez. Firmé y no le permití acercarse a mí para nada. No quise explicaciones, ni información que pudiera hacerme más daño del que ya me había hecho. El proceso de desintoxicación fue muy duro y, para poder llevarlo a cabo, uno de los requisitos era no volver a saber nada de su vida. Alguna noche en el hostel, mientras escuchaba a alguna prostituta llorando porque un cliente la había pegado, tuve la tentación de volver. De llamar a su puerta, de implorar ayuda. Imaginé que dentro ya estaba la chica embarazada, o la chica con un bebé, o Fran cambiando pañales. Fran acompañando a un niño el primer día de escuela. Cada pensamiento me ardía de tal forma que, por muy mal que estuvieran las cosas, me prometí no recurrir a él. Jamás, pasase lo que pasase.

Allí sentada, mientras Álvaro observaba mi cara de estar divagando, me imaginé a Charo dirigiendo películas porno y no pude evitar reírme.

---¿Te hace gracia? ---preguntó Álvaro sin ápice de sarcasmo en la pregunta.

---Un poco sí. ¿Cómo terminó Fran en el porno? Siempre pensé que seguiría con el taxi. Corté toda comunicación con su existencia. Por no tener, no tengo ni redes sociales.

---Me consta.

---¿Te consta? ---inquirí mientras levantaba la ceja izquierda.

---Fran sí ha seguido tus pasos. No él de forma directa, pero trataba de enviar gente por tus alrededores para que controlaran cómo estabas.

---¿Cómo?! ¡Pero eso es acoso!

---Bueno, lo podrías haber denunciado, sí. Si hubieras sido consciente. Nunca lo hizo con malas intenciones. De vez en cuando mandaba a algún amigo a tomar algo en el bar. Poca cosa.

---¿Por qué? ---pregunté irritada.

---Se sentía mal, pero no podía reconocerlo y mucho menos contigo. Jamás ha intervenido en tu vida, eso sí te lo puedo decir. Nunca has necesitado protección de ningún tipo. Me refiero a que sola te has ocupado de ti perfectamente. No lo hacía por ti, lo hacía por él. ¿Lo comprendes?

---A estas alturas ya no comprendo nada. Fran tenía problemas de conciencia porque sabía que se había portado fatal conmigo y ¿me mandaba espías para saber si me iba bien la vida? ¿Malviviendo en un hostel barato? ¿Limpiando grasa en un bar? O más bien mandaba gente para que le contaran

que estaba limpiando mierda en un bar de barrio. Esto empieza a coger un tono macabro y raro que no me gusta nada. Nos divorciamos, como sabrás también, ya que parece que lo sabes todo, porque cada noche que podía se iba con cualquiera y se las tiraba en el taxi. Pagando o sin pagar; porque cogía los ahorros y se los gastaba apostando en todo lo que podía; porque de vez en cuando, también, le gustaba meterse de todo para aderezar la juerga. Porque dejó a una adolescente embarazada. En el juicio, salvo una cantidad de dinero ridícula de indemnización por el despido, no conseguí nada más. No tuvimos hijos y me hizo firmar una separación de bienes por una supuesta deuda, cuando en realidad me hacía firmar la separación de bienes para no tener que repartir los beneficios que le daba el taxi. Ahora me cuentas que se sentía mal por lo que hizo y me vigilaba solo para asegurarse de que me iba bien, porque podía yo solita ocuparme de mí misma. El bueno de Fran... ---dije en el tono más irónico que me salió.

---No puedo juzgar su comportamiento, lo lamento. Solo puedo asesorarte legalmente.

---Pareces un mensaje de contestador ---ironicé de nuevo.

---Lo lamento, no puedo hacer otra cosa.

---¿A qué se dedica la empresa en concreto?

---Al entretenimiento adulto, tanto en la producción de películas como por Internet.

---¿Sexo por Internet? ---pregunté horrorizada.

Álvaro sonrió.

---No, no es un servicio de prostitución o de citas. La empresa tiene un servicio de cámaras distribuidas por varios emplazamientos, donde las usuarias se desnudan a petición de los clientes conectados. Además, tiene una producción propia de fotografías de varios géneros en dos estudios; aquí en Madrid y otro en Barcelona. También cuenta con una productora de cine erótico y pornográfico, de las mejores a nivel europeo. Financia muchos proyectos tanto aquí como en Estados Unidos. Fran trató de darle al mundo del porno un estatus que aquí no tenía. Ya lo irás viendo.

---Pues verás, es que no creo que quiera verlo. El porno me ha parecido siempre una guarrería para cerdos pervertidos que se la menean delante de una pantalla.

---Bueno, hay muchas mujeres que también lo consumen.

---Puede ser, pero seguro que hay más cerdos pervertidos.

A Álvaro se le escapó un pequeño bufido.

---¿Qué pasa? ---pregunté---, puedes decir lo que piensas, no me importa.

---Tienes muchos prejuicios sobre este negocio que tal vez deberías quitarte si vas a dedicarte a él.

---Es que yo no quiero quitarme mis prejuicios, ni quiero dedicarme a trabajar en el mundo del porno, sea de la manera que sea. No me puedo creer que Charo, con lo moralina que ha sido siempre, ponga la mano cada mes para recibir su dinerito, sabiendo de donde viene.

---Bueno, Charo entendió que su hijo se ganaba el sueldo de forma honrada. Le costó, pero, si me dejas enseñarte los pormenores del negocio, acabarás aceptando tú también.

---No quiero su limosna. Puedo perfectamente ocuparme de mí misma.

---Ahora no tienes trabajo.

---Lo encontraré.

---Estoy seguro, pero, si lo piensas bien, Fran no te ha legado nada en concepto de caridad, no te ha dado una cantidad de dinero, como tú dices, te ha dejado un negocio para que te ocupes de él. Puede salirte mal.

---Mira, me estás liando. Me quiero ir a casa. ¿Puedo pensármelo?

---Sí, claro. Ahora mismo le pido a uno de nuestros conductores que te llevé a tu casa. Tienes que llevarte toda esta documentación. Son los balances del año pasado, en ellos podrás ver las cantidades de las que hablamos. Gastos, ingresos, beneficios netos. También tienes dentro de la carpeta una carta de Fran que debes leer cuando estés sola. Toma ---dijo mientras me daba la carpeta y una tarjeta---, en la tarjeta aparece el teléfono del despacho, pero también mi móvil personal. Puedes llamarme a cualquier hora para consultarme todas las dudas que puedas tener. Gracias por venir, Samantha. Léelo todo y piénsalo bien, una vez decidas, ya no hay marcha atrás.

Hasta siempre, querido

Monté en el coche y el conductor me preguntó la dirección donde tenía que llevarme. Mientras el coche cruzaba Madrid, abrí la carpeta y fui hojeando los documentos. No entendía mucho, salvo la cantidad de ceros que tenían las cifras. Fran manejaba millones de euros. Tenía que buscar asesoramiento legal, pero ¿dónde? Me preocupaba mostrar los documentos de la empresa a cualquier asesor financiero o abogado. ¿Qué sabía yo de finanzas? «El dinero es dinero para todo el mundo y todo el que pueda va a querer sacar tajada». Me vino la frase a la cabeza con la voz de la persona que me la había dicho. Yo tenía diecisiete años y Fran veintidós. Ambos vivíamos por aquel entonces en el pueblo, yo con mis padres y él con los suyos, aunque ya tenía todo organizado para marcharse a Madrid. Un primo suyo le había conseguido trabajo en una discoteca, necesitaba reunir una cantidad de dinero para poder irse y pagar la habitación que compartiría con un conocido de ambos. Me pidió que le acompañara a ver a una gente en un cortijo. Me enteré después de que llevábamos el maletero lleno de hachís que había ido a recoger a Algeciras. No era la primera vez que lo hacía, aunque como siempre yo me enteraba sobre la marcha. En ese momento, lo único que me interesaba era que me sacaba de casa, o del instituto, o de cualquier actividad que me aburría profundamente. Montaba en el coche y me sentía libre. «¿Libre?». Qué tontas podemos llegar a ser. Él me llevaba como señuelo por si nos paraba la Guardia Civil adentrándonos por los caminos, podría decirles que buscábamos algún rincón para perdernos. Salvo que nos encontráramos con uno en concreto que conocía todos los detalles del negocio, en ese caso, Fran pagaba el «peaje», de ahí que me dijera que todo el que puede, pone la mano, sea legal o no. Tuvimos mucha suerte y algún que otro susto. En aquel intercambio de «producto», uno de los que pagaba se le antojó que, además de catar el hachís, estaría bien darse un revolcón conmigo, como valor añadido a la transacción; pagaría por ello, por supuesto. Vivimos un momento de tensión, en el que Fran me indicó con la cabeza que fuera yendo hacia a la puerta por si tenía que salir corriendo al coche. El tipo en cuestión se rio a carcajadas, y

Fran se cabreó mucho. Esa fue la última vez que bajó al sur a por mercancía, tenía suficiente para empezar una nueva vida en Madrid. Ese fue también el momento en el que decidí que no le acompañaría. Él se fue del pueblo y yo me matriculé en el curso de estética en Badajoz. Pasé miedo y el miedo te hace reaccionar, hasta que todo vuelve a estar en calma y se te olvida.

En Badajoz me sentí perdida. Vivía con una tía de mi madre muy mayor. La casa olía a naftalina y linimento. No encajaba con el entorno, el amoniaco de los tintes me daba alergia, las compañeras me aburrían, las horas se me hacían eternas. Tan solo me bastó una llamada. Fran suplicaba al otro lado del teléfono que fuera con él a Madrid, me echaba de menos y solo se sentía bien estando conmigo, que era la única que le comprendía. Maldito bastardo embaucador. Salí corriendo a sus brazos, incapaz de negarme. Me daba la oportunidad de abandonar el hastío que ocupaba mis días y no lo pensé. Ahora soy consciente de que aquella llamada me salió muy cara. Esa decisión me costó la relación que tenía o que podía haber tenido con mis padres. El vacío entre nosotros duró demasiados años.

Regresé al presente, dejé de mirar a la nada a través del cristal de la ventana y volví a posar la vista en los papeles. Yo no entendía de balances, sumas y saldos, pero sí de lo que cuesta ganar un salario al mes y de lo poco que dura después de pagar los gastos. De las pocas oportunidades que tienes siendo un simple asalariado. Esos documentos podrían ser mi pasaporte para abandonar mi precaria situación. Debía pensarlo bien.

Una vez en casa, tras tomar una ducha y preparar café, me senté a reflexionar. Tenía la carta de Fran en la mano, el sobre estaba cerrado y yo no sentía ganas de abrirlo. Estaba muerto, aunque para mí había muerto unos años atrás. En la sala de juntas del despacho de abogados me había costado horrores volver a escuchar su forma de hablar, su tono burlesco en boca de otro. Sabía perfectamente que esa carta era un dardo envenenado. Volví a meterla en la carpeta.

«No, querido. Esta vez no vas a influir en mi decisión», dije en alto. No tenía a nadie a quien llamar para consultar mis posibles dudas al respecto, la decisión debía ser solo mía. Llamar a Mónica hubiera supuesto un: «Estás loca». En su mundo no había cabida para la pornografía. ¿A mis padres? Menos. Solo podía llamar a una persona y no me atrevía a hacerlo. Celeste,

había conseguido la vida que tanto ansiaba. La libertad para ser ella misma, una profesión que le gustaba. Llamarla suponía desestabilizar sus cimientos. ¿Para qué? Preferí no contarle nada hasta tener más datos. Llegué a la conclusión de que era de imbéciles rechazar una oferta de tal calibre tan solo mirando unos documentos. Cogí el teléfono y llamé a Álvaro.

---Perdona que te moleste ---dije---, ¿tú podrías enseñarme en qué consiste la empresa?

---Claro, esperaba tu llamada. No debes rechazar la propuesta sin conocer todos los pormenores de la misma. ¿Te parece bien mañana?

---Me parece perfecto.

---A las diez de la mañana paso a buscarte.

---Gracias, hasta mañana.

Colgué el teléfono al tiempo que me tomaba un somnífero. No quería darle más vueltas al asunto.

Descubriendo realidades

Álvaro se presentó a las diez en punto como si fuera un reloj suizo. Puntual e impecable. El pelo rubio peinado hacia atrás, perilla estilo mosquetero y esos ojos azules en los que podías perderte. El abogado despertaba mis bajos instintos y podía suponerme un problema. El tiempo de sequía me estaba pasando factura. Traté de no devorarlo con la mirada y cambiar mis pensamientos.

Hasta ese momento, en el que me senté en el asiento del coche, ni me había planteado cuál sería la ubicación de la casa de Fran. Álvaro condujo por una de las carreteras de circunvalación y salimos de Madrid capital. Tardamos bastante en llegar. Por el camino nos acompañaba un silencio incómodo, difícil de romper. No me sentía con ánimo de hablar de payasadas sin fundamento. Cuando calculé que llevábamos más de sesenta kilómetros en el más absoluto silencio, no pude más.

---Pensé que la casa estaba en Madrid, vamos un poco a tomar por culo, ¿no? ---Álvaro se sobresaltó. No sé si se había olvidado de mi presencia o por mi forma de hablar horrible.

---La casa está un poco retirada, sí. La ubicación pretendía evitar la mirada de curiosos, como comprenderás. Pero no te preocupes, también tiene un apartamento en el centro de Madrid, que pasaría a ser tuyo. Forma parte del patrimonio de la empresa.

---Joder, pues sí que funciona esto del porno.

---Ya has visto los números, supongo.

Asentí y volví a quedarme en silencio. Inevitable no pensar en ellos.

El paisaje era precioso. Un manto verde que se fundía con el azul del

cielo, las encinas de un verde oscuro imponente. El sol en lo alto brillaba y calentaba nuestros rostros. Me dejé mecer por la velocidad del coche, de vez en cuando miraba de reojo a Álvaro mientras conducía con gesto serio, las gafas de sol, cada vez estaba más apetecible. Giró la cabeza lo justo para que sus ojos tras el cristal se encontraran con los míos. Sonrió de forma leve y a mí se me contrajo la zona inguinal. El abogado me ponía y mucho.

A los pocos minutos abandonamos la autopista. El coche comenzó a circular por una carretera entre montañas. Debíamos estar en la frontera con la provincia de Ávila. Olía a pino y a flores silvestres. Pasamos por un pueblo pequeño, con un puñado de casas a cada lado de la carretera y nos desviamos por un camino. Al final del mismo había una garita y una barrera. El hombre que estaba dentro de ella saludó a Álvaro y nos dejó entrar. Era una finca de proporciones incalculables para mí en aquel momento. Campo y más campo por donde quisiera que miraras. Se podían ver varias edificaciones en diferentes puntos del terreno. En un momento dado, el camino se convirtió en una arboleda que terminaba en un aparcamiento, delante de una casa enorme. Alguna noche de insomnio y borrachera me tragaba los programas del canal Cosmopolitan sobre una panda de mujeres norteamericanas ricas viviendo en mansiones de lujo y con los problemas que las «pobres» tenían, sentí que estaba dentro del televisor entrando en la casa de una de ellas. Aunque no había esas columnas que le gustan tanto a los americanos, esta era una casa de construcción moderna, encargada al arquitecto de moda y de turno, seguramente.

Tenía un porche precioso, con una barandilla de madera tallada en blanco. Los ventanales, enmarcados con unos balcones llenos de flores.

No había mujeres y hombres desnudos, ni follando por los rincones. Esto lo aclaro porque pensé que era lo que me iba a encontrar al entrar. La casa era un ir y venir de gente, eso sí. Personal de seguridad, jardineros que se ocupaban de cortar el césped y una señora muy amable que nos dio la bienvenida en la puerta. Llevaba uniforme.

---Hola, Manuela. Te presento a Samantha. Voy a enseñarle la casa.

Manuela asintió mientras sacaba un pañuelo y se limpiaba los restos de lágrimas de la cara.

---¡Ay! Señor Suarez. Mi Fran ---gimoteaba.

---Sí, Manuela, vamos a extrañarle mucho ---contestó Álvaro mientras le ponía la mano en la espalda y le daba unos toquecitos como había hecho

conmigo en el cementerio. «Este hombre no es de mucho abrazar, no», pensé, mientras seguía observándolo todo anonadada---. ¿Hay alguien en el estudio?

---No, señor, pero el señor Juan está en su despacho ---contestó Manuela compungida.

---Está bien, puedes retirarte.

---¿Quieren que les prepare algo?

---Por ahora, no. Gracias.

Yo me hubiera tomado una botella de vodka a palo seco. Buscaba por cada rincón de la casa las figuras en forma de pene, los cuadros con escenas de sexo explícito, pero no había nada de eso a la vista. El interiorista había hecho un gran trabajo. La estancia era diáfana, el suelo de madera cálido, los muebles en tonos color hueso, los textiles de color tierra, daban al lugar una sensación natural. Sí, también me tragaba los programas de decoración.

---¿Quieres ver la casa o el estudio de grabación? ---preguntó Álvaro.

---¿Las películas se ruedan aquí? ---inquirí incrédula.

---En la casa, no. En la zona más retirada de la finca hay varias naves. Allí están los despachos y hay varios estudios. La mayoría de películas se ruedan fuera, pero a veces es necesario grabar algunas escenas aquí. Fran se ocupó personalmente de que en la casa no se hiciera nada de trabajo.

---Vamos al estudio, por favor ---dije. Podría imaginarme cada rincón de la casa, y seguramente acabaría rendida por su esplendor, pero yo necesitaba saber sobre el lado oscuro de la transacción.

Álvaro le pidió a un hombre que nos acercara al estudio. Montamos en un jeep y cruzamos la finca. Dentro había un lago donde algunos gamos bebían agua. No daba crédito. Miré a Álvaro con la boca abierta.

---Están protegidos. Esta finca está declarada zona libre de caza, y nuestro personal de seguridad la custodia con recelo. Fran era un defensor acérrimo de los animales.

«Ahora resulta que vamos a tener que pedir su canonización», pensé irónica, mientras admiraba la belleza del paisaje. Me costaba mucho asimilar que él hubiera conseguido todo aquello con esfuerzo y trabajo. Cualquier «buena obra» por su parte me suponía un debate interior. Llevaba mucho tiempo odiándole y en mi mente era el peor de los monstruos.

Llegamos a una nave. En el exterior había dos furgonetas negras con los

cristales tintados. Al entrar, varias personas trabajaban en diferentes despachos. Fuimos directamente a uno de ellos, donde un hombre con el pelo cano que me resultó familiar miraba por la ventana con el semblante triste. Al vernos, sonrío y le tendió la mano a Álvaro.

---Buenos días, Álvaro. No te esperaba hoy por aquí.

---Hola, Juan, ha sido una visita improvisada. ¿Recuerdas a Samantha?

---¿Cómo olvidarla? Esa forma de mandar a la gente a tomar por el orto no es fácil de olvidar ---contestó sonriendo.

Agaché la cabeza avergonzada.

---Lo lamento, me desbordó la situación.

---Como a todos, querida. Ha sido una decisión que nos ha cogido a todos por sorpresa. No sabíamos de tu existencia, Fran jamás trataba temas personales con nosotros, pero aquí estás ---confesó.

---Sí, a eso veníamos, Juan. ¿Podrías enseñarle las instalaciones? Yo tengo que hacer unas llamadas. Os espero en el despacho de Fran.

---Por supuesto, vamos, Samantha ---contestó Juan.

Recorrimos el edificio, tenía varios despachos, una sala de juntas, una zona de comedor con microondas, nevera, cafetera... No le faltaba detalle. Toda una oficina impecable, en una finca remota, lejos de las miradas de los posibles curiosos. Accedimos a una sala, donde dos personas controlaban un montón de pantallas. En ellas algunas mujeres se desnudaban. Otras se introducían juguetes eróticos. Una de las personas que controlaba las pantallas era una mujer. Realizaba anotaciones en un cuaderno, mientras observaba las escenas, impasible. La otra persona era un hombre. En un momento dado, llamó por teléfono.

---Alicia, la cámara se ha movido y no se te ve.

Las imágenes iban cambiando. Algunas escenas y gemidos consiguieron ponerme incómoda. Juan me presentó y salimos.

---Están conectadas a lo largo del mundo. Desde su casa. Los clientes se conectan y se tarifica por minuto. Se cobra por tarjeta de crédito. Tienen un chat donde los clientes hablan con ellas y les piden qué quieren que hagan.

Yo escuchaba horrorizada.

---¿La gente disfruta sin el tacto de la piel? ---no pude resistirme y pregunté.

---Hay de todo, Samantha. Esto no sustituye al sexo, pero hay muchas

personas con problemas para relacionarse. También los hay que no quieren complicarse, que quieren masturbarse y sentir que la persona al otro lado interactúa con ellos. Esto nos reporta uno de los mayores ingresos de la empresa. Con los beneficios que obtenemos podemos invertir en la grabación de grandes producciones y tratar de hacer películas con los medios necesarios.

---¿Por qué no hay hombres? ---tampoco pude resistirme y no preguntar.

---Hemos hecho dos pilotos y no funciona. Al final el público que se conecta es homosexual, no femenino, y no obtenemos los beneficios esperados. De vez en cuando lo lanzamos, pero las mujeres no terminan de sentirse cómodas con este tipo de producto. Quizá cargan con más prejuicios. No sabría decirte.

Justo en ese momento, Álvaro vino hacia nosotros.

---Gracias, Juan. Yo le enseño la zona de grabación, no te preocupes --- dijo.

---Ha sido un placer ---contestó Juan. Y se alejó.

Bajamos unas escaleras y accedimos a lo que parecía un gran sótano. Entramos en una habitación llena de cámaras y focos. Había una cama redonda con una colcha de tela de leopardo y grilletes en la pared.

---Esta moda no caduca, ¿eh? ---pregunté con sorna.

Álvaro sonrió.

---Es el decorado de la última producción. En este caso era una película por encargo para un regalo de boda. ---Abrí tanto los ojos que casi se me salen de las cuencas.

---¿Cómo? ---pregunté intrigada.

---Sí, como lo oyes, la pareja quería hacer una película porno y guardarla de recuerdo. Sin distribución y solo con el personal mínimo. Era su forma de no perder la chispa. En vez de excitarse viendo follar a otros, lo harían viéndose a ellos mismos. Recordando lo bien que se les daba hacerlo cuando los años fueran pasando. Es romántico, ¿no?

---No sé qué decirte, lo más romántico que han hecho por mí es invitarme a cenar en el Gino's.

---Seguro que eso no es del todo verdad ---afirmó Álvaro.

---No del todo. ¿Cuánto pagaron por la excentricidad?

---Treinta mil euros, precio amigo.

---Joder, con rebaja y todo.

---Verás, es tiempo que el estudio está parado y el director ocupado. Por

no hablar de que son amateurs. Hay mucho desconocimiento en la materia. Muchos se creen que follar con público es fácil, pero los nervios te traicionan y provocan que no haya erección, y sin erección no hay diversión.

Escuchar al abogado hablar en esos términos, tan serio, como si me estuviera asesorando para contratar un seguro del hogar, me puso muy cachonda.

---¿Podemos tomar un café? ---Tenía que salir de allí. Notaba cómo se me endurecían los pezones y el rubor inundaba mi cara.

---Por supuesto, vamos.

Salimos de nuevo a la luz, y yo me reí pensando que salíamos del infierno hacia el purgatorio. El abogado iba subiendo los escalones mientras el pantalón del traje se le ceñía al trasero musculado. «¡Samantha!, ¡por favor!, ¡qué calores!».

Sentados en la cafetería, Álvaro siguió contándome: ---En el sótano se graban las escenas más íntimas, o bien por encargos privados, o con personas conocidas. Juan es la persona de confianza que tenía Fran, su mano derecha en el negocio. Él dirigía un servicio de webcams y fue el que introdujo a Fran en el negocio. Actualmente hay más de doscientas conectadas en todo el mundo. Hay mucho intrusismo, empresas que ofrecen ese servicio gratis, cobrando la publicidad de las visitas de las páginas. El problema es que detrás de esas empresas hay abusos, extorsiones y un mundo muy feo que es mejor que no conozcas.

---Me lo puedo imaginar. ¿Y nosotros somos los buenos?

---¿Nosotros? ---sonrió.

---Ya me has entendido.

---Fran siempre tuvo la premisa de pagar bien y esquivar el lado oscuro de un negocio divertido.

---Divertido para el que lo consume, quizás no para el que lo rueda.

---Hay de todo. El secreto está en el presupuesto. En el guion. La mayoría de películas que han funcionado muy bien tienen algo de guion. Fran trataba de aprovechar el boom de la literatura erótica y trasladarla al cine. Sexo con argumento. Historias de amor. Acercar a la mujer al mundo del porno.

---¿En serio?

Álvaro asintió a modo de respuesta.

---¿Fran vivía aquí con alguien? ---pregunté de pronto.

Álvaro volvió a sonreír, pero esta vez la sonrisa llevaba un poso de

tristeza.

---Con mucha gente. Ya has conocido a Manuela, que se encarga de que todo funcione en la casa. Ella se ocupa del personal de servicio. En las habitaciones de arriba de la casa siempre hay algún invitado durante los rodajes: actrices, algún director. Fran nunca estaba solo.

---No te he preguntado eso.

---Entonces, hazme la pregunta que ronda tu cabeza, pero házmela directamente, sin rodeos.

---¿Fran tenía pareja?

---No ---contestó.

Se quedó en silencio, me miraba fijamente, esperando alguna pregunta más. No pude contener su mirada. Preferí cambiar de conversación.

---No puedo vivir aquí. Esto está apartado de la civilización. No tengo coche y no he visto ni una sola parada de autobús.

---¿Lo dices en serio?

---Pues claro.

---¿Eso es lo que te preocupa?

---No, pero es importante a la hora de aceptar. Llevo muchos años viviendo en Madrid y moviéndome en transporte público. Yendo a trabajar caminando. Vivir aquí no me atrae lo más mínimo, la verdad.

---¿Me estás diciendo, de verdad, que no te gustaría amanecer por la mañana en esta casa y contemplar el paisaje mientras desayunas?

---Sí, muy bonito todo, ¿y luego? ¿Encerrada aquí todo el día? Acabaría ahogándome.

---Tienes tres vehículos a tu disposición en el garaje y dos conductores.

---¿Está todo pensado?, ¿eh?

---Claro. Estás pensando en los detalles absurdos y no en lo verdaderamente importante.

---¿Qué es? ---inquirí.

---Tus reticencias ante el sexo.

---¿Perdona? ---pregunté horrorizada.

---Prejuicios, inseguridades, complejos; no soy psicólogo, no puedo decirte.

---Yo no tengo reticencias con el sexo. Las tengo con el porno, es diferente.

---Dices porno como si fuera algo ilegal o sucio. Los actores actúan, y lo

hacen libremente. Hay mucha gente que accede al porno por necesidad. Es una de las industrias que mayor beneficio da.

---Es machista y me horroriza. El porno le ha contado al mundo que la mujer no es más que un trozo de carne con agujeros que se pueden penetrar. Lo siento, pero es así como lo pienso. La mujer, despampanante, a ser posible rubia, tonta y con las tetas muy grandes, que se deja follar, y si es por varios individuos, mejor, que da más morbo. El porno ha sido la escuela sexual para muchos adolescentes que pensaban que eso era el sumun. A lo que aspirar. Metiendo presión a muchas mujeres que querían comportarse así para gustar. Lo siento, pero no quiero formar parte de algo tan machista y depravado.

---Quizá tengas razón. Fran intentó acercar a la mujer al porno, pero queda mucho por hacer. Es probable que, para expandirnos al mercado femenino, debamos contar con una mujer que encabece esa cruzada. Piénsalo. Quizá tengas la oportunidad de cambiar las cosas. La mujer cada vez es más libre de expresar sus deseos. Mira el boom del cine y la literatura erótica. Fran entendió que había llegado el momento de introducir ese deseo de libertad en el porno. Tienes que ver alguna de las últimas películas que rodó y que mayor éxito han tenido. Tómatelo como un reto y como la posibilidad de hacer historia. Hacer algo grande. Tienes todos los medios a tu alcance para hacerlo.

El discurso empezaba a funcionar y yo necesitaba pensarlo. Le pedí que me llevara a casa y me diera unos días más para tomar mi decisión.

Después de dos copas de vino y varios paseos por el piso, incapaz de relajarme ni llegar a ninguna conclusión, encendí el televisor para distraerme y un anuncio provocó que se me cayera el mando al suelo. Viaja a Londres por menos de cincuenta euros...

¡Eso era! Necesitaba hablar con Celeste, pero debía hacerlo en persona. Había llegado el momento de hacer esa visita que siempre dije que haría y nunca había hecho.

Personas que son casa

Aterrizar en el aeropuerto de Gatwick es creer que has llegado a Londres y darte de bruces con la cruda realidad cuando te informan de que la ciudad se encuentra a casi cincuenta kilómetros. Hay un tren que te lleva a la estación de Victoria y por el que pagas con un trocito de riñón cuando compras el billete. También hay autobuses, me explicó una amable señorita en información, pero tardaría en llegar una hora y media. No podía esperar tanto tiempo, así que monté en el tren con un montón de nervios acumulados por todo el cuerpo. Celeste me esperaba en la estación y yo tenía la urgente necesidad de verla, abrazarla y contarle cuanto antes el torrente de sentimientos que había vivido los últimos días. No quise adelantarle nada por teléfono, pero ella intuyó que era algo muy importante si tenía que contárselo en persona. Los seres humanos somos así, ella esperaba preocupada mi llegada, pensando que iba a contarle que tenía una enfermedad terminal o algo por el estilo, me contó después. Mejor ponerse en lo peor, siempre.

El trayecto se me hizo largo y pesado. Observaba a mi alrededor a la gente. Éramos todos turistas, pero quedaba bastante claro que mi estado no era el de una turista al uso. No llevaba la alegría que sí llevaban mis compañeros de vagón. La mayoría sonreía con entusiasmo, miraban por la ventana con hambre en los ojos. Con ganas de capturar todas las escenas que estaban viviendo. En mi caso quería cerrar los ojos y abrirlos al lado de Celeste.

El tren llegó a la estación y mientras deceleraba para situarse en el andén donde debíamos bajarnos mis ojos me llevaron directamente a una mujer que esperaba de pie, con una melena larga y de color rojo que combinaba de manera perfecta con un vestido camisero a media pierna de color turquesa.

Brillaba rodeada de personas grises y anodinas. Espectacular es una palabra que se queda corta para describir lo bien que le había sentado a Celeste vivir en Londres.

Bajé del tren con el poco equipaje que llevaba y fui hacia ella atraída por el magnetismo que desprendía. Me miró con los ojos encharcados en lágrimas y nos abrazamos sin poder articular palabra.

---Pero ¿tú te has visto? ¡Estás impresionante! ¡Pareces una actriz de Hollywood! ---exclamé presa de la emoción.

---¡Anda ya! Esto es solo un trapito que he diseñado yo. Me encantaría decir lo mismo de ti, pero pareces un oso panda. ¿Qué son esas manchas negras que hay bajo tus ojos? ¿Duermes, Sam?

---Tú siempre tan sincera. No, no duermo. Pero vayamos a un lugar más íntimo, tengo muchas cosas que contarte y tú muchas cosas que enseñarme.

---No esperarás que te enseñe mi vagina nueva ---espetó.

No pude evitar reírme y sonrojarme a la vez.

---¡Mira que eres bruta! ---dije---. Cuánto te he echado de menos, nena.

Nos abrazamos durante varios minutos en silencio. Disfrutando de la sensación de paz que nos otorgábamos. Abrazos que curan, que sostienen, que te hacen sentir en casa.

Salimos de la estación y cogimos un taxi. Celeste vivía en un apartamento en el barrio del Soho. El Soho londinense es uno de esos barrios donde todo está en constante ebullición. Siempre vivo. Lleno de locales nocturnos y *sex shops*. Marcado en el mapa por su calle principal, Old Compton Street, donde abundan las cafeterías de moda, las boutiques y los mejores locales del barrio. Cuando Celeste me hizo entrar por una puerta de un establecimiento situado en la misma calle Old Compton Street, no pude evitar sorprenderme.

Para acceder a la vivienda había que entrar a través de un local que hacía las veces de tienda y de taller de confección.

---¿Cómo has conseguido pagar un local como este en un barrio tan famoso y en una de sus mejores calles?

---Bueno, ni el local ni el apartamento son míos. Gracias a mi primo que me presentó a toda la gente importante del barrio conseguí trabajo en este taller. Con el tiempo me gané la confianza del dueño y me ha dejado una habitación arriba donde dormir y un trocito de la tienda donde vender mis creaciones. No es todo tan fabuloso como estás pensando ahora mismo, pero

ya iremos poniéndonos al día. Dormirás conmigo, la cama no es muy grande, pero para dos noches que vienes tampoco creo que durmamos mucho. Deja la mochila dentro del armario, aquí hay que cerrarlo todo con llave, que la gente tiene las manos muy largas. Y ¡vámonos!, que estoy deseando que me cuentes eso que has venido a contarme.

---Siempre pensé que eras estilista, no sabía que te habías convertido en diseñadora de tus propias prendas ---confesé.

---Fue una transformación natural, cada vez me costaba más encontrar la ropa que tenía en mi cabeza, así que me apunté a un curso de confección y diseño y comencé a hacerla yo misma.

---Es impresionante.

---La vida te lleva a coger caminos que no habías planeado. Yo podría haberme dedicado a la hostelería para siempre y me hubiera perdido esta profesión que ahora tanto me gusta. El destino a veces es así de travieso.

---Si yo te contara... ---dije mientras pensaba en el mundo del porno.

---Pues eso es lo que tienes que hacer, ¡contarme!

Fuimos a un local pequeño en el barrio y nos sentamos en la mesa más alejada de la barra. De las paredes colgaban cuadros de cantantes famosos. Me distraje tratando de averiguar el nombre de todos ellos. David Bowie, Freddie Mercury, Michael Jackson... El interior del local estaba oscuro. Las paredes de madera hasta la mitad y el resto recubierto de papel pintado en un tono verde oscuro, color aceituna. El típico pub inglés que llena las páginas de las guías de viaje. Celeste pidió dos pintas y me miró expectante.

---¿Estás enferma? ---preguntó de sopetón.

---¡No! ¿Por qué has pensado eso? ---pregunté alucinada.

---No sé, venir aquí, coger un avión, todo el viaje en tren para contarme algo. Ese aspecto tan lamentable que tienes, creí que ibas a darme malas noticias.

---Pues, alguna mala noticia tengo, pero en general no sabría cómo catalogarlas.

---Cuéntame ya, por favor, que de la ansiedad que me estás poniendo voy a menstruar ---ironizó.

Sonreí. Celeste tenía ese sentido del humor que era bálsamo para mí hasta en las peores circunstancias.

---¿Recuerdas a Fran? ---pregunté.

---¿Tu ex, el taxista? ¿Te encontró?

---Ese, me encontró, sí, pero no me dijo nada. Hace poco he descubierto que se ha muerto.

---Vaya... Y ¿lo sentimos? ---preguntó Celeste desconcertada.

---Bueno, es una persona joven que se ha muerto por una enfermedad horrible. Lo sentimos, sí.

---Pues que en paz descansa, ¿eso es todo?

---¿Crees que he cogido un avión, con lo poco que me gustan, para contarte esto? ---pregunté.

---Perdón, perdón, sigue.

---Resulta que ya no era taxista. Fran se dedicaba al negocio del porno, por cierto, le iba fenomenal, y ha tenido la maravillosa ocurrencia de legarme su empresa al morir.

Celeste abrió mucho la boca como si fuera a decir algo, pero su garganta no emitió más que un gruñido extraño. Los ojos se le abrieron de golpe, luego los cerró y su cara mostró una serie de muecas en tan solo unos segundos que me hicieron comprender todas las preguntas que sus pensamientos acababan de plantearle.

---¿Cómo? ---consiguió preguntar con dificultad.

---Lo que has oído. Sé que cuesta asimilarlo. Yo todavía no lo he hecho.

---¿Fran se había hecho actor porno?

---¿Actor porno? ¡Ja! Esa es buena. ---No pude evitar reírme ante la idea. Fran siempre fue guapo, pero no le veía yo en semejante tesitura. Aunque, visto lo visto, a lo mejor me esperaban algunas sorpresas más---. No, Fran producía cine porno y la empresa tiene varias webcams conectadas por varios países, además de otras actividades que me quedan por conocer. No sé, esto me pilla fuera de juego, el caso es que me ha dejado en el testamento sus acciones, convirtiéndome en la accionista mayoritaria de un negocio que factura millones de euros. Negocio que no conozco, que me asquea y que no sé si seré capaz de llevar. Por no hablar de lo mal que me siento aceptando la limosna de ese cretino que me jodió la vida. No sé ni por qué me lo planteo, debería decir que no. Pero esos ceros en las cifras y la posibilidad de cambiar de vida me hacen dudar.

Solté toda la parrafada de corrido bajo la atenta mirada de Celeste, que contraía los labios, concentrada y con una expresión de preocupación en su rostro.

---A ver si lo entiendo ---dijo, por fin---, Fran te ha dejado su empresa que factura millones de euros en vez de a su familia. Después de tantos años separados. ¿Por qué?

---Para seguir riéndose en mi cara después de muerto.

---¿Estás segura de eso?

---El abogado dice que ha sido por una cuestión de mala conciencia y confianza en mis aptitudes para preservar el negocio. No confiaba en su familia.

---Es todo demasiado extraño y rocambolesco, Sam, y te lo digo yo que no he llevado una vida muy convencional que se diga. ¿No tienes más explicación que esa? ---preguntó Celeste.

---Bueno, Fran dejó una carta para todos que leyó su abogado en la apertura del testamento y otra para mí, que me he negado a leer.

---¿Cómo? ¿Que tienes una carta del difunto donde seguramente te explique todos los motivos de esa decisión tan vital para ti y no la has leído? ¿Estás loca?

---¡No quería que influyera en mi decisión! Que me manipulara con sus palabras envenenadas y los tejemanejes de siempre. Como cuando me susurraba que jamás dejaría de quererme y que siempre estaría conmigo, que era lo mejor que le había sucedido en la vida y que estaríamos unidos para siempre ---escupí con rabia, y con un dolor que me fue desgarrando por dentro con cada sílaba que pronunciaba.

---Bueno, es evidente que siempre ha estado ahí si sabiendo que iba a morir se ha contado contigo para dejártelo casi todo, ¿no? Quizá sea el momento de leer esa carta que tanto miedo te da leer.

---No me da miedo. Es desgana lo que me produce.

---¡Ya! ¡Y un cuerno! Leer esa carta es constatar que es su despedida, que te deja sin poder darle la réplica y que jamás volverás a tenerle delante. Estás aterrorizada por tener que cerrar ese capítulo de tu vida de esta forma. Porque, en el fondo, siempre esperaste que él cruzara la puerta de aquel bar de mala muerte donde trabajabas.

Aquellas palabras se vertieron como ácido en una herida demasiado profunda para cicatrizar. Una lágrima resbaló por mi mejilla, mientras apretaba los dientes y apaciguaba mis ganas de gritar y mandarlo todo a la mierda. Levanté la mirada y mis ojos se encontraron con los de Celeste, que me miraba a su vez, con ternura y compasión.

---La llevas encima, ¿verdad? ---Asentí---. Pues es el momento de que la leas, si quieres puedo dejarte sola, aunque intuyo que has venido hasta aquí para leer esa carta en mi presencia.

Asentí de nuevo, sabiendo que Celeste era la única persona con la que tendría el valor de hacerlo. Aunque fuera en aquel bar del Soho de Londres de iluminación tenue y tan convenientemente poco concurrido. Saqué el sobre del bolso y observé mi nombre escrito a mano por Fran. No pude evitar pensar que él sabía que iba a morir cuando lo escribió y el estómago se me contrajo. Reuní el valor, tragué las lágrimas que empezaban a acumularse en la garganta y lo abrí.

Hola, Sam:

He imaginado millones de veces cómo sería nuestra conversación si volviéramos a encontrarnos. Lo que nunca pude imaginar es que te escribiría una carta en estas circunstancias. La vida tiene estos cambios de dirección, solo que el mío me lleva por un camino sin retorno. Quizá esperas una carta llena de revelaciones, pero creo que voy a decepcionarte. Otra vez. Tengo experiencia en esa materia, ¿verdad, pequeña? Ahora me dirías que no te llamara así y yo trataría de conquistarte con una sonrisa. La cagué y no tengo manera de justificarme. Mi madre dice que siempre he tenido falta de voluntad, qué sé yo. Se me ponían a tiro, Sam, y yo nunca supe decir que no. Pero sí quiero que entiendas que solo he tenido un amor en esta corta vida y has sido tú. No he vuelto a enamorarme ni a sentir nada parecido. Imagino que tendrás preguntas que hacerme, lo lamento si hay alguna que no adivino y se queda sin respuesta. Créeme si te digo que me hubiera gustado que las cosas hubiesen sido diferentes. Los corazones que se han querido como lo hemos hecho nosotros permanecen unidos para siempre, aunque no me lo reconocerías jamás. Ese orgullo tuyo es digno de estudio. Primera pregunta que debo responderte: No, no he sido padre. La chica no quiso tenerlo y yo deseaba apartarla de mi vida cuanto antes. Fue un error, Sam, de los muchos que he cometido. El taxi empezó a enfermarme; recorrer las calles, el asiento trasero lleno de borrachos. Llegar a casa y encontrarla vacía. Me enfurecí cuando supe que te habías llevado el dinero, pero no fui capaz de ir a buscarte. No era justo. Quizá no me creas, pero comprendí que te quería lo suficiente para mantenerte lo más lejos posible. Siento todo el daño que te hice.

Una noche conocí a Juan. Empezamos a frecuentar el mismo bar y a llorar las penas juntos. Él estaba divorciándose y pasamos el proceso juntos. Buscaba un socio para ampliar el negocio de webcams y lo demás ya lo sabes. Álvaro te irá contando todo lo que necesitas saber. Segunda respuesta que debes tener: Por qué. ¿Por qué? Es más simple de lo que piensas. No tengo a nadie más para legarle mis acciones, Sam. Mis hermanos son unos negados. Los quiero, pero no son muy listos, ambos lo sabemos. ¿Mis padres y el porno? Bastante me costó que aceptaran que era mi negocio. Bueno, es mentira, cuando empecé a poner en la mesa del comedor cada mes más de cinco mil euros dejaron de tener reticencias. El dinero mata cualquier atisbo de moralidad que tengas, tenlo claro, pequeña. ¿Recuerdas nuestros líos por los caminos del pueblo? Menudos polvos hemos echado tú y yo en mi viejo 205, esas falditas que llevabas eran un pecado mortal. Eres lo mejor que he tenido nunca y no me imagino a nadie que pueda encargarse de lo único bueno que he conseguido hacer. Es un negocio honrado, Sam, que hace feliz a mucha gente. He tratado de quitarle la caspa, la parte más rancia. Diferenciarme. Pero he fallado en la parte femenina, ahí es donde tú triunfarás, estoy seguro, si consigues tragarte el orgullo y apartar el rencor. Mente fría, son negocios, pequeña. Un negocio que te otorgará una vida con la que ni habías soñado. Sé que no es un regalo y no será fácil, pero eres más que capaz y tienes un equipo alrededor eficiente. Hazlo, no lo pienses.

Te quiero y te querré siempre. No sé qué me espera al final de este camino que emprendo. Lo que sí sé es que, si tengo la oportunidad, estaré pegadito a ti para toda la eternidad. Tranquila, no es una amenaza, no me voy a aparecer en tus espejos por las noches. Vive, Sam, sé feliz. Construye tu camino. Nos vemos al otro lado.

Celeste me observaba en silencio. Mi cara era un poema, las lágrimas brotaban como un torrente. «Maldito hijo de puta, Fran. Si no estuvieras muerto, te hubiera matado».

Le di la carta a Celeste para que la leyera y mientras me acerqué a la barra a por dos tequilas. Necesitaba que el alcohol narcotizara todos mis sentidos. Cuando volví de nuevo a la mesa, Celeste se limpiaba una lágrima con disimulo.

---Uf, chica, me hubiera gustado conocerle ---dijo tratando de sonreír.

---Creo que debemos emborracharnos en honor de Fran, como despedida. Mañana tomaré las decisiones que tenga que tomar.

---Me parece un plan perfecto.

Amanecimos abrazadas en la minúscula cama de Celeste con la misma ropa que llevábamos por la noche. Las pestañas pegadas por los rastros de lo que en su momento fue una perfecta aplicación de máscara.

Se abrió la puerta de golpe y apareció un señor de mediana edad, con el pelo canoso. Vestía una camisa de tipo guayabera blanca, pantalón de lino y unos mocasines. Parecía sacado de cualquier playa del Caribe. Le faltaba el sombrero y la bebida con sombrillita en la mano.

---¿Ahora eres lesbiana, Celeste? O solo estás probando nuevos horizontes ---dijo en un tono demasiado agudo para mi resaca.

---Cállate, German. Es mi amiga Samantha, ha venido de visita desde España ---contestó Celeste con un tono de cansancio en la voz.

---¿Y tu amiga no sabe que existen hoteles?

---Y tú, ¿no sabes que hay que llamar a la puerta antes de entrar?

---Esta es mi casa y sabes perfectamente que puedo ir por ella con absoluta libertad, fue el acuerdo al que llegamos. No estaría de más que te ducharas y bajaras a vender esos trapitos que haces porque no van a venderse solos. Te has retrasado en el pago de este mes y no soy conocido precisamente por mi paciencia. Te espero abajo.

Salió tras un portazo que casi me provoca un aneurisma.

---Será capullo ---susurró Celeste---. No, él es conocido por sus viajes a Oriente a por telas cuando en realidad va para contratar los servicios de jóvenes demasiado jóvenes.

---¿Es tu jefe? ---pregunté con esfuerzo. La cabeza me iba a reventar.

---Es el desgraciado que me tendió una mano para crear mi propia ropa, pero, como habrás comprobado, el favor sale demasiado caro.

---¿Por qué te has retrasado en el pago? Creí que las ventas iban bien.

---Tengo encargos que cubren mis gastos mensuales y una costurera que me ayuda con los diseños. Hace dos semanas que no sé nada de ella. Es como si se la hubiera tragado la tierra. No está en su casa, no localizo al novio. Tampoco encuentro algunos patrones que le di para que hiciera. Si fuera mal pensada empezaría a sospechar que me la ha jugado.

---Cuánto lo siento ---afirmé.

---La verdad es que tu visita ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. No me malinterpretes, he sido muy feliz en Londres, pero ahora paso por un momento de desesperación. Mi primo ha conseguido su sueño de ser padre, han tenido un niño y está volcado con su familia. Se terminó salir de juerga con la alocada de su prima y sus desvaríos. Sigo sin encontrar el amor, he tenido mis historias, pero nada serio. Cada vez echo más de menos el sol, las tostadas con tomate y aceite en el desayuno... ---se le quebró la voz---, a ti.

---Ay, mi chica, yo también te echo de menos. Eres la única persona que de verdad me entiende y no me juzga. Que aguanta estos cambios de humor que ni yo misma me aguanto. Celeste, vuelve conmigo a España. Yo también estoy a punto de mudarme, ya no puedo permitirme la casa donde vivo. He perdido el trabajo, tengo el poco dinero que me han dado de la indemnización. Podemos usarlo para alquilar otro piso más barato e intentar vender tu ropa en Madrid.

---O... ---empezó a decir Celeste con un todo de voz diferente, como si estuviera maquinando algo.

---¿O? ---pregunté al ver que no seguía hablando.

---O también podemos dedicarnos al mundo del porno. Yo puedo diseñar el vestuario de alguna película ---contestó.

La observé unos segundos tratando de asimilar lo que acababa de decirme.

---Piénsalo, Sam. Las dos en un apartamento cutre en algún barrio de las afueras del centro. Con mi máquina de coser intentando vender los vestidos a alguna travesti o alguna gogó discotequera. O las dos de nuevo tras una barra aguantando borrachos, pervertidos, clientes desagradables y bordes. ---Hizo una pausa mientras ponía cara de pena---. O ambas viviendo en una mansión de lujo en una finca rodeadas de hectáreas de bosque, ciervos o lo que sea, como me contaste anoche. Rodando películas que ve muchísima gente. Podríamos hacer historia. ¿Por qué no tratar de hacer porno a nuestra manera?

---Por lo que veo, tú no tienes dudas sobre el asunto ---contesté.

---¿Qué dudas tienes tú? ¿Dudas sobre tus capacidades para hacerlo? ¿Dudas porque es una herencia que te ha dejado tu exmarido? ¿Dudas por lo que vayan a pensar los demás?

---No, eso no. Yo no le debo explicaciones a nadie y siempre me ha importado poco lo que opinaran los demás.

---¿Entonces?

---Más bien son las dos primeras.

---Ajá. Crees que tu ex te está haciendo un regalo y tu orgullo no te deja

aceptarlo. Verás, no es ningún regalo. Te va a tocar currar y demostrar que eres capaz de dirigir una empresa. Por otro lado, sabes que cuatro mil y pico euros de indemnización por tantos años conduciendo el taxi fue un robo muy barato. Creo que Fran se sentía en deuda contigo por muchos motivos. Así que no lo veas como un regalo. Me parece un acto de justicia por su parte. Por otro lado, tengo que decirte que conozco pocas mujeres con unos ovarios como los tuyos. Que ha sobrevivido sola durante muchos años. Eres fuerte e inteligente y lo harás fenomenal. Deja ya de darle vueltas, llama al abogado ese y vamos a vivir una vida nueva. Siempre que quieras contar conmigo para vivirla, claro, que yo me he autoinvitado con todo mi morro.

---Pues claro, cariño, eso no tienes ni que decirlo. No podría hacerlo sin ti.

Suspiré. Celeste tenía razón. Una vez que supe que podía tener una alternativa a la mierda de vida que estaba llevando en los últimos años, ya no había vuelta a atrás. Se acabó la barra y sus jornadas interminables. Samantha Gil se dedicaría a hacer películas de cine para adultos. Seguro que no era tan difícil...

Nuevo trabajo, nueva vida

Celeste y yo aterrizábamos en Madrid a las nueve de la mañana del día siguiente. Fue sorprendente la rapidez con la que Celeste empaquetó sus cosas. El cuaderno de diseños y la máquina de coser. El resto no le importaba, me dijo. No hubo mucha conversación durante el vuelo. Ambas íbamos sumidas en nuestros propios pensamientos. Yo trataba de reunir el valor para enfrentarme a todo lo que llegaría a mi vida tras la firma, aceptando el regalito que me hacía Fran. Me invadía una sensación extraña, no podía emocionarme por entrar en un negocio que me era desconocido. Nos mirábamos en silencio. El vértigo se apoderaba de mí y la preocupación aumentaba por momentos. ¿Estaba haciendo lo correcto?

Nada más llegar, dejamos las maletas en el piso y fuimos hacia el despacho de Álvaro sin cita.

Mientras subíamos en el ascensor, Celeste miraba a su alrededor con desconfianza.

---Estos abogados caros me recuerdan a los mafiosos de las películas, no lo puedo evitar. No me fio, Sam.

---Yo tampoco, pero los números están ahí. Tenemos que ser precavidas --
-contesté.

Álvaro salió a recibirnos y yo no pude evitar sonreír al ver los ojos que le puso Celeste. Me miró y levantó las cejas, y es que el abogado estaba cada vez más cañón.

---Sentimos presentarnos sin cita, Álvaro. Te presento a mi amiga Celeste --
--dije en un tono conciliador y formal.

---Un placer ---dijo mientras le tendía la mano a Celeste. Ella le devolvió el gesto, alargando unos segundos de más el apretón, saboreando el momento--

-. No os preocupéis, tu caso es prioritario por encima de los demás.

---Vaya, vaya, otro que descubre que eres un caso, pero de los perdidos... --espetó Celeste.

Sonreí.

---Acompañadme, por favor ---nos invitó Álvaro y ambas le seguimos mientras le mirábamos el culo.

Nos sentamos en su despacho, elegante y sobrio como él.

---¿Queréis tomar algo? ---preguntó.

---No, gracias ---contesté.

Álvaro tenía una forma de mirar que me intimidaba. Sostenía la mirada, penetrante, directa y me ponía muy nerviosa.

---Entonces, si os parece vamos directos al grano. Imagino que ya has tomado una decisión. No podemos demorarlo mucho más. La familia de Fran está intranquila con este tema y quieren resolverlo cuanto antes.

---Ya, imagino quién está más intranquila de todos. Charo quiere que me largue bien lejos, lo más pronto posible ---afirmé.

---La señora Rosario está pasando un duelo doloroso. No debes pensar en ella para decidirte.

---No lo hago, pero, verás, hay novedades a mi alrededor y quiero hacer una negociación nueva.

El abogado entrecerró los ojos y me observó.

---No creo que las condiciones se puedan cambiar, es un testamento. Pero cuéntame.

---Quiero que Celeste entre en el negocio conmigo. Necesito alguien de confianza a mi lado para que me ayude con esto.

---Comprendo. No hay ningún problema, podemos meterla en plantilla. Tendrás que consultar con el departamento financiero y con el laboral para las condiciones del contrato ---contestó con esa voz masculina y viril que empezaba a desconcentrarme. No podía dejar de mirar cómo se le ceñía la camisa en la zona pectoral.

---Quiero ser su asistente personal. Eso de *personal assistant* va mucho conmigo, guapo ---soltó Celeste de repente mientras le guiñaba un ojo a Álvaro.

El abogado sonrió, con una sonrisa a medias que hizo que se me cayeran las bragas. No de forma literal, pero casi. ¿Qué me estaba pasando?

---Me parece una buena decisión. ¿Eso es todo? Firmas, damos por

cerrado este asunto y ¿nos ponemos a trabajar? ---preguntó mirándome fijamente. Esas miradas empezaban a complicarme la existencia. Me ruborizaban y el abogado lo sabía.

---Adelante ---dije con una seguridad que no tenía y tuve que fingir.

Cogí el bolígrafo esforzándome para que la mano no temblara al tratar de firmar. Aceptaba la herencia con todo lo que ello conllevaba. A partir de ese momento presidía la mayor productora de porno de España y de las mejores de Europa. Conseguí que las manos no me temblaran, pero las rodillas se movían solas, parecía que estuviera bailando un charlestón.

---Verás, se me olvidaba comentarte una cosa. La empresa de Fran es uno de los clientes más importantes que tenemos. He consultado con mis socios y todos estamos de acuerdo en que me dedique este primer año que vas a ocuparte de la presidencia por completo a vosotros. Dejaré mi despacho y me trasladaré a la finca para ayudarte con todos los asuntos que vayan a ir surgiéndote. Allí también está Juan y el resto del equipo directivo, pero es mejor así, si no tienes inconveniente.

---¿Tienes inconveniente en ver ese cuerpo prieto todos los días, nena? --- espetó Celeste. No pude evitar mirarla con horror. Álvaro se rio y yo me relajé.

---Ningún inconveniente ---afirmé. Tenerle cerca me tranquilizaba y me encendía a partes iguales.

---Genial, pues vamos a encargarnos de la mudanza. ¿Tienes que llevar algún mueble? ---preguntó con una voz sensual que me provocaba la misma reacción de los perros de Pávlov.

---Los muebles no son míos. Tengo que llamar a la dueña por si quiere recuperarlos. Tengo poco equipaje, la verdad ---contesté.

---¿Te sirve con una de las furgonetas que viste en la finca?

---Suficiente.

---Perfecto. Mañana por la mañana irán dos de los chicos de seguridad para recogerlo todo. Yo iré con ellos para llevaros a la casa. Os dejaremos un par de días para instalaros y después te pondremos al día de todo.

---Gracias.

Nos despedimos, Álvaro nos tendió la mano y, cuando sentí el roce de su piel, un escalofrío me recorrió entera. Ese abogado me iba a complicar más la existencia que el porno, cada vez lo tenía más claro.

Cerrando puertas, abriendo horizontes

Después de tantos años no tenía ni un vaso de mi propiedad. Me había negado a comprar cosas para una casa que nunca sentí como mía. Llamé a Mónica para contarle que dejaba el piso y que el dueño tenía intención de venderlo.

---Puedes quedarte los muebles, si los necesitas ---dijo.

---No los necesito, Mónica, te lo agradezco, como todo lo que has hecho por mí. ---Era cierto, estaba agradecida y a la vez dolida. Quizá fuera injusto estarlo, pero me había abandonado en el peor de los momentos. Esas sensaciones se te quedan dentro cubriéndose de verdad. Desde luego, ella tendría otra versión del asunto.

---No te preocupes, me pondré en contacto con el dueño.

---Gracias, de nuevo.

---¿Cómo estás? ¿Qué vas a hacer? ---preguntó, pero entendí que era una pregunta por compromiso. Podía notarlo en el tono de su voz. Seguramente, Mónica temía que le pidiera asilo.

---Estoy bien, no tienes que preocuparte. Tengo que colgar, lo siento, me están esperando. Que vaya todo muy bien.

Y colgué. Sin esperar respuesta, dando por finalizada una relación temporal que ya no tenía sentido mantener. No podía incluir en mi nueva aventura la moralidad de la buena de Mónica.

Mientras terminaba mi conversación con ella, Álvaro había llegado con dos hombres. Se llevaron todas las maletas y el par de cajas que tenía. Libros, cedés, poco más.

---Estoy deseando ver cómo es aquello ---dijo Celeste, sacándome de mis pensamientos---. ¿Todo bien?

---Todo bien. Estaba resolviendo el tema de los muebles. Deja que repase los armarios y nos vamos.

Celeste se quedó en el salón con Álvaro y yo me encerré en el baño. Necesitaba unos minutos sola. Llevaba mucho tiempo viviendo en ese piso y tenemos la absurda manía de apegarnos a las cosas. No había sido especialmente feliz dentro de aquellas paredes, pero había conseguido ser autosuficiente. Ahora tenía la sensación de perder. Dependería de otros para salir adelante. Trabajaría en algo que había conseguido otro.

---Imagino que al principio nos sentiremos raras. Invadiendo un espacio ajeno ---comentó Celeste cuando me vio llegar al salón. Como si adivinara mis reticencias.

---¿Al principio? No sé si en algún momento podré sentir que algo de aquello me pertenece.

Álvaro movió la cabeza haciendo un gesto de negación, pero no dijo nada. Intuyó por mi cara que no era un buen momento para añadir nada más.

Celeste y yo fuimos con Álvaro en su coche.

Álvaro puso música y disfrutamos del trayecto mientras admirábamos la belleza del paisaje. Recuerdo la sensación. Los nervios adheridos al estómago. El estado de alerta, como si el peligro nos acechara. Recuerdo, también, a Álvaro mirándome con descaro, de una forma que no se podía considerar normal. O yo estaba equivocada, o el abogado tenía las mismas ganas de arrancarnos la ropa mutuamente que tenía yo.

---¡Pero esto parece la puta *Dinastía*! ---gritó Celeste cuando entramos en la finca y dejamos la garita del guarda detrás---. ¿He visto un ciervo? ¡Me ha parecido ver un ciervo!

---Son corzos ---contestó Álvaro tratando de no descojonarse.

---Ah, bueno, son solo corzos ---ironizó Celeste. Me miró y me preguntó--- : ¿Habías estado aquí?

---Sí ---afirmé.

---Y, aun así, ¿dudabas? ---preguntó de nuevo---. No me extraña que dudaras, entre todo esto y un piso viejo en el barrio de San Blas, una no sabe qué elegir.

---Guárdate tu ironía que todavía tienes más cosas que ver... ---contesté.

---Os llevo primero a la casa y cuando estéis instaladas vamos a las oficinas ---comentó Álvaro mientras aparcaba en la entrada.

Al entrar nos recibió Manuela. Celeste observaba todo impresionada, aunque trataba de disimularlo, como si siempre hubiera vivido rodeada de lujo.

---Le he preparado la habitación de Fran, señora. Fueron las instrucciones que recibí del señor Álvaro ---dijo Manuela dirigiéndose a mí.

---Gracias, Manuela ---contesté.

---La señorita puede elegir la habitación que quiera de la primera planta, salvo la del final del pasillo que es la que tiene Álvaro siempre que decide quedarse.

---¡Perfecto! ---gritó Celeste---. Señorita, muy bien Manuela. Y a ti te ha llamado señora por esa cara de amargada que llevas siempre.

La miré con rabia, aunque pensé que llevaba razón. Llevaba demasiado tiempo amargada y ya no era capaz de ponerme otro traje que no fuera ese.

Celeste eligió la habitación contigua. Todas tenían baño propio. Además, contaba con un escritorio donde colocó su preciada máquina de coser. Ella sentía toda la emoción que se suponía que debía sentir yo y que no encontraba por ningún rincón de mi interior, por mucho que la buscara. Hubiera sido lo más fácil, esa actitud de negación constante me traería problemas si no conseguía dominarme. Álvaro empezaba a estar harto de mí, era más que evidente.

Manuela nos preparó un café delicioso. Era cariñosa y atenta. Celeste y ella conectaron enseguida y yo me sentía feliz por ello. Celeste buscaba desesperadamente una figura femenina que le sirviera de refugio y consuelo. Y Manuela era la perfecta imagen de figura materna.

Desayunábamos tranquilamente cuando Álvaro entró en el comedor.

---¿Estáis preparadas? Hoy comienza el rodaje de un nuevo proyecto.

Me atraganté.

---¿Tan pronto? ---pregunté incómoda.

---¿Pronto? Han pasado siete días desde que llegasteis, suficientes. Juan se encarga de toda la operativa de las webcams. Pero necesitamos que supervises el rodaje. Todo el equipo debe conocerte, lo están deseando.

«Ay, mi madre», pensé. Por fin había llegado el momento que tanto me angustiaba. Nuestros pasos me encaminaban a presenciar mi primera escena porno en directo.

---¡Por fin! ¡Estaba deseando ver los entresijos del cine porno! ---gritó

Celeste entusiasmada.

Álvaro sonrió aprobando su actitud y me miró fijamente, esperando mi reacción.

---Bravo, vamos a ver penetraciones, yuhu ---me burlé.

---Quizá te guste más de lo que piensas ---dijo el abogado acompañando las palabras de la mirada más seductora que había visto jamás. Tenía tanto magnetismo que pensaba que iba a salir disparada hacia él como hace el metal con los imanes.

---Vamos, no alarguemos más el momento. ---Me levanté tratando de mostrar mi lado más profesional y eficiente. Debía comportarme como la nueva presidenta y me disfracé de ello. Máscara de mujer dura y hacia delante.

Al llegar al estudio pudimos comprobar la cantidad de gente que trabajaba en el proyecto. Además de los actores, que eran muy fáciles de identificar por su atuendo, o más bien por la falta de él, había mucho personal decorando el estudio. Cámaras, cables por todos sitios. No imaginaba que hacía falta tanta gente para grabar una película porno. Luego descubrí que en realidad no hace falta tanta, depende de la calidad que quieras tener. Al igual que sucede con el cine convencional. Álvaro me fue presentando a todas y cada una de las personas que iban a trabajar en el proyecto. Algunos solo hablaban inglés y entre Celeste y él fueron traduciendo todo lo que quería decir. El director le preguntó a Celeste si se había planteado hacer cine X porque era espectacular y ella se hinchó como un palomo y me estuvo dando la murga con el tema durante todo el día.

Llegó el momento de grabar y, tras gritar acción, pudimos ver cómo la actriz estaba en una cocina dispuesta a preparar la cena cuando sonaba el timbre y llegaba su cita. Me sorprendió el guion, no era el mensajero que llegaba para sucumbir a sus encantos. Iban a grabar el primer polvo de una pareja que acababa de conocerse. Realmente era una comedia romántica, pero sin ningún tipo de censura en las escenas de sexo. La chica llevaba las riendas del asunto en varias escenas. No se limitaba a ser un agujero a penetrar. Tengo que reconocer que me excité, mucho. Los besos, la forma en la que los actores practicaban sexo, no me produjo rechazo como solía pasarme con las escenas que había visto de cine porno.

---Estás ruborizada ---me dijo Álvaro mientras yo no podía apartar los ojos. Ella gemía subida a él mientras se movía. Parecía como si estuviéramos

siendo testigos de un momento íntimo entre ambos.

Tras correrse, y nunca llegaré a saber si fue fingido o de verdad ambos habían tenido un orgasmo, se tumbaron. Se abrazaron. Se besaron con ternura y a mí me emocionó de una forma irracional. Sabía que no era verdad y, aun así, me pareció lo más real que había presenciado jamás.

---Salgamos ---le pedí.

Una vez fuera del estudio le dije: ---No me esperaba esto. Venía concienciada para ver la típica escena de la mujer exuberante con dos tíos musculosos penetrándola.

---Fran fue dejando de hacer ese tipo de porno. Te dije que su intención era atraer al público femenino a la industria. Son películas donde follan sin censura. A veces hay tríos, pero él quería hacer algo diferente. En Estados Unidos ha funcionado este tipo de cine de forma asombrosa. Aquí todavía cuesta, pero estamos en ello. De vez en cuando nos vemos obligados a grabar alguna película más tradicional para un sector que nos las sigue pidiendo, pero la intención es hacerlo cada vez menos. No hacemos escenas con mujeres que parezcan menores, o que parezca que están sufriendo dolor.

Me quedé muda. Realmente no me había parecido desagradable.

---Hay mucho sexo, no me malinterpretes ---dijo---, pero envuelto en cotidianidad. Hoy en día hay aplicaciones para quedar y directamente follar, sin preámbulos. El sexo vende y gusta, pero se trata de hacer algo elegante. Que no denigre a nadie.

---¿Puedo hacerte una pregunta? ---inquirí.

---Claro.

---¿Crees que es necesaria mi presencia aquí? ---pregunté con interés.

---¿En el rodaje?

---No, en la empresa. Lo tenéis todo organizado. ¿Para qué estoy aquí?

Álvaro se quedó en silencio.

---Fran quería que estuvieras.

---Eso no es lo que te he preguntado. ¿Crees realmente que hago falta?

El abogado me miró con gesto serio. Con esa mirada de ojos azules profundos que me desarmaba por completo.

---No ---contesto, al fin---, la maquinaria está organizada y tu presencia no es necesaria.

---Y aun así estoy aquí, pero ¿por qué? ---pregunté al aire. Tenía que haber algún motivo y hasta que no lo encontrara no iba a parar.

Un ruido de motor captó toda mi atención. Por el camino se acercaba un todoterreno.

---¿Quién es? ---pregunté.

---Tus excuñados ---dijo Álvaro mientras sonreía.

---¿Y qué hacen aquí?

---Molestar ---confesó para mi sorpresa.

---¿Cómo?

---No tienen una función específica. Se pasean por aquí sin oficio asignado. Fran les mandaba a hacer recados para tenerles entretenidos. Vienen siempre que hay rodaje para mirar. Sé que Fran no los quería por aquí, pero también sé que Rosario presionaba para que los tuviera cerca.

Aparcaron el coche cerca de donde nos encontrábamos y se acercaron.

---Vaya, la nueva presidenta ya está al mando, bienvenida al reino ---dijo Jesús, mientras se agachaba para hacer una reverencia. Eran mellizos, pero muy diferentes. Jesús era alto, delgado y desagradable. Javier era más bajo que Jesús, algo regordete e igual de desagradable que su hermano. Nunca nos habíamos llevado bien.

---Yo también me alegro de veros ---dije poniendo cara de asco---. No podéis entrar.

---¿Cómo? ---preguntó Javier subiendo el tono de voz.

Álvaro me miró extrañado.

---Si las escenas son de tono más íntimo voy a restringir el acceso. Ya tendréis ocasión de ver la película cuando esté montada.

---No puedes prohibirnos entrar, puta ---dijo Jesús con tono amenazante.

---En realidad, sí ---intervino Álvaro---. Está perfectamente capacitada para hacerlo.

---No me obliguéis a llamar a los de seguridad. Volved por donde habéis venido. Cuando sean necesarios vuestros servicios se os llamará, y ahora podéis largaros.

---Esto no va a quedar así ---dijo Javier mientras escupía en el suelo cerca de donde yo estaba.

Ambos se montaron en el coche y se fueron.

---¿Qué acaba de pasar? ---preguntó Álvaro.

---Rencillas del pasado, no les quiero por aquí. Siempre han estado gorroneando y no puedo con ello. Además, si no tienen una función específica no deben estar por aquí. Que cobren el dinero de las acciones que para eso las

tienen y no vuelvan más.

No dije nada más, pero tenía la sensación de que mi presencia estaba relacionada con ellos de alguna forma. Era una intuición. Fran sabía que si me legaba la empresa a mí lo primero que haría sería mantener a toda su familia lo más lejos posible. De repente tuve una idea. Le pedí a Álvaro que me acompañara al despacho de Fran y que después se fuera con Celeste, para asegurarse de que no la liaba en el rodaje. Una vez estuve sola en el despacho, cerré la puerta y observé todo lo que me rodeaba. Era elegante y a la vez divertido. Fran había colocado varios cuadros con los superhéroes que le gustaban. Películas de culto. Siempre fue un niño grande, no daba la impresión de estar en el despacho de alguien importante. Algo atrajo mi atención en una de las estanterías. No podía creer lo que veían mis ojos. Era nuestro bote de arroz. De cristal con la tapa azul. El bote que compramos juntos en una tienda del barrio de Embajadores. Ni siquiera recuerdo el nombre de la tienda. Cada cosa que comprábamos en común para la casa me hacía una ilusión absurda. Pero ese bote significaba mucho más. En él, Fran guardaba el dinero en casa. Era el bote de las cosas a esconder. ¿A nadie le había extrañado un bote de cristal lleno de arroz en un despacho? Viendo el resto de cosas de la estantería supuse que no. También había puesto un bote de garbanzos, otro de flores secas. Como una decoración estrafalaria de un decorador de interiores borracho. Pero pegaban unos con otros. Nadie sabía que ese bote de arroz tenía una historia detrás salvo yo. El bote que saqué el día que salí corriendo de su vida para siempre. Puse el pestillo a la puerta y lo cogí. Necesitaba algo para volcar el arroz. Era un bote alargado de unos veintidós centímetros de diámetro. Encontré un cuenco de adorno de metal en otra balda de la estantería. Volqué el contenido del bote en el cuenco y apareció un tubito de papel film enrollado. Sonreí y no pude evitar el pellizco de nostalgia que me invadió. Volví a meter con cuidado el arroz en el bote y lo dejé todo en su sitio por si aparecía alguien en el despacho. Tomé asiento y mientras miraba por el ventanal del despacho que daba a la finca. Quitó el papel transparente y encontré una carta...

Revelaciones

¡Lo sabía!, sabía que lo encontrarías, Sam. Siempre fuiste tenaz. Sospechabas de todo. Sospechabas de mí, también lo sabía. Era consciente de que acabarías descubriendo todas las putadas que te hice. No quise hacerte daño, créeme que no fue de manera consciente. Uno es como es y es difícil cambiar. Aquí está esa razón que seguro llevas tiempo tratando de averiguar. Por qué necesitaba que tú y solo tú te hicieras cargo de mi empresa. No confío en nadie, Sam. Sé que de un tiempo a esta parte alguien me está robando parte de los beneficios de la empresa, pero por más que investigo la contabilidad no encuentro el fraude o la desviación de capital. No sé quién o quiénes son, aunque intuyo que tiene que ver con mi familia. Mis hermanos, mis padres. No sé si Álvaro está metido en ello o le están engañando también. Ni siquiera sé si Juan está limpio, y lo peor es que ya no tengo fuerzas para averiguarlo. Paso más tiempo en el hospital que en la oficina o en casa. Tú eres mi única esperanza para desenmascararlos. Sé que los odias y que acabarás apartándolos, pero trata de averiguar primero qué está pasando. Hablamos de muchos millones de euros al año, dinero de las webcams y de la publicidad. Investiga, Sam, llega al final del asunto, pero no confíes en nadie. Por favor te lo pido. Ellos trataran de que te conviertas en un pelele, en un elemento decorativo. No lo permitas.

Confío en ti. Sé que te pido demasiado, pero te mereces la vida que yo no te di. Sé feliz, Sam. Te quiero.

Llamaron a la puerta y me asusté. Guardé la carta y, al abrir, Álvaro esperaba al otro lado.

---No quiero molestarte, pero creo que debes ir al estudio antes de que tu

amiga se ponga a dirigir la película.

Sonreí. Celeste era un huracán y podría pasar.

---¿Qué ha pasado? ---pregunté.

---Está discutiendo con el director porque dice que hay una escena que no cuadra.

---¡Ay!, madre...

---Sam, espera ---dijo mientras me cogía del brazo. Al notar el contacto se me erizó todo el vello---, sé que son demasiadas emociones a la vez. Llevas varios días encerrada en la finca y me gustaría invitarte a cenar esta noche en el pueblo. Hay un restaurante muy bonito. Podemos estar tranquilos y que me preguntes las dudas que te hayan surgido.

«¿Una cita?», pensé. Le miré los labios. Rosados y jugosos como una fresa madura. Me moría de ganas por besarle allí mismo. «¿Por qué no?».

---No me viene nada mal salir un poco, la verdad, me encantaría ---dije. Quizá era una buena forma de empezar a intimar con el abogado y averiguar lo que sabía. Evidentemente, me gustaba. Tener tanto sexo alrededor había acrecentado mis ganas de tenerlo. Era muy probable que aquella cena fuera solo un gesto amigable y yo me estuviera haciendo «pajas mentales», que decimos de manera vulgar.

Fuimos corriendo al estudio y cuando llegamos la escena me provocó una sonrisa.

Celeste discutía en inglés con el director y hacía gestos obscenos con las manos. El director tampoco se quedaba corto. Gritaba «Fuera de aquí» como una fiera. Conseguí llevármela fuera del estudio.

---¡Será gilipollas, Sam! ---exclamo fuera de sí.

---Pero ¿qué ha pasado? ---pregunté preocupada.

---Pues que se empeñaba en poner a la mujer en una postura imposible. La chica estaba poniendo cara de dolor, Sam. Eso no debes permitirlo.

---Por supuesto que no. Hablaré con Juan, no te preocupes. Álvaro me ha dicho que ponen especial cuidado en los rodajes.

---Pues ese tío es un capullo, que estaba rodando escenas muy *heavys*, en cuanto habéis salido del estudio ---dijo Celeste indignada.

Llegó Juan a la nave.

---¿Podemos hablar, Samantha? ---preguntó.

---Mira, como caído del cielo ---dijo Celeste---. Te espero en la casa. ¡Me

voy a dar un baño en esa súper piscina cubierta, nena!

Dijo mientras se acercaba a uno de los dos conductores que esperaban apoyados en las furgonetas fumando.

---Dime, Juan.

---Vamos a mi despacho ---contestó con gesto serio.

Una vez estuvimos sentados ambos en la mesa, Juan me ofreció un café que acepté con gusto, era verdad aquello de que se me juntaban las emociones.

---Me ha llamado Rober, que la cosa se estaba desmadrando ---dijo---. Yo vivo dos pueblos más allá por la carretera comarcal. No vengo todos los días, hay trabajo que puedo hacer desde casa. Normalmente, Jesús y Javier se encargan de supervisar las webcams desde que Fran no está con nosotros y Rober, mi persona de confianza, se encarga de los rodajes. Llegó un momento en el que tuvimos que repartir las tareas. Pasaba aquí casi veinticuatro horas y mi mujer me puso un ultimátum. Bastante me cuesta tenerla contenta sabiendo que me paso el día viendo coños y tetas.

El comentario y el tono me resultaron muy desagradables. Tampoco me gustaba la forma en la que me miraba. Supuse que mi presencia en el negocio le incomodaba. Lo tenía todo organizado y me dio la impresión de que no contaba mucho con Álvaro. Él me había dicho que los mellizos no tenían ocupación asignada.

---También me han llamado Jesús y Javier cabreados porque no les has dejado entrar en el rodaje. Eran los hermanos de Fran, tienen todo el derecho a estar por aquí.

---A partir de ahora, no. Les quiero lo más lejos del negocio que sea posible. Que cobren su parte y no aparezcan por aquí. Encárgate personalmente de que así sea. Si les veo husmear en algún rodaje, haré todo lo posible para que se queden sin sus acciones ---dije en un tono tajante y amenazante que me sorprendió. No sabía que tenía esa fuerza interior que me nacía desde lo más profundo de mi ser---. Por cierto, también quería comentarte otra cosa. Celeste me cuenta que el director estaba grabando una escena anal muy fuerte ---espeté---, eso no voy a consentirlo.

---Bueno, aquí hacemos porno ---contestó desafiante.

---Sí, pero según me ha contado Álvaro, Fran grababa películas con escenas de sexo sin violencia o sufrimiento.

---Es cierto, pero tenemos cierto público que nos pide otro tipo de cine.

---Quizá ese público puede comprar películas de otra empresa ---

sentencié.

---Entiendo. Esto lo tendrás que llevar al comité de dirección y comunicarles que vamos a dejar de hacer ese tipo de películas. Normalmente grabamos una versión más afeminada y otra con los mismos actores más convencional.

El término «afeminada» me enfureció.

---¿Siempre? ---pregunté.

---A veces, desde que falta Fran, siempre, sí.

---A pesar de que a él no le hubiera gustado ---dije visiblemente enfadada.

---Él se empeñaba en hacer un porno flojo y aburrido.

---Que ha dado mucho dinero ---afirmé.

---Sí, pero debemos ser fieles al género ---contestó con mala cara.

---Entiendo. ¿Grababais a sus espaldas?

---Cuidado, Samantha, no me gusta lo que insinúas. Fran y yo éramos socios y amigos. No hacía nada a sus espaldas.

«Ya...», pensé. No me creía nada. Cada vez me gustaba menos ese hombre. Y, sobre todo, cada vez desconfiaba más de él.

---Bueno, hasta nuevo aviso, suspended las escenas duras. Mañana por la mañana quiero en mi despacho toda la información referente a las grabaciones de los dos últimos años. Versiones, distribución, etcétera.

---Lo que usted mande, presidenta ---dijo Juan con cara de desprecio.

Salí del despacho sabiendo que se me complicaba el asunto, pero llena de fuerza. No iba a permitir que se rodara ese tipo de cine bajo mi mando. Los actores debían disfrutar.

Entré de nuevo en el despacho de Fran y miré a mi alrededor. Decidí por el momento conservar la decoración como él la tenía. Ignoraba si me había dejado más mensajes.

Llamé al departamento financiero y solicité un portátil nuevo para mí sola. Que no pasara por el departamento informático. Lo quería con el precinto. Ese punto era muy importante. Seguramente la chica que atendió mi llamada debió de pensar que yo era una gilipollas, pero ya estaba paranoica perdida. No me fiaba de nadie, y menos del ordenador de Fran.

Antes de regresar a la casa y prepararme para mi cita, pasé de nuevo por el estudio. La actriz protagonista era brasileña, pero hablaba un español perfecto. La llamé para invitarla a un café en la zona del catering. Llevaba una bata de raso negra y unos tacones de infarto.

---Hola, me llamo Samantha y soy la nueva presidenta de la empresa que está haciendo esta película.

---Yo soy Giselle. Encantada. Sé quién eres. En el mundillo ha corrido el rumor y todo el mundo sabe de ti.

---Vaya, no tenía ni idea. ¿Grabas muchas películas con nosotros? ---pregunté.

---Muchas, también tengo una cámara en casa y de vez en cuando me conecto, cuando estoy aburrida.

---¿Te obligan a grabar escenas demasiado fuertes?

---A veces sí. Pero tranquila, estamos entrenadas. Lubricante, y luego mucho paracetamol.

---Para nada. Te voy a anotar mi teléfono. En esta empresa se acabó ese tipo de escenas. Si algún director que trabaje para nosotros te pide algo que te haga sentir dolor, me llamas. Sea la hora que sea. Solo sexo divertido. ¿Entendido?

---Entendido.

---Por favor, corre la voz y cuéntaselo al resto de actrices y actores que conozcas que trabajen con nosotros.

---Eso está hecho. Me alegro mucho de que estés por aquí ---dijo. Sonreía aliviada, o al menos eso me pareció. No sabía si las decisiones que estaba tomando sin consultar a nadie nos supondrían muchas pérdidas económicas, pero no iba a permitir que se vejara a las actrices o que se obligara a los actores a hacer daño para satisfacer el deseo de gente degenerada. Todos sabíamos que había un lado oscuro en el porno donde se grababan simulaciones de violaciones y otra serie de atrocidades. No estaba dispuesta a formar parte de esa abominación.

Después de hablar con la actriz me dirigí al director. Tuve que contar con la ayuda del tal Rober que me miraba con mala cara. Mi inglés era muy justito.

---Dile que se ciña al guion con las escenas de sexo que no supongan dolor a los actores. No me importa que haya sexo anal, siempre y cuando sea divertido y estén disfrutando. ¿Entendido?

---Entendido ---dijo mientras ponía cara de asco.

Esperé a que Rober le tradujera lo que acababa de decirle, mientras observaba la cara de desprecio que ambos me ponían, el director asintió mientras me miraba y me largué del rodaje. Para ser el primer día no había estado nada mal, pensaba de camino a la casa en la furgoneta. Debía contarle a

Celeste los últimos descubrimientos, pero ya no tenía tiempo si quería arreglarme un poco para la cena. Pospondría esa conversación para el día siguiente. Me apetecía salir de allí y pasar una velada agradable. Siempre me he considerado una persona fuerte, pero a cualquiera le agota tanta tensión.

Estaba duchándome cuando sonó la puerta del baño. Me asusté.

---A ver, enséñame ese coñito tuyo tan natural, ¡jodía! ---gritó Celeste. Casi me da un infarto.

---¿Pero tú estás loca? ---Traté de taparme al otro lado de la mampara de la ducha.

Celeste se reía a carcajadas mientras me pasaba una toalla.

---¿Has podido arreglar el asunto de la película? ---preguntó---. Tú no lo has visto, pero ha sido muy desagradable. El actor estaba siendo muy bestia, los tíos alrededor parecían que estaban gozando, pero la chica estaba poniendo unas caras horribles. Y te lo digo yo que es un sexo que practico de forma habitual. Un desgarró en esa zona es algo grave, Sam.

---Me lo puedo creer. Por cierto, necesito tu ayuda.

---Cuéntame.

---Tengo una cita en veinte minutos y solo tengo vaqueros.

---¡Qué dices! ¿Con quién? ¡Con el abogado macizo! ¡No me digas más! ¿Vas a follártelo? ¡Pues claro que sí! ¡Qué pregunta más tonta!

---Bueno, bueno, no te emociones tanto. Solo es una cena, pero me da la sensación de que me va a llevar al sitio más elegante de la zona.

---Vete a saber cómo de elegante es eso en este paraje perdido de la mano del Señor ---ironizó Celeste.

Sonreí.

---O sea que quieres uno de mis vestiditos de zorro nocturno para dejarle claro lo que esperas de la noche.

---Mira que eres boba ---dije---, ¿tienes alguno que sea elegante?

---La duda ofende. Vente a mis aposentos, nena.

Unos minutos después llevaba un vestido precioso con un estampado negro y naranja. La falda por debajo de la rodilla y una pieza de tul por debajo. La parte de arriba imitaba a un corpiño.

---Es una maravilla. Tienes mucho talento, Celeste.

---Gracias, corazón mío.

---Te lo digo en serio, vamos a tener que invertir en tu firma porque creo que voy a hundir el negocio del porno en poco tiempo ---confesé.

---¡Anda ya! Seguro que no, pero la parte de la inversión en mis diseños me gusta.

Era la hora. Mi cita vivía en la habitación que había al final del pasillo, era una situación peculiar cuanto menos. Bajé a la cocina y me estaba esperando con Manuela. Llevaba un traje azul marino que le sentaba de escándalo.

---Vaya... Estás preciosa ---dijo el abogado mientras me miraba de arriba abajo con una cara de deseo que me hizo excitarme.

---Gracias, no sabía si había que arreglarse, así que le he pedido a Celeste que me dejara uno de sus diseños. Que, por cierto, son geniales ---dije de corrido y sin respirar.

---Anda, anda, largaos, que Manuela y yo vamos a ponernos una serie de esas de llorar que tanto nos gustan ---dijo Celeste.

Álvaro condujo por la vereda. Observé las manos en el volante admirada. Siempre me han gustado las manos de los hombres. Fuertes y grandes. Me las imaginé recorriendo mi piel y tuve que mirar por la ventana para distraerme. Le hubiera dicho que parara el coche allí mismo.

Durante los años que trabajé en el bar tuve muchas noches de sexo. Pero fue sexo sin preámbulos, sin citas, sin conversaciones de uno mismo sentados en la mesa de un restaurante. La mayoría de las veces yo iba en un estado lamentable. El abogado me ponía nerviosa, me hacía sentir un ser humano inferior. Con su elegancia, su lenguaje refinado. Me daba la sensación de que cada vez que yo soltaba un taco, él disimulaba para no poner cara de horror. ¿Qué iba a contarle?

Llegamos al restaurante. Era un hotel donde realizaban eventos y celebraciones. Estaba decorado con gusto y la comida fue exquisita. Según avanzaba la velada me fui relajando.

---¿Fran te habló de mí? ---solté de pronto.

---Vaya, has tardado casi una hora en sacar el tema, pensé que saldría nada más sentarnos.

---¿Te molesta? ---pregunté estudiando la reacción de Álvaro.

---No, no me molesta. Supongo que tendrás muchas preguntas. Responderé las que pueda.

---Ya te he hecho la primera.

---Claro que me habló de ti, es una pregunta bastante absurda. Era su abogado, pero, sobre todo, su amigo. No profundizamos en sentimientos, si es lo que preguntas.

---No sé ni lo que pregunto, perdona. He vivido todos estos años pensando que Fran había tenido un hijo con aquella chica.

---Preferiste quedarte con esa versión que descubrir la verdad.

---Obvio, me hizo mucho daño ---contesté---. ¿Cómo le conociste?

---Fran necesitaba contratar un despacho de abogados que se encargara de los asuntos legales de la empresa. Congeniamos nada más conocernos. Era el primer cliente que se dedicaba al mundo del porno y me atrajo conocer los entresijos de la industria. Nos hicimos muy amigos.

---Vamos, que te molaba eso de ver sexo en directo.

---Pues como a todos, imagino.

Sonreí.

---Tienes una sonrisa preciosa ---dijo mientras clavaba sus ojos en los míos. No me lo esperaba y no pude evitar sonrojarme.

---Gracias.

---¿Por qué sigues soltera?

---Vaya pregunta. ¿Por qué? Supongo que no he encontrado a nadie que mereciera la pena o no quería jugármela y que volvieran a hacerme daño. Me he pasado algunos años concentrada en subsistir.

---Bueno, ¿te ves preparada para llevar las riendas del negocio?

---Supongo que sí. Déjame que aterrice del todo. Hay algunas cosas que tienen que cambiar.

---Está bien, no hablemos de negocios ---contestó en un tono amable que me volvió loca.

Disfrutamos de un postre delicioso y salimos a pasear por los alrededores del restaurante. Era un bonito pueblo con casas de piedra y balconadas de madera.

La tensión sexual que había entre nosotros era más que evidente, pero ninguno nos atrevíamos a cruzar esa línea invisible que concede el pudor. Álvaro no cumplía ninguno de los cánones de los hombres que me gustaban. Era rubio, elegante y educado. Pero tenía un magnetismo innato. Una mirada intensa y esa perilla que le concedía cierta rudeza a su rostro. Cada vez me atraía más y no pude contenerme.

---Abogado, ¿qué hacemos aquí? ---dije poniéndome delante de él y acercando mi cara demasiado a la suya.

---Por lo que veo no te gusta perder el tiempo.

---Me siento mayor para estos juegos de quinceañeros, tengo mucho en lo que pensar. Y no tengo muchas ganas de interpretar posibles situaciones. Si lo que te apetece es echar un polvo, vamos a volver a la casa y no le demos más vueltas.

Sonrió y a mí se me mojaron las bragas de forma literal.

Se acercó un poco más y posó sus labios en los míos. Noté su aliento cálido y su boca se entreabrió. Comenzamos a besarnos lento, saboreando cada movimiento. Sus labios eran jugosos y su lengua se movía con seguridad. El abogado sabía besar. Los besos fueron aumentando en intensidad hasta que noté que estaba completamente excitada. Le deseaba y no podía más.

---Vámonos. Por favor ---supliqué jadeando.

---Vamos ---contestó Álvaro devorándome con la mirada.

De camino a la casa él puso la mano en mi pierna y me dieron ganas de decirle que lo hiciéramos allí mismo. Cuando llegamos, Manuela y Celeste veían la televisión en el sótano. Entramos sin hacer ruido y fuimos directos hacia su habitación.

Al llegar nos lanzamos el uno hacia el otro con un hambre voraz. Nos devorábamos mientras nos besábamos. Cuando se quitó la camisa y pude constatar que tenía el cuerpo que había imaginado, casi grito de placer. Decir que el abogado estaba bueno era quedarme bastante corta. Posiblemente, poseía uno de los mejores cuerpos que yo había tenido disponible para mí. Creo que fuimos un tanto escandalosos contando que nos separaban dos plantas de los únicos habitantes de la casa. Después de probar la cama en varias posturas, la alfombra y un sillón, nos quedamos dormidos.

Alianzas

Desperté y Álvaro seguía durmiendo. Me quedé quieta observándole. Estaba muy guapo, con el rostro relajado. La respiración acompasada. Reprimí el deseo de despertarle y volver a devorarlo enterito. Me incorporé tratando de no hacer ruido. Rescaté toda mi ropa que había quedado desperdigada por la habitación. Me puse solo la ropa interior, abrí un poco la puerta y comprobé que no había nadie en el pasillo. Salí corriendo en bragas y sujetador hasta la otra punta del pasillo donde estaba mi habitación. Entré y cerré la puerta. Escuché unos aplausos y me sobresalté. Celeste se reía mientras aplaudía.

---¡Bravo! Me hubiera encantado verte entrar desnuda, pero ha sido una entrada triunfal. Una noche aburrida, por lo que veo ---ironizó poniendo cara de psicópata.

---¿Cuánto tiempo llevas aquí?

---Un rato solo. He venido para desayunar contigo y al ver la cama tan bien hecha he supuesto que no habías dormido aquí. Da gracias que no haya ido allí a buscarte.

---Gracias ---contesté. Celeste era capaz de eso y de entrar en el cuarto con un grupo de mariachis si hacía falta.

---¿Y qué tal? ---preguntó levantando las cejas.

---La comida fue exquisita ---contesté mientras sonreía.

---¡Qué guarra!

---Madre mía, Celeste, ¡qué polvazos! Me he desquitado por todos estos años de sequía o de sexo para olvidar.

---¿Y ahora? ¿Vais a estar follando todo el día por cada rincón de esta «pequeña» mansión?

---¡Qué bruta eres, joder! Aunque no lo descarto ---solté una carcajada.

---Qué perraca. ¡Está buenísimo! ¿Qué tal está armado?

---¡Para! Deja que me vista que tengo que hablar contigo de algo serio. Pero no aquí. Baja y pide que te traigan uno de los coches. Tú conduces. Necesito ir a un sitio donde podamos hablar solas.

---Me estás preocupando.

---No, tranquila, tengo novedades y no puede oírnos nadie.

Al salir a la puerta comprobamos que nos habían preparado uno de los Mercedes que usaba el chófer.

---¿Seguro que no quieren que las lleve? ---preguntó el hombre con cara de preocupación.

---No, gracias ---contesté en tono firme---, ella conduce. Sabes conducir, ¿no? ---pregunté mirando a Celeste.

---¡Pues claro! Hace mil años que no lo hago, pero será como montar en bicicleta.

El hombre puso mala cara, pero le dio las llaves.

---¡Mierda! Es automático ---exclamó Celeste.

---¿Y? No me digas que tengo que pedirle que nos lleve.

---No, no, solo necesito recordar qué es cada letra. ¿Sigue ahí mirándonos?

---Sí. No se fía de nosotras ---afirmé sonriendo.

---Chico listo. A ver, hay una que es el punto muerto. Tengo que dejar el pie izquierdo quietecito para no frenar en seco. Acelerar en la D, de *drive*. ¡Hecho! ¡Ya lo tengo!

Celeste dio un acelerón y pude ver por el espejo retrovisor la cara de angustia del conductor.

---Bueno, ya lo tengo controlado, puedes empezar a contarme qué te tiene tan misteriosa ---dijo Celeste.

---En el coche, no.

---¿Por qué? Estamos solas.

---Porque no, un poco de paciencia.

Celeste condujo hasta un restaurante en una zona de servicio de la carretera que llevaba a Toledo.

Cuando estuvimos sentadas en una mesa, lejos de las miradas de los

curiosos que observaban el vaivén de caderas hipnótico de Celeste al caminar, pude comenzar a contarle.

---Encontré una carta de Fran en su despacho para mí. La había colocado en un sitio estratégico. Imperceptible para el resto, pero muy identificativo para mí. El famoso bote de arroz donde escondía el dinero que le robé.

---¡Qué me estás contando! ---gritó.

---Toma, léela.

Esperé a que Celeste leyera la carta sin darme cuenta de que mis dedos tamborileaban el mantel.

---Madre mía. Ahí tienes tu motivo ---dijo al terminar de leer---, pero hay algo que no me cuadra. ¿Cómo averiguó Fran que le engañaban? No habrán sido tan tontos de anotar las medidas de mano en la caja.

---No, tiene que haber algo más.

---¿Has hablado de esto con Álvaro? ---preguntó.

---No puedo, no sé si es trigo limpio.

---¿Y qué podemos hacer?

---Observar, Celeste. Estar atentas. Sé que Juan está metido hasta el cuello. Le incomoda mi presencia. Como también sé que mis queridos excuñados también tienen que estar de mierda hasta las cejas. Pero no les veo con la inteligencia necesaria para llevar a cabo un desvío de capital. Rosario y Jesús ni siquiera vienen por aquí. Ellos reciben la transferencia mensual y se dedican a viajar. La tarificación de las cámaras está muy controlada. Esa facturación llega a través de las empresas que gestionan las tarjetas de crédito. El pufo tiene que estar relacionado con las películas. Quizá declaren unos gastos más elevados de los reales y se lo llevan de ahí. No lo sé. Tengo que averiguarlo. No puedo mirar a otro lado, Celeste.

---Lo sé. ¿Y qué pasará si descubres que Álvaro está pringado también?

---Pues, que me dará pena perderlo ahora que se ha vuelto tan divertido.

---Necesitaríamos algún experto en ordenadores. Nosotras somos unas *tecnolerdas*, Sam. ¿Te acuerdas de Eduardo? ---Asentí---. Se jubiló y vendió el hostel. Tiene un sobrino que es una máquina con los videojuegos y esas cosas. Quizá pueda echarnos una mano.

---¿Y para qué queremos un experto en videojuegos? ---pregunté asombrada.'

---¡Yo que sé! Lo he visto en las películas. Siempre hay uno que entiende

de ordenadores.

Me reí.

---Mañana revisaré todas las películas que se han rodado este último año y los beneficios que se han obtenido con ellas. Empezaremos por ahí.

---Me parece perfecto. Cuenta conmigo.

---Necesito que te pases por el rodaje. Que controles que no graban nada raro.

---¿No deberías ir tú? Eres la jefa.

---No, gracias.

---¿Me voy a tragar yo todas las escenas de sexo?

---Seguramente ---afirmé.

---¡Serás cabrona! ¿Yo? ¿Que tengo más hambre que un perro abandonado, me mandas a ver cómo follan? ¿Por qué no vas tú? Quizá aprendas cosas nuevas para practicar con el abogado cachas.

---¡Me quieres ayudar o no! ---imploré.

---¡Qué mojígata eres!

---Me siento incómoda, Celeste. Lo están haciendo de verdad. Invadimos un acto que debería ser íntimo.

---Están actuando, mujer, aunque tengan sexo de verdad. La tercera vez que lo veas será como si estuvieras viendo a un pescadero limpiando el pescado.

---Vaya símiles que haces.

---¿Vaya qué?

---Déjalo, vamos a volver.

Al llegar a la casa, Celeste le entregó las llaves al chófer, que pareció respirar aliviado. Todavía se me hacía raro entrar en aquella casa. Me daba la sensación de estar de vacaciones. Álvaro hablaba con Manuela en la cocina. Apoyado en la isla comía uvas de un cuenco. Llevaba un pantalón de chándal y una camiseta de manga corta ceñida. Manuela trasteaba en los fuegos con varias cazuelas. El olor era delicioso.

---¿Habéis cenado? ---preguntó.

---Sí, lo siento, Manuela. Se me ha olvidado avisarte. ---No me acostumbraba a tener servicio.

---No te preocupes. Lo guardaré para mañana.

Álvaro me miraba mientras se metía una uva en la boca, con una sonrisa pícaro que hizo que me excitara al instante.

---¡Venga, por favor! Vamos a dejarnos de escenas de seducción que una no cata desde hace algún tiempo ---gritó Celeste de repente.

Yo sonreí.

---Será porque tú no quieres ---dijo el abogado.

---Mírale, qué arte tiene el jodío. Tengo que darme de alta en la aplicación esa que usa la gente para ligar.

Manuela seguía cocinando.

---Bueno, yo me voy a dormir, ha sido un día muy largo ---dije---. Buenas noches a todos.

---Yo también me retiro ---dijo el abogado.

---¡Disimuláis muy mal! ---gritó Celeste.

El abogado me cogió en el recibidor y comenzó a besarme por el cuello. Nuestras bocas se buscaron y se juntaron mientras nuestras lenguas se lamían con ansia.

Subimos a mi habitación.

---Vaya, no sé si quiero hacerlo aquí ---dijo Álvaro.

---¿Por qué? ¿Tienes miedo de que aparezca su fantasma?

---No, claro que no.

---Pues entonces no veo el problema. Fran y yo llevábamos años sin estar juntos.

---Lo sé. ¿Qué tal vuestra escapada misteriosa? ---preguntó y yo me sobresalté.

---¿Misteriosa?

---No habéis querido llevar conductor. Me ha llamado preocupado por el coche.

Sonreí.

---Vaya, ¿solo por el coche? ---ironicé---. Celeste tiene carné de conducir. Nos apetecía tener un momento solo chicas.

---Entiendo.

---¿Vamos a seguir de cháchara? Mañana tengo mucho trabajo que hacer.

---Qué aplicada eres, jefa. Ven, vamos a ver si consigo calmar esas prisas.

Y fui. Claro que fui. He de confesar que el abogado empezaba a pillarme la medida. Me hacía explotar de placer. Me hacía reír. Y lo más difícil para mí: me hacía sentir cómoda. A pesar de todo eso, las circunstancias no me dejaban bajar la guardia. Había entre nosotros un terreno infranqueable. Él sabía cosas que yo desconocía. Y yo desconfiaba de sus intenciones. Ese tira y

afloja hacía que el sexo entre nosotros fuera mucho más intenso. Brutal y adictivo.

La mañana del día siguiente la ocupé en repasar libros de cuentas. Presupuestos de rodaje. Facturación de la distribución de películas. Todo parecía en orden.

«Joder, Fran, podrías haberme dado más detalles», dije en alto. Piensa, Sam. Si tuvieras que llevarte dinero de esta empresa sin que nadie se diera cuenta, ¿cómo lo harías? ¿Cómo lo hacen los políticos de los pueblos? Engordando las facturas. Tiene que ser eso, pensé.

Sonó el teléfono. Era Celeste.

---Dime ---contesté.

---Estoy en el rodaje. Han terminado las escenas de interior. Están preparando todo para salir a exteriores. ¿Tengo que ir con ellos?

---Sí, por favor. No los pierdas de vista.

---Hay una chica que no deja de mirarme, como si quisiera hablar conmigo, pero no se atreviera.

---Pídele el número de teléfono con la mayor discreción que puedas. Trataremos de hablar con ella más adelante.

---Está bien, jefa. Por cierto, el vestuario es horroroso. Vamos a tener que trabajar con eso.

---Para la siguiente película serás la que se encargué de todos los diseños.

---¡Ay! ¡Sam! ¡Me has puesto cachonda!

Colgué riéndome. Celeste era como el aire puro en una habitación cerrada.

Me quedé observando por la ventana del despacho el exterior de la finca. El horizonte lo recortaba uno de los perfiles montañosos de la sierra de Gredos. Las encinas, los fresnos. La acumulación de nubes que se forma en los albores del otoño. Pronto el verde tomaría en tonos ocres. Rojos, amarillos, naranjas. La nostalgia propia del otoño haría su aparición. Pensé en los otoños anteriores y no pude recordar nada memorable. Trabajo y más trabajo. Llevaba años sin planear unas vacaciones, sin hacer una mísera excursión al campo. Tan solo ir del bar al piso y del piso al bar. Acumulando horas de frustración y agotamiento. Muchas veladas con la única compañía de una botella de ron barato. Y ahora me sentía pequeña observando la inmensidad de la naturaleza.

Unos golpes me sacaron de mi éxtasis paisajístico.

---Hola, Samantha. ¿Puedo pasar? ---preguntó Juan desde la puerta con un tono demasiado jovial para mi gusto.

---Por supuesto, pasa. Siéntate.

Juan era un hombre que debía rondar los cincuenta años. Se notaba que le preocupaba su aspecto. Debía de ir al gimnasio. El traje impecable. Un buen reloj en la muñeca. Todo un hombre de negocios. Supuse que en algún momento se imaginó sentado tras la mesa donde en ese momento me sentaba yo. Intuí que aquello no le debía de hacer ninguna gracia por la forma en la que me miraba. Aunque trataba de disimular el desprecio que sentía por mí.

---Me ha llamado Steve, el director de la película. Verás, cuando salimos a rodar exteriores tratamos de llevar el personal mínimo y necesario. Dice que no se siente cómodo trabajando con tu amiga pululando por el set de rodaje. Creo que sería conveniente que le dejáramos trabajar tranquilo. Es uno de los mejores directores del mercado y no nos interesa perderlo.

---Celeste es mi amiga, sí. También es mi asistente personal, futura diseñadora de vestuario en próximos proyectos y mis ojos en esta empresa.

---Entiendo ---contestó.

---Acabo de aterrizar, Juan, y necesito que se me informe de cómo se hacen las cosas. Lo que sucedió ayer en el rodaje no me gustó y no puede volver a pasar. ¿Cuántas películas estamos rodando en este momento?

---Ahora mismo tenemos todo el personal volcado con este largometraje. Se estrenará en Estados Unidos la primavera del año que viene.

---Comprendo. Pues llama al director y dile que se acostumbre a tener a Celeste supervisando todo el trabajo y que cuente con ella si necesita algo. Tengo entendido que tu labor aquí es ocuparte de las cámaras y que Fran se encargaba de lo relacionado con las películas. ¿Cierto?

---Cierto.

---Pues quiero que siga siendo así.

---¿Qué vas a hacer con los hermanos de Fran? ---preguntó con un tono de voz que no me gustó nada.

---Mantenerlos lo más alejados que pueda de aquí.

---No puedes hacer eso. Es su familia.

---Sí, sí puedo. Realmente, con las acciones que tengo puedo hacer lo que quiera. A lo mejor me da por cerrar la empresa. O dedicarla a hacer mermeladas en tarro. Si no quieres nada más, tengo mucho trabajo.

No me gustaba su presencia. Ni me gustaba su mirada desafiante. Y cada vez estaba más segura de que estaba metido en algo raro.

---Está bien. Llamaré a Steve, aunque no creo que le guste. No creo que te convenga buscarte tantos enemigos por aquí.

---¿Es una amenaza?

---Un consejo de amigo.

---Tú y yo no somos amigos. No lo olvides.

Salió dando un portazo y las piernas me comenzaron a temblar. No querían a Celeste en el rodaje y era por algo.

Los días siguientes transcurrieron con cierta normalidad. Repasé toda la información referente a la distribución de las películas. Los datos cuadraban con los informes que me había proporcionado el departamento de contabilidad. Celeste acudió cada día de rodaje sin que hubiera más incidentes. Álvaro y yo retozábamos cada vez que teníamos la oportunidad. Me acostumbé a salir a pasear todos los atardeceres por la finca. Estaba enamorándome de cada rincón. El aire puro, la comida casera.

Una mañana que había comenzado tranquila y sin sobresaltos recibí una visita en el despacho. Juan llamó a la puerta y me pidió entrar. Venía acompañado de un hombre. Me pareció reconocer al director de la película que estaban rodando en el estudio de la nave contigua.

---Steve quiere abandonar el proyecto ---dijo sin tapujos. Sonreía de forma maliciosa. Seguro que se había propuesto hacerme la vida imposible y que me largara de allí cuanto antes. Pero yo no me rindo. La vida me había puesto muchas trabas. No abandoné el hostel a pesar de los gritos de las prostitutas. No falté ni un día al bar, aunque la grasa se me metía bajo la piel. Si Juan quería luchar, lucharíamos.

---¿Qué es lo que sucede?

---Su amiga me molesta ---contestó en un español con acento americano.

---¿Se puede saber por qué?

---Se mete donde no debe. El guion está revisado. Nosotros grabamos porno y tenemos clientes que esperan escenas convencionales. Tenemos actores y actrices preparados para ello. Ustedes no pueden llegar y desbaratarlo todo.

---Ahí se equivoca. Sí podemos. Esta empresa está bajo mi mando en estos

momentos. Soy socia mayoritaria y puedo tomar las decisiones que me plazca sin consultar con nadie. Si quiere irse, ahí está la puerta. Recoja sus cosas y lárguese. Pero borraré su nombre de los créditos de la película. Y me ocuparé personalmente de que todo el sector sepa que tiene usted problemas con la autoridad femenina. En los tiempos que corren será su fin.

---Es usted una zorra muy astuta ---remarcó las erres que con su acento sonaron con una fonética extraña.

---Yo puedo ser muy buena o muy mala. Usted decide ---contesté desafiante mirándole directamente a los ojos.

---Terminaré el rodaje, pero será el último que haga con esta empresa ---sentenció.

---Me parece perfecto. Y ahora hagan el favor de salir de mi despacho.

Juan iba con la cara constreñida por la rabia. Estaba deseando apartarle de la empresa. Ese se había convertido en el único objetivo que tenía. Estaba descuidando a Álvaro, a Celeste e incluso a mí misma. Anoté mentalmente dedicarles la noche y tratar de relajarme. Tanta tensión empezaba a pasarme factura. Me dolían las articulaciones. Fran apareció en mis pensamientos, tan seductor como siempre. Traté de imaginar lo que había sido para él averiguar que alguien le estaba engañando, cuando la enfermedad empezaba a devorarlo. En ese momento le eché de menos más que nunca. Me hubiera gustado abrazarle, decirle que no se preocupara, que iba a descubrir qué estaba pasando. Miré a mi alrededor y sentí una presencia. En la silla, en el escritorio, en los cuadros. Supe que siempre estaría conmigo. En mi corazón, en mi piel, en cada suspiro. Lancé un beso al aire y me fui a invitar a mis chicos a cenar y a beber para olvidar.

Celeste me pidió si podía invitar a alguien a la cena. Álvaro y yo la miramos sorprendidos.

---¿Quién es? ---pregunté intrigadísima.

---Habéis estado tan pendientes de copular ambos que no os habéis enterado de las visitas que he recibido.

Verdad absoluta. Álvaro y yo lo hacíamos prácticamente cada noche.

---¿Y bien? ---preguntó Álvaro que también parecía que le había entrado la curiosidad.

---Tendréis que esperar a que llegue. Me ha dicho que estaba entrando por la puerta de la finca ---contestó Celeste con una sonrisa.

Pasaron unos minutos que se me hicieron eternos y llamaron a la puerta.

Álvaro fue a abrir y apareció en el recibidor uno de los actores de la película que estaban rodando. Moreno, alto, y con un cuerpo de estatua romana. Nos saludó con una sonrisa amplia.

---Espero que no os importe que os acompañe esta noche ---dijo. Me pareció encantador. Celeste se ruborizó y me dio mucha ternura.

---Claro que no. Cuantos más seamos, mejor. Manuela, ¿quieres venir con nosotros? ---pregunté.

---¡Ay! No, señora. Se lo agradezco, pero a mí me gusta acostarme temprano y ver una película en la cama ---contestó mientras sonreía.

---Está bien, pues vámonos. He reservado una mesa en un asador del pueblo que llevaba tiempo con ganas de ir ---dije mientras encabezaba la expedición.

Mi presencia en la zona era cada vez más conocida. «La mujer del porno» era como me llamaban. Al llegar al restaurante, todo el mundo me miró de soslayo mientras murmuraban. El maître se desvivió porque no nos faltara de nada. Nos habían preparado la mejor mesa de todo el restaurante.

Desde la cristalera podíamos ver el jardín. Iluminado con guirnaldas de luces. Estaba realmente precioso.

La velada fue un éxito. La comida, la compañía. Ver a Celeste tan feliz. Se besaban y se devoraban con los ojos. No soltó ni una broma. Se comportó de una forma prudente. Tratando de comportarse de forma elegante. Señal inequívoca de que el chico le gustaba de verdad.

En un momento de la cena, se me acercaron dos chicos.

---Perdona, ¿eres Samantha Gil? ---preguntó uno de ellos.

---Sí, soy yo ---contesté sorprendida.

---¿Podrías hacerte una foto con nosotros? Nos encantan las películas que hacéis.

Me pilló por sorpresa.

---Claro, cómo no.

Álvaro nos hizo la foto y se fueron. Todos me miraban sonriendo.

---Samantha, vas a hacer historia, y yo estoy feliz de poder compartirlo contigo.

Nos abrazamos y nos pedimos unas copas para celebrarlo.

Terminamos la cena y decidimos que nos iríamos a bailar y a quemar la noche. Álvaro llamó al conductor para que nos llevara a Ávila. El pueblo a

esas horas se quedaba desierto.

El chófer nos llevó a una discoteca. Enloquecí. No sé si por la música, el subidón de energía que experimentaba después de sentir que podía llevar las riendas de un negocio tan productivo. Las miradas de Álvaro...

A la segunda copa empezamos a notar en el ambiente que cada pareja buscaba el momento de apartarse y disfrutar de algo de intimidad.

Álvaro me contó que Fran tenía reservada una suite en el mejor hotel de Ávila. «Joder, Fran, qué bien te lo montabas», pensé, un poco borracha.

Llegamos al hotel y cogimos una habitación más para Celeste y su acompañante. «¿Cómo será hacerlo con un actor porno?», no pude evitar pensarlo. «¿En casa del herrero, cuchillo de palo?». Sonreí.

---¿De qué te ríes? ---preguntó Álvaro en el ascensor.

---Creo que voy pedo ---contesté mientras todo me daba vueltas.

---Una ducha, un masaje y como nueva ---dijo mientras me besaba por el cuello.

---Uf, qué bien suena eso.

Por la mañana, desayunamos los cuatro con cara de resaca. Aunque se nos veía relajados. La noche había sido productiva. El sexo con Álvaro se había convertido en mi afición favorita. Sentirse deseada te hace rejuvenecer. Los orgasmos liberan endorfinas y oxitocina. La hormona del amor y de la felicidad. Vas por el mundo con una sensación poderosa. Llena de buena energía.

Regresamos a la finca y al trabajo. Estaba decidida a cambiar la actividad principal del estudio. Puse todo mi empeño en conseguir proyectos nuevos. Hice un inventario de todo el material que teníamos para rodar, de forma que pude calcular cuántas películas podíamos rodar a la vez. Me puse en contacto con los mayores expertos del sector y los mejores críticos de cine del país. Les pedí referencias. Conseguí el nombre de los directores y guionistas noveles que empezaban a sonar en el panorama cinematográfico nacional y europeo.

Preparé un dossier con toda la documentación y me reuní con Álvaro para ponerle al corriente de todo.

---Estoy impresionado, Sam. Sabía que podrías dirigir la empresa, pero jamás pensé que tenías tanto potencial. Es increíble el trabajo que has hecho.

Cómo has optimizado todos los recursos ---dijo mientras observaba la documentación.

---Gracias. ---Sentí ganas de gritar y bailar.

---Todos tenemos talento para algo, solo hay que descubrir para qué ---dijo mientras se acercaba para besarme.

---Esos besos tuyos son un pecado, Álvaro.

---Pues pequemos, que la vida es corta.

Echamos el pestillo a la puerta del despacho y Álvaro me hizo el amor con ternura encima del escritorio. Movía despacio las caderas y yo creí que iba a enloquecer allí mismo. Me perdía en la profundidad de esos ojos azules e hipnóticos. Estaba completamente enamorada y no podía evitar pensar que quizá me estaba engañando. Quizá estaba robando dinero de la empresa. Me estaba entregando y era muy posible que Álvaro tuviera un lado oscuro.

---Voy a reconciliarte con el amor ---dijo.

Yo sentí ganas de llorar. Necesitaba aclarar de una vez por todas qué estaba pasando. Saber si Álvaro estaba metido en algo turbio.

Mi rutina de trabajo se convirtió en llevar a cabo el proyecto que había hecho. Firmé contratos de colaboración, contraté personal nuevo.

Una tarde recibí una llamada desde un número oculto. Descolgué y nadie contestaba.

---¿Hola?

Silencio. Empecé a recordar llamadas pasadas y se me aceleró el corazón.

---¿Eres Samantha? ---preguntó una voz femenina.

---Sí, soy yo. ---«Como me diga que es la mujer de Álvaro tiro el teléfono a tomar por saco», pensé.

---Soy una de las actrices que trabaja con vosotros. Me dio tu teléfono Giselle. ¿Podríamos vernos?

---Claro. Por supuesto. Dime dónde y cuándo.

---Tiene que ser en el centro. Podemos quedar en la cafetería de El Corte Inglés de la plaza de Callao, mañana a las once de la mañana.

---De acuerdo. Allí estaré.

Colgó.

Celeste apareció en ese momento por la puerta de la cocina.

---Sam, estoy aburrida de estar aquí metida. Necesito bullicio y un poquito de contaminación en mis pulmones.

---Pues me viene fenomenal que me digas eso. Mañana podríamos ir de compras por el centro. Por cierto, me encantó tu chico.

---¡Sí! ¡Compras! Despacito, como dice la canción. Por ahora solo somos amigos que se acuestan. ---Celeste comenzó a aplaudir y a dar saltitos.

---Bueno, pues me gustó tu amigo con el que te acuestas. Me pareció encantador. Por cierto, ¿cómo es eso de acostarse con un actor porno?

---Mejor de lo que estás imaginando, guarra ---contestó con cara de enamorada.

---Yo no imagino nada, estoy bastante bien servida ---dije sonriendo.

---Hola, chicas. Me alegro mucho de que estés bien servida; mejor vas a estar ---dijo Álvaro desde la puerta con una sonrisa que consiguió excitarme al instante. Qué poder---. Tengo que bajar al despacho mañana, tengo asuntos que resolver allí. Os puedo dejar en la glorieta de Colón y cogéis un taxi ---dijo.

Yo me quedé embobada mirando cómo se le ajustaba la camiseta en la zona pectoral y abdominal. Se le marcaban esos músculos que me volvían loca.

---¿Escuchas nuestras conversaciones? ---le dije.

Se acercó a mí. Me cogió la cara y me dio un beso con lengua que hizo que perdiera el equilibrio.

---¿Algún problema, jefa? ---dijo mientras sonreía relamiéndose.

No me salió la voz.

---Madre mía, me habéis puesto cachonda, ¡cabrones! ---gritó Celeste.

---Voy a salir a correr. Mañana tengo que estar a las nueve de la mañana en el despacho. Salimos de aquí a las siete y media.

Salió de la cocina.

---¿Cómo? ¿A las siete y media? ---dijo Celeste---. Yo no puedo madrugar. Me duele la cabeza cuando lo hago.

---Anda, anda. Por un día no creo que vaya a pasarte nada. Imagino que será para evitar el atasco. Hagámosle caso.

---Claro, como te mete la lengua hasta el gaznate... Puf, besa de puta madre, ¿no?

---Demasiado bien. Empiezo a emocionarme con esto y no debería. Cómo has visto, es divertido. Pero no hablamos mucho. Follamos como locos y tratamos temas de la empresa. Nada más.

---¿Y qué más quieres?

---No lo sé, la verdad. No sé hacia dónde va esto y me pone nerviosa.

---Pues no lo pienses y diviértete. Esa manía de querer controlarlo todo, de tener todo atado. Da igual lo que planees, Sam. Ambas sabemos que la vida te lleva por donde le da la gana.

---No quiero entregar el corazón y descubrir que es un estafador.

---Sería una gran putada, sí. Tenemos que averiguar cuanto antes qué está pasando y limpiar el patio de basura.

---Amén, hermana ---contesté.

Descubriendo realidades

La muerte suele conceder una absolución inmediata. ¿Quién le guarda rencor a un muerto? Morir ya es suficiente penitencia. No hay nada peor que eso, así que uno sigue viviendo tratando de recordar a esa persona por sus bondades, no por sus actos de crueldad. Eso me estaba pasando con el recuerdo de Fran. Mi mente empezaba a canonizarle. Comenzaba a vivir aferrada a un recuerdo que no era real. Fran fue, sin duda, una de las personas más importantes de mi vida, pero no la mejor. Conocer el motivo real de la concesión del legado me supuso librar una cruzada. Tenía un objetivo, una causa. Me sentía Juana de Arco subida al caballo. Quería reclamar justicia en memoria de Fran. Resumiendo: se me estaba yendo la olla de una forma alarmante.

Celeste lo intuía porque estudiaba mis reacciones. A veces la sorprendía mirándome de reojo. Aquel trayecto en coche fue una de ellas. Álvaro conducía, Celeste sentada en el asiento trasero canturreaba las canciones que iban saliendo en la radio, disimulaba muy mal. Cantaba y no me quitaba ojo. Yo iba en tensión. No me salían las palabras. No era el estado de una persona que va a pasar un día de compras con una amiga. No había nada jovial en mi estado de ánimo.

---¿Estás bien? ---preguntó Álvaro, que también se debió de dar cuenta de que algo me rondaba la cabeza.

---Sí, gracias ---contesté, en un tono que no invitaba a seguir indagando.

Nos despedimos en la puerta del edificio donde Álvaro tenía el despacho. Trató de acercarse, pero yo no le concedí el espacio para hacerlo.

Cuando Celeste y yo estuvimos sentadas en un taxi, rumbo hacia la plaza

de Callao, me preguntó: ---¿Se puede saber qué te pasa?

---Estoy de los nervios. Ayer me llamó una de las actrices que ha trabajado con Fran en proyectos anteriores. Me ha citado hoy a las once para contarme algo.

---¡Joder! ¿Y por qué no me lo has contado antes?

---¡Yo qué sé! Para que no se te escapara, supongo.

---¡Pero si yo soy una tumba! ¿Y Álvaro? ¿Qué tiene que ver en todo esto? Le has tratado como una mierda esta mañana. Has estado más tiesa que el palo de una escoba.

---Lo sé, Celeste, no sé qué me pasa. El desgraciado empieza a gustarme de verdad. Me gusta cómo me mira, cómo me habla...

---Cómo te folla ---soltó Celeste. El taxista carraspeó.

---¡Qué bruta eres! Pero sí, eso también. Mucho. Cada vez más. Pero tengo todo el rato el fantasma de Fran metido en mi cabeza, la paranoia de la empresa. Álvaro estaba al tanto de todos los asuntos legales de Fran, pero no era parte del negocio en sí. Es probable que, lo que sea que hayan hecho, lo hayan hecho a sus espaldas. ¿Qué necesidad tendría él de pringarse? Has visto el despacho, mal no parece que les vaya ---dije con angustia---. Recuerdo los días en los que solo me preocupaba cerrar el bar y comprar una pizza de camino a casa. Esto me supera.

---Cariño, por más vueltas que le des, hasta que no sepamos la verdad, tienes que andar con ojo. Pero eso no significa que le trates como a un desconocido. El pobre estaba descolocado.

---Tienes razón. Pero me cierro en banda. Echo el cierre, pongo distancia.

---Lo sé, lo sé. Aquí me tienes para intentar dulcificar ese carácter de mierda que tienes.

---Gracias, capulla.

---De nada, perra ---me contestó.

Sonreímos y nos dimos un abrazo. Así era mi Celeste. La mejor.

Al llegar a la cafetería de El Corte Inglés de Callao buscamos entre las mesas a nuestra posible cita. No hizo falta buscar mucho. En una de las mesas pegadas al ventanal había una mujer morena. Menuda, con dos moños, uno a cada lado de la cabeza. Llevaba una minifalda y unas botas hasta la rodilla. Era la viva imagen de un personaje de un comic manga. Nos acercamos y se levantó.

---¿Eres Samantha? ---preguntó. Debía de tener dieciocho años, pero recién cumplidos. Parecía más joven.

---Sí, soy yo. Esta es mi socia, Celeste.

Celeste sonrió.

---Encantada, yo me llamo Ara.

Nos sentamos.

---¿Cuántos años tienes, Ara? ---no pude evitar preguntar.

---Diecinueve.

---Pareces más joven ---dijo Celeste.

---Eso me dicen, sí. Y por eso estoy tan cotizada.

---¿Cómo? ---pregunté. Intuí por dónde iba y no me gustó nada.

---Samantha, lo que te voy a contar no puede salir de aquí. No voy a testificar en ningún sitio y no quiero que le comentes a nadie que te lo he contado yo. Es importante que aclaremos esto, si no me das tu palabra de que va a ser así, me voy ahora mismo ---dijo Ara en un tono tajante.

---Está bien ---contesté.

---Juan hacía negocios a espaldas de Fran. Llevaba tiempo haciéndolos. Rodaba y distribuía películas por encargo con el personal mínimo. La mayoría de las veces grababa en pisos alquilados, al margen del estudio de Fran. Aunque en ocasiones no tenía más remedio que grabar allí. Lo hacía de madrugada. Hay mucha gente metida en esto, Sam. Ganan mucho dinero y te va a ser difícil pararlo.

---¿Quiénes? ---pregunté indignada.

---Juan, los hermanos de Fran, un par de directores. Personal de seguridad, algún cámara. Algunos chicos de atrezo.

Ara enumeraba y yo sentía el latido de mi corazón en el oído. Pum, pum, pum, esperando que dijera el nombre. No me atrevía a preguntar.

---¿Álvaro? ¿El abogado? ---preguntó Celeste de sopetón.

---Nunca le vi por allí. Creo que no, aunque tampoco estoy segura.

Respiré. Poco, pero respiré.

---¿Qué tipo de películas grababan? ---pregunté.

---Porno duro. A veces con menores, otras contrataban actrices como yo, que no lo somos, pero lo parecemos. Escenas simulando sexo forzado. El tipo de cine que consumen los perversos. Sé que en algunas el sexo forzado no se simulaba. Se han cometido varias violaciones.

Me quedé en estado de shock. «¿Violaciones?».

---El tipo de cine que no quería hacer Fran ---dijo Celeste. Que se dio cuenta de que yo no podía hablar. La rabia me inundó las entrañas.

---Eso es ---contestó Ara. Que me estudiaba de reojo. Yo me notaba la cara roja de la furia.

---Pero si lo hacían como algo paralelo, no tendría por qué afectar al negocio de Fran ---dije por fin, consiguiendo apaciguarme.

---Ahí no te puedo ayudar mucho. Sé que usaban el equipo y algunos clientes. Lo siento, pero tengo que irme. Si necesitas preguntarme algo, tienes mi teléfono ---contestó Ara a modo de despedida.

---Gracias, Ara. Te agradezco muchísimo que me hayas contado esto ---afirmé llena de gratitud.

---Nada. Muchas lo hacen solo por dinero. Ese tipo de escenas son duras de grabar. Nunca te acostumbras ---confesó.

---Lo comprendo.

Ara se marchó. Celeste y yo mirábamos la plaza desde el ventanal. El mítico cartel de Schweppes, la pantalla de los cines Callao, la Gran Vía, el bullir de la gente. Tantas vidas concentradas en un mismo espacio. Tantos corazones latiendo al unísono. Había llegado el momento de hablar con Álvaro. Necesitaba saber si estaba al tanto. Y, sobre todo, necesitaba su ayuda si no estaba metido en el ajo.

---¿Podemos ir ahora de compras? ---preguntó Celeste.

---Sí. Va a ser la mejor manera de sacarnos esto de la cabeza durante algunas horas. Ha llegado el momento de hablar con el abogado.

---Llévatelo a cenar.

---Será lo mejor. No puedo estar a solas con él sin desnudarle.

---¡Qué envidia me das, joder!

---Pero ¡si tú tienes a un maromazo para hacerlo!

---Lo sé, pero tu abogado está muy bueno.

Sonreí y asentí dándole la razón. Muy, pero que muy requetebueno.

Aprovechamos para perdernos por el centro de Madrid. Por sus estrechas calles llenas de encanto. Recorrimos la calle Preciados, la Puerta del Sol, la calle Carretas. Me había acostumbrado enseguida a la tranquilidad del campo. Pero Madrid tiene algo magnético que te hace volver. Es una ciudad viva que te acoge y no te juzga. Que te tiende una mano cuando la necesitas. Fuimos a visitar a una amiga de Celeste que trabajaba por la zona. Transcurrieron dos horas de risas, confesiones y prendas que nos probábamos en los probadores

de todas las tiendas a las que entramos. Horas terapéuticas que consiguieron apartar la rabia y concederme una tregua. Unas horas después, Álvaro nos recogió en la glorieta de Cibeles para regresar a la finca.

---¿Qué tal esas compras? ---nos preguntó.

---Muy productivas, guapo ---contestó Celeste, que me había obligado a entrar en una tienda de lencería un tanto peculiar. La miré horrorizada. Y sonrió.

---Me alegro mucho, señoritas. Vayámonos a casa que estoy molido.

---Vaya, yo te iba a proponer que cenáramos hoy en el pueblo. Me gustaría hablar contigo. Podemos dejarlo para mañana ---dije.

---No, no, de eso nada. Una ducha y como nuevo. Me encantará cenar contigo. ---Guiñó un ojo y yo sonreí como una tonta.

Álvaro me estaba cambiando. Era lo único en lo que podía pensar. Ni el lujo, ni la finca, ni el negocio. Álvaro me estaba convirtiendo en una persona medio normal y no en la mujer frustrada y enfadada con el mundo que había sido hasta entonces. Desde el día que cerré aquella puerta con la llave metida por dentro, una amargura me fue poseyendo. Me convertí en un ser un tanto despreciable, incapaz de sentir nada bueno por los demás. La felicidad de otros me enfurecía. La única persona que me hacía bien era Celeste. Ella me entendía, no me juzgaba y, sobre todo, no trataba de cambiarme. Cuando se marchó fue otro giro más en la rueda de la amargura.

Sentados en una de las mesas del restaurante del hotel con más encanto de la zona, me miraba y yo empezaba a levitar. Esos ojos azules intensos. La perilla y esa sonrisa traviesa que despertaba mis ganas de comérmelo enterito.

---Estás cada día más apetecible, Sam.

---Por favor, no me desconcentres que tengo que hablar contigo de algo importante. Y no sé por dónde empezar.

---¿Ha pasado algo? ---preguntó.

---Algo, sí. Encontré *algo* en el despacho de Fran.

---¿El qué? ---preguntó con cara de sorpresa.

---Una carta. Prefiero que la leas directamente.

La saqué del bolso y se la entregué. Álvaro estaba sorprendido.

Según iba leyendo iba arqueando cada vez más las cejas.

---No sé a qué se refiere. Las cuentas están revisadas y cuadradas, Sam.

---He descubierto algo, pero no sé si puedo confiar en ti. Lo siento, pero tengo que ser honesta.

---Comprendo. ¿Por eso has estado tan rara conmigo? ---preguntó.

---Contigo y con todos. Esa carta le ha dado un sentido a todo esto. Ahora sé por qué Fran me quería aquí. Pero no lo hace más fácil.

---¿Sospechas de alguien en concreto?

---Tengo más información. Tengo un testigo que me cuenta que están haciendo películas a espaldas de la empresa. Juan, los mellizos, algún director... Películas del tipo de porno que Fran se negaba a hacer. Para depravados. Sexo duro, sexo con menores. Sexo forzado. No quiero que bajo mi mando se haga ese tipo de cine. Aunque las pérdidas sean cuantiosas. Voy a ir contra ellos y, si no estás pringado, necesito tu ayuda.

---No, no lo estoy. No es un tipo de porno que me guste, la verdad. Fran no me dijo nada porque debía sospechar de mí también, y eso me duele por encima de todo ---dijo y parecía compungido---. No creo que financieramente la empresa sufra con esto, ese dinero que están ganando no llega a las arcas. Es más, es muy probable que estén derivando efectivos para rodarlas. Por no contar el material, etcétera. Menudo cabrón, Sam. Juan era la mano derecha de Fran. Su socio, su amigo y confidente.

---Y sus hermanos, no te olvides ---apostillé.

---Sabes la relación que tenía con ellos. Imagino que el batacazo hubiese sido al enterarse de que Juan estaba haciendo algo que él repudiaba. No sabremos si él llegó a confirmarlo o fueron solo sospechas ---concluyó.

---Tenemos que parar esto. Hay que cogerlos rodando alguna de esas películas. Voy a intentar conseguir alguna copia de las que ya han vendido. Quiero echar a la puta calle a ese cabrón. ---Estaba enfurecida.

---Es accionista. No va a ser tan fácil. Pero si consigues pruebas de que está haciendo algo que no debe podemos invitarle a irse.

---¿Quizá comprar su parte? ---pregunté.

---Puede ser. Hay que averiguar si han hecho algo al margen de la ley. Si ha rodado con menores. Si alguna de las escenas de sexo forzado es real. Tenemos que amenazarlo con algo para que coja el dinero y se vaya.

---Vale. Vamos a disfrutar de la cena. Mañana nos ponemos con esto. ¿Te parece? ---pregunté. Él me miró y sonrió con picardía.

---Preferiría hacer otra cosa... pero por ahora cenar está bien.

Esas sonrisas a medias estaban rompiéndome por dentro. No recordaba

qué se sentía al estar enamorada. Durante años me había apartado del amor como quien huye de las drogas. No permití que nadie traspasara los muros que había construido. El abogado había derribado prácticamente todos. Me sentía un títere. Él movía los hilos y yo me dejaba hacer. No me gustaba esa sensación, aunque no era capaz de combatirla.

Pagamos y, cuando iba caminando hacia la puerta, vi que Álvaro se acercaba a la recepción del hotel. Me miró y me hizo una seña para que esperara.

Al cabo de unos minutos se acercó, llevaba una llave en la mano.

---No puedo esperar para desnudarte. Vamos.

Dentro del ascensor me empujó contra el espejo y comenzó a besarme por el cuello. Su aliento caliente me hizo enloquecer. Conseguía que me abandonara y liberara por completo la mente. Entramos en la habitación mientras nuestras manos se aferraban al otro con desesperación. Yo sabía por qué necesitaba desquitarme, pero intuía que a Álvaro le pasaba algo parecido. Daba la sensación de que nos reconciliábamos ambos con el pasado. Su cuerpo desnudo me hacía perderme. Las líneas de sus músculos. La fuerza y la facilidad con la que me levantaba del suelo. Yo era bajita y entre sus brazos me sentía más pequeña todavía. Me tumbó en la cama y terminó de arrancarme toda la ropa. Me contemplaba embelesado y a mí me encantaba perderme en sus ojos y sentirme tan irresistible como me hacía sentir. Me devoraba con la mirada mientras me devoraba de verdad. Mis ganas palpitaban, mientras él bajaba despacio por mi vientre. Seguía mirándome mientras hundía su lengua en mi sexo. Lamiéndolo con tanta intensidad que mi espalda se arqueó. Gemía tan alto que debían de escucharme en la recepción del hotel. No me importaba. Le agarré fuerte y le obligué a tumbarse boca arriba. Me miraba sorprendido y yo le devolvía la mirada desafiante. Me senté encima y, mientras su miembro duro y caliente se iba introduciendo dentro de mí, él jadeaba y yo empecé a mover las caderas. Despacio, para sentirle cada vez más dentro. Marqué el ritmo con el único propósito de volverle completamente loco. Él acariciaba mis pechos y mi rostro con dulzura. Y explotamos. Explotamos los dos de placer. Un latigazo me recorrió entera e hizo que me doblara, apoyando mi cara encima de su pecho. En ese momento, con él dentro todavía, me besó la cabeza y me dijo: «Te quiero, Sam». «Te quiero desde el primer día que te vi». Cerré los ojos y comencé a llorar. Llevaba mucho tiempo sin escuchar a alguien decir que me quería y el último había sido Fran. «Fran...».

Durante años albergué una ínfima esperanza. Fran aparecería de repente por la calle. Perdí la ocasión para volver a mirarle a los ojos y ese hecho me había dejado un vacío tremendo. Ya no existía esa posibilidad. Jamás tendría la ocasión de volver a besarle. Ahora besaba a Álvaro. Sus besos me gustaban, pero no llenaban ese espacio. No llenaban el vacío que Fran había dejado. No podía evitar maldecir mi orgullo. Si le hubiera buscado. Si hubiera sabido que no siguió adelante con aquella chica y su embarazo. De nuevo la muerte te hace olvidar lo malo. Fran hubiera seguido haciéndome daño, pero ahora que ya no había esa posibilidad, mi mente la convertía en la mejor. Allí tenía a Álvaro, diciéndome que se había enamorado y yo me aferraba al recuerdo de un fantasma poco recomendable. No fui capaz de decirle nada. Estoy segura de que, si hubiese abierto la boca, le hubiera dicho: «Gracias. Gracias por los orgasmos. Gracias por hacerme sentir persona de nuevo. Gracias por esos músculos de anuncio...». Me callé. Y se produjo un silencio incómodo, que conseguí cortar con la excusa de tomar una ducha.

Aprovechamos el desayuno para ultimar los pasos a seguir. Él trataría de averiguar el mercado que habían utilizado para vender las películas. Debía ser discreto, era importante que ellos siguieran actuando sin sospechar que estábamos al tanto. Y yo trataría de descubrir qué material habían utilizado. Necesitaba recopilar más información, ubicaciones, conseguir el contacto de alguna actriz más. Celeste tendría que seguir acudiendo a los rodajes.

Al llegar a la finca, Álvaro me llevó directamente al despacho. Juan entró tras de mí.

---Vaya, eres una jefa puntual. Eso es raro ---ironizó.

---Buenos días; para ti también, Juan. ¿Quieres algo?

---Vamos a lanzar un piloto de cámara masculino. A lo mejor te apetece verlo.

---¿Cuándo?

---Ahora. En diez minutos.

---¿Quién ve eso a las nueve de la mañana? ---pregunté desconcertada.

---Es de madrugada en Florida y vamos a lanzar el piloto allí. ¿Te animas?

---Vamos. ---Juan me retaba y yo no iba a concederle el placer de verme flaquear.

Llegamos a la sala de control.

Juan pidió que nos sirvieran café. Yo miraba a las pantallas tratando de poner cara de profesional, aunque por dentro me estaba muriendo de la vergüenza. Una mujer con un corpiño y los senos descubiertos lamía un dildo con una pasión desmedida. Otra se tocaba mientras jadeaba. En la pantalla principal apareció un chico. Moreno, debía de tener menos de veinticinco años. Un torso espectacular. No pude evitar pensar en que mi abogado no tenía nada que envidiarle. El chico se quedó en calzoncillos. Llevaba unos slips ajustados.

---¿Todo listo?

Preguntó Juan a través de un micrófono.

---¡Dale! ---contestó el muchacho.

Se tumbó en la cama. Juan activó algo en uno de los ordenadores.

---Campana lista. Ya es visible a través de todas las plataformas. Debería conectarse alguien ---dijo Juan por el micrófono.

De repente, el chico empezó a hablar con alguien. Tenía acento latino.

«Hola, cariño», le decía a alguien. «Me encantaría poder estar ahora mismo a tu lado...».

La conversación se fue calentando poco a poco. Él se desnudó y empezó a tocarse el miembro cada vez más erecto. Cada minuto que pasaba se cobraba a más de un dólar y la mujer ya llevaba gastados veinte sin que todavía hubiese pasado nada relevante. El chico comenzó a masturbarse con más intensidad. Yo no sabía dónde meterme. Sentía calor en las orejas y en las mejillas. Debían de estar tan rojas como el ocaso. El muchacho cortó la llamada antes de terminar. Si terminaba debía esperar para recuperarse y era dinero perdido. Juan me hizo presenciar dos conexiones más. Las vaginas del resto de las pantallas me atormentaban. No sabía dónde posar la vista. Conseguí mantener el tipo sin bajar la guardia. Juan me observaba, pero no consiguió perturbarme. Justo en el momento en el que empecé a notar que me temblaba un parpado de la tensión sonó mi teléfono.

---¿Dónde estás? Estoy en tu despacho. ---La voz de Álvaro no me había sonado tan divina como en ese momento.

---Ahora mismo voy ---colgué---. Tengo que atender un asunto. Gracias por enseñármelo, Juan. Cuando tengas los datos de la facturación me los envías, por favor.

Salí de la sala con un leve tembleque de piernas. Al llegar al despacho cerré la puerta tras de mí y grité: ---¡Madre mía! ---grité.

---¿Qué ha pasado? ---preguntó Álvaro.
---¡Juan me ha tenido casi una hora viendo a un tío hacerse una paja!
---Baja la voz, Sam.
---¡Qué cabrón! ¡Bastardo! Me estaba torturando.
---Es parte del trabajo, Sam.
---Del suyo, no del mío. Le pienso mandar a la puta calle, te lo prometo, Álvaro. Se va a reír de su puta madre.
---Pero... Sam. Cálmate.
---¿Dónde está Celeste? ---pregunté.
---En el estudio.
---Vamos a buscarla y nos la llevamos al pueblo, por favor. Necesito tomarme un copazo y salir de aquí.
---Pero no son ni las once.
---¿Eres mi padre, Álvaro? Pues eso. ¡Vamos!
Caminamos hacia el estudio y al entrar rodaban una escena de cama. La chica estaba a cuatro patas y él metido en faena. Según entré, giré sobre mí misma y volví a salir.
---Avísala tú, por favor.
A los pocos minutos, Álvaro salió.
---Dice que la esperemos diez minutos que ya terminan.
---Qué profesional es ---afirmé.
---Tendrías que verla. Se ha convertido en la «madre» de las actrices y de los actores. Si necesitan cualquier cosa, si les molesta algo, la llaman. Todos confían en ella.
---Cuánto me alegro. Es que Celeste es mucha Celeste.
---Es especial, sí ---afirmó Álvaro mientras se acercaba a mí---. Me muero por besarte aquí mismo.
---No puedes.
---Lo sé.
---Pues aléjate que me pones nerviosa.
---¿Sí? ¿Te pongo nerviosa? ---preguntó en un tono demasiado sensual para mi cordura.
---Por favor, Álvaro...
---¿Eso de tirarse a la jefa me da puntos para conseguir una cesta de Navidad mejor?
---Qué poca vergüenza tienes.

---Cada vez menos. Me vuelves completamente loco.

Celeste me salvó de la hoguera en ese momento.

---¿Dónde vamos, cabrones? ---preguntó.

---A cogernos una cogorza ---contesté.

---¿A estas horas? ¿Qué ha pasado?

---Por el camino te lo cuento.

Justo en el momento que íbamos a montar en el coche, apareció el todoterreno de los hermanos malditos.

---¿Qué estáis haciendo aquí? ---pregunté con mala cara.

---A ver si te entra en esa cabeza que tienes que no puedes prohibirnos la entrada. Nos ha llamado Juan, que nos necesita para un trabajito.

---¿Qué trabajito? ---pregunté enfadada.

---No es asunto tuyo ---contestó Jesús.

---No quiero veros en el rodaje ---afirmé de forma rotunda.

---Nos importa una mierda tu rodaje ---dijo Javier sonriendo.

Enfurecí. Me ponían enferma. Álvaro me sujetó del brazo y me pidió, por favor, que subiera al coche.

Lo hice.

Le pedí a Álvaro que esperáramos un poco. No quería dejarlos allí. Juan salió a los cinco minutos por la puerta de la nave donde estaban las oficinas. Llevaba un maletín, pero nada de material para grabar. Nos saludó con la mano y una sonrisa en la cara. Se montaron los tres en el todoterreno y se fueron.

---¿Les seguimos? ---preguntó Celeste.

---Sería una pérdida de tiempo, estoy seguro de que ha sido una pantomima para fastidiarte, Sam ---dijo Álvaro.

---Pues les ha salido redonda ---dije molesta.

Celeste nos contó que había conseguido el teléfono de un actor que tenía información que darnos. Se estaban preparando para grabar una película un tanto especial. Era nuestra oportunidad para pillarlos *in fraganti*.

---Habla con él, que te diga cuándo y dónde tiene que ir a rodar y nos presentamos allí. Estoy deseando acabar con esto ---dije.

Bebimos y, sobre todo, nos reímos. Celeste soltaba una tras otra y no podíamos parar de reír. Era pura medicina.

Lo tenían todo tan atado que no conseguí información sobre las partidas de

material que debían usar en los rodajes. Ni un error. La única posibilidad que teníamos era asistir a uno de los rodajes. Álvaro tampoco descubrió cual era el sello que utilizaban para distribuir las películas. Había muchas empresas que se dedicaban a grabar películas porno de diferente calidad. Era buscar una aguja en un pajar. Habría que ver cientos de películas hasta conseguir reconocer alguno de los escenarios que montaban en el estudio. Imposible. Nos aferramos al contacto de Celeste como si fuera la última Coca-Cola en el desierto.

Cazando bastardos

Pasaron tres días hasta que Celeste recibió la llamada con los datos del rodaje. Les habían citado en una cafetería en Ávila a la mañana siguiente. Nosotros no podíamos presentarnos allí, así que debíamos esperar indicaciones. Decidimos estar en Ávila a la misma hora que ellos, pero en otra dirección.

La finca estaba situada en la provincia de Ávila, cerca de la frontera con Toledo. Álvaro nos llevó por una carretera interior que circulaba a través de la sierra de Gredos. Cruzamos el embalse de El Burguillo por encima de un puente. El agua azul, el manto verde de las montañas que nos rodeaban, las sonrisas de medio lado de Álvaro. La presencia de Celeste. Era lo más cerca que había rozado la felicidad en mi vida. Tan solo me faltaba librarme de Juan y sus chanchullos.

Desayunamos en un bar a la entrada de la ciudad, esperando impacientes la llamada. Estaba nerviosa, no sabíamos qué nos íbamos a encontrar. No llevaba nada preparado. Tan solo quería decirle que se largara bien lejos.

Martin, el actor, nos llamó una hora después. Estaban montando el set en un edificio cerca del monasterio de Santa Ana, en una de las entradas de Ávila. Justo por la misma carretera por la que habíamos entrado nosotros a la ciudad. Nos avisó en el momento justo en el que comenzaban a rodar una de las escenas fuertes.

Corrimos al coche y pusimos rumbo a la dirección que nos había facilitado Martin. Nos perdimos por una zona residencial. Todas las calles parecían la misma. Comenzamos a dar vueltas y a ponernos cada vez más nerviosos. Martin nos llamó angustiados, o llegábamos ya o perderíamos la oportunidad de pillarlos. Yo estaba histérica.

Al cabo de unos minutos nos volvió a llamar.

---No vengáis. Han suspendido el rodaje. La chica se ha desmayado y no han podido rodar la escena. Está inconsciente y han llamado a una ambulancia. Tenemos que irnos antes de que nos pillen aquí. Mañana volvemos. Os avisaré de la hora.

Colgué con una sensación de derrota terrible. Habíamos rozado con los dedos la oportunidad de cogerle. De mandarle bien lejos del negocio.

Volvimos a la finca. Le pedí a Álvaro que me llevara al despacho. Justo en el momento en que me acercaba a la cafetería a por un café, Juan entraba por la puerta.

---¿Dónde estabas? Creí que se habían terminado los exteriores --- pregunté con el gesto serio.

---Así es. Estábamos recogiendo el material en uno de los pisos que habíamos alquilado ---contestó sin inmutarse.

---¿También te ocupas de eso?

---De lo que haga falta, jefa. Para esto estamos.

---Te dije que no quería ver a los hermanos por aquí.

---Solo han venido a buscarme. Me ayudan, y para mí son imprescindibles, tendrás que acostumbrarte a verlos en la puerta ---dijo con cara de satisfacción.

Guardé silencio con la esperanza de perderle de vista cuanto antes.

Siguió caminando hacia su despacho y al pasar junto a mí me rozó levemente el brazo y me guiñó el ojo.

«Pienso cogerte, bastardo», pensé, mientras levantaba la cabeza a modo de saludo.

Se me habían revuelto las tripas con la tensión que habíamos vivido en Ávila. Entré de nuevo en el despacho. Miré a mi alrededor, pero no vi nada extraño. Curioseé las fotos que tenía Fran en el ordenador. Fotos de fiestas de empresa. Él y Álvaro haciendo paracaidismo. Álvaro con una mujer rubia acaramelados. Salían juntos en infinidad de imágenes. No encontré ni una sola foto de Fran con alguna mujer. Me resultó raro. Encontré una carpeta en la que ponía: *Lloret de Mar*. Las fotos eran preciosas. Playas de arena blanca con un mar de un azul intenso. Los pinos. Las casas blancas típicas de la Costa Brava. Una casa salía en varias de ellas. Fran salía sonriente en la puerta en una de ellas. Era un chalet de proporciones desmedidas. Blanca con las contraventanas pintadas de azul. Del estilo de las casas de los pueblos de las

islas griegas. Una piscina gigante. Un jardín lleno de flores, con un césped verde impecable. Supuse que era la casa de la playa que había mencionado Álvaro en la lectura del testamento. De repente me entraron unas ganas terribles de abandonarlo todo y escaparme a Lloret de Mar para conocer la casa y los alrededores. En cuanto pudiera librarme del malnacido de Juan me iría un par de semanas.

Cerré el ordenador y pedí al conductor que me llevara a la casa. Estaba agotada.

Al día siguiente madrugamos y desayunamos de nuevo en la misma cafetería de Ávila. Martin nos llamó una hora después. De nuevo habían montado el set, pero esta vez con otra actriz más experimentada, le contó a Celeste. Nos dio de nuevo las indicaciones para llegar a la ubicación.

Esta vez encontramos el lugar enseguida. El edificio parecía abandonado. Tenía un aspecto tétrico, como si fuera un antiguo sanatorio. Una alambrada de espino lo rodeaba. Luego descubrí por casualidad que había sido la sede del archivo de un banco importante. Era una mole de ladrillo y tejado de pizarra que abandonada daba mucho repelús. Encontramos un trozo de valla arrancada y tirada al suelo. Entramos sin pensar, no habíamos llegado hasta allí para tener reticencias o remilgos.

Si el exterior era terrorífico, el interior no le quitaba ningún mérito. Parecía que entrábamos en un videojuego de esos que salen zombis por doquier. Los pasillos pintarrajeados, colchones tirados por todas partes, latas aplastadas, colillas, restos de hogueras calcinadas. Vestigios de zona de refugio y celebración.

Escuchamos voces en el piso de arriba. Subimos y nos encontramos una escena más terrorífica aún. Habían reproducido un escenario como el que habíamos visto abajo, pero más producido. El colchón era nuevo y estaba limpio, aunque cubierto por harapos. Pantallas de luz iluminando la escena. La chica tumbada no aparentaba más de quince años. Cuatro hombres con pasamontañas. Ella estaba atada. Una cuerda en cada muñeca y en cada tobillo tiraban de ella, haciendo que pareciera una equis perfecta. La chica lloraba aterrorizada. Gritaba pidiendo que por favor no lo hicieran. El director les daba unas instrucciones a los encapuchados, indicándoles quién debía empezar la violación. A otro le decía que mientras estaba forzándola tenía que darle una bofetada. Los hermanos de Fran y Juan observaban en un rincón

entusiasmados. No pude más. Entré en la estancia como una furia. Con una fuerza interior que no sé de dónde me salió. Estaba enfurecida, encolerizada.

---¡¡Me cago en la puta, Juan!! ¡¡¿Qué coño estás haciendo?!! ---chillé.

La cara de Juan al darse la vuelta y verme fue un poema.

Se quedó pálido. Parecía como si le faltara el aire para respirar.

---¡¡Llamad a la policía!! ¡¡Ya!! ---grité mirando a Álvaro y a Celeste. Álvaro sacó el móvil.

---¡¡Para!! ¡¡Para, Álvaro!! ¡¡No llames, por favor!! ¡Puedo explicároslo! --aulló Juan.

---Llama, Álvaro.

Álvaro dudó.

---Me acerqué a Juan y me puse muy cerca de su cara.

---Escúchame bien, cabrón. Te quiero fuera de la finca y del negocio hoy mismo. Si no quieres acabar en la puta cárcel, ahora mismo buscas un papel y le firmas un escrito a Álvaro renunciando a tus acciones.

---¡¿Cómo?! ¡No puedes hacerme eso, zorra! ¡Pregúntale a él! ---dijo señalando a Álvaro---. ¡Él estaba al corriente de todo! ¡Estuvo presente en uno de los rodajes!

Me quedé paralizada, sentí un golpe en el bajo vientre que casi me dobla por la mitad y Álvaro palideció.

---¡Cállate, cabrón! En aquella película no violasteis a nadie ---gritó Álvaro desesperado---. No le hagas caso, Sam. Te conté que hacían cine porno más convencional en algunas ocasiones. ¡No sabía nada de esto!

Por su cara y su voz, quise creerle. Pospuse el asunto y me concentré.

---¡Llama, Álvaro! ---grité de nuevo.

Álvaro volvió a sacar el móvil.

---¡Vale! ¡Vale! ¡Renuncio a todo! ¡Por favor, no llaméis! ---suplicó Juan fuera de sí.

---¿Cuántas veces has hecho esto, malnacido? ---dije sin mirarle a la cara--. Celeste, desata a la chica, por favor. Los demás, salvo los actores, estáis todos despedidos. Vosotros acabáis de firmar vuestra salida también ---dije mirando a los hermanos---. ¡Tú! El de la furgoneta. ¡Dame las llaves! Todos los demás... ¡Salid de aquí! ¡Fuera de mi vista!

El director, el cámara, los hermanos y otro grupo de hombres salieron corriendo.

---Vosotros. ---Los actores me miraban asustados---. Ayudad al conductor

a recoger todo esto. Tenemos que irnos cagando leches.

Álvaro se puso a recoger cables y a desmontar las cámaras. La actriz seguía temblando. Celeste le ayudó a vestirse y salieron juntas de la sala.

---Os esperamos fuera ---nos dijo al pasar.

---Espera, Celeste ---dijo Álvaro mientras le daba unas llaves---. Esperadnos en el coche.

---Gracias ---contestó Celeste.

Álvaro me miraba en silencio. Parecía preocupado y a la vez sorprendido.

Recogimos lo más rápido que pudimos y salimos de allí antes de que nos sorprendiera alguien. Yo me temía que Juan llamara a la policía para cargarnos con el allanamiento, al menos. Dudaba de que tuvieran permiso para rodar allí.

Álvaro puso el coche en marcha. Jamás había deseado tanto llegar a la finca. Sandy, la actriz, iba en silencio. Parecía aliviada. Celeste le cogía de la mano.

Álvaro me miraba de vez en cuando, de reojo, como si quisiera comprobar mi estado cada poco tiempo, pero tampoco decía nada. Yo trataba de ordenar mis pensamientos. Juan había sembrado la semilla de la duda y esta estaba poco a poco germinando. ¿Sería verdad? ¿Estaría Álvaro al corriente de todo? Me dolían el estómago y la cabeza. Necesitaba estar sola.

No quería hacer porno, cada vez lo tenía más claro. Pero no quería volver a trabajar más de diez horas en un bar por un salario miserable. Debía pensar en algo. Aprovechar la infraestructura y dedicar la empresa a otra actividad. Las webcams no me incomodaban tanto. No tenía ni que acercarme a ellas. Había visto los números, daban muchos beneficios, pero, cuando digo muchos, me refiero a una barbaridad.

Quedarme en la empresa si al final descubría que Álvaro estaba involucrado había perdido el atractivo que había empezado a tener el puesto para mí. Traté de relajar la cabeza y me obligué a contemplar el paisaje. La orilla del embalse serpenteaba, haciendo pequeñas playas. Y me visualicé en una de ellas. Tumbada al sol, con Álvaro a mi vera. En ese momento me di cuenta. Hacía muy poco tiempo que, en cada sitio que me imaginaba, lo hacía con Fran a mi lado, a pesar de los años y los daños. Ahora en esas ensoñaciones que siempre había tenido aparecía Álvaro. Me llenaba de paz imaginarle junto a mí.

¿Entonces? ¿Qué pasaría si tenía que borrarle de mi vida y de mis ensoñaciones? Me iba a doler. Lo tenía claro.

Álvaro trató de cogerme la mano y yo la aparté. No me fiaba.

Él puso cara de terror.

---Sam, por favor, no habrás creído lo que ha dicho ese desgraciado --- imploró.

Me quedé en silencio. No me salía la voz.

---¿Estás bien, cielo? ---preguntó Celeste.

---La verdad es que no ---confesé.

---Has estado espectacular allí dentro. Eres una mujer increíblemente fuerte. Me has dejado impresionado ---dijo Álvaro tratando de sonreír. Esa sonrisa era agua en el desierto.

Llegamos a la finca. Celeste acompañó a Sandy a la casa. Nosotros fuimos al despacho.

---¿Qué puedo hacer para que confíes en mí de nuevo? ---preguntó Álvaro cuando estuvimos los dos solos.

---No lo sé. Me he llenado de dudas.

---Juan se refería a una película que rodaron aquí, en el estudio pequeño. Fue un poco bestia. Pero no hubo mujeres forzadas ---afirmó.

---Tenemos que averiguar si han grabado alguna película más de este tipo y retirarlas del mercado. No quiero que se nos asocie con ese tipo de cine --- dije. Traté de confiar de nuevo.

---Voy a hacerle una visita a Rober. No estaba en el rodaje, pero estoy seguro de que él tiene que estar al tanto de todo ---supuso Álvaro.

---Vale, pero ve con alguien, por favor. No vayas tú solo.

---Sí, jefa, lo que usted mande ---dijo mientras se acercaba a mí y me cogía por la cintura. Me sentó en el escritorio y se colocó entre mis piernas. Comenzó a besarme y yo me olvidé de todo lo que nos rodeaba. Solo existía él y esos besos calientes y húmedos que me llevaban al límite de la cordura. Enloquecía. Me daban ganas de arrancarle toda la ropa. Se me quedó mirando. Su mirada penetrante me nublaba el sentido. No podía prescindir de ellos. Recé para que no se terminaran nunca.

---Esta noche me reservas algunas horas, por favor.

Me dio un último beso y se marchó.

Me quedé sentada en la mesa con el corazón palpitando desbocado y un

calentón importante.

Agradecí quedarme sola.

Entre la escena vivida en el edificio de Ávila y los besos de Álvaro, tenía la adrenalina en un punto muy álgido.

Llamé al conductor para que me llevara a la casa.

Al llegar me encontré a Celeste y a Sandy en la cocina. Esta última lloraba desconsoladamente.

---¿Qué sucede? ---pregunté.

---Sandy tiene miedo de que no vuelvan a contratarla.

Me enternecí.

---Sandy, cariño, ¿era tu trabajo soñado? ---pregunté mientras me sentaba a su lado.

---No ---contestó gimoteando.

---¿Tienes estudios? ---preguntó Celeste.

---Tengo un módulo de Administración.

---¿En serio? Tema ordenadores, correos electrónicos, ¿esas cosas? ---inquirí.

---Sí...---contestó agachando la cabeza.

---Vale. Pues, si lo quieres, ya tienes trabajo. Serás mi ayudante. En esa oficina todos me tratan como una forastera. Necesito alguien de fiar a mi lado.

Se le iluminó la cara y me mostró una preciosa sonrisa de agradecimiento que me hizo emocionar.

---¡¡Sííí!! ¡Ohhh! ¡Gracias, Samantha!

Me abrazó y yo me puse tensa. Me costaba el contacto humano.

---Vale, vale, no te preocupes. Mañana preparamos el contrato. Puedes quedarte a dormir. Sé que la finca está muy lejos de todo. Si quieres podemos prepararte una habitación para que vivas aquí de lunes a viernes y los fines de semana vuelves a tu casa.

---¡Madre mía! ¡Claro que quiero! Vivo con mis padres, Sam ---contestó al borde de las lágrimas.

Me quedé sorprendida.

---¿Ellos saben que te dedicas al porno? ---preguntó Celeste alarmada.

---Fue mi padre el que me encontró el trabajo. Ambos estaban en paro y estaban a punto de desahuciarlos.

Celeste y yo nos miramos. «Pobre chica».

---Bueno, cariño, todas hemos tenido rachas a olvidar. Ahora ha venido un

cambio de tiempo y te toca disfrutar un poquito de la vida. Aquí no te vas a aburrir. Además, me vas a venir de maravilla como maniquí. Eres preciosa --- dijo Celeste.

Sandy sonreía. Tenía la dentadura perfecta. Un cuerpo escultural. El pelo negro y liso. Parecía una muñequita japonesa. Maldito bastardo de padre, no podía haber metido a su hija en una agencia de modelos, pensé asqueada.

---Bueno, y ahora, ¿qué? ---preguntó Celeste.

---Vosotras haced lo que queráis, yo tengo que desnudar a un abogado --- dije con cara de mala y me fui.

Subí al piso de arriba y encendí el jacuzzi que tenía Fran en uno de los baños. Me deshice de toda la ropa que llevaba puesta. El agua estaba caliente. Cerré los ojos y dejé que el burbujeo me relajara por completo.

---Vaya, me has leído el pensamiento...

Me asusté. Abrí los ojos y vi a Álvaro. Todavía llevaba el traje. Me miraba con hambre.

---Ya estás tardando ---dije.

Se desnudó lentamente, mientras continuaba mirándome. Sonreía y yo tenía ganas de gritar de gusto. Se quitó la camisa. Me quedé embobada mirándole los oblicuos y esa perfecta uve que tenía en el bajo vientre. No me cansaba de verlo.

Terminó de desnudarse y entró al jacuzzi. Cuando por fin le tuve entre los brazos nos fundimos en un beso interminable.

Decir que salimos arrugados es quedarme un poco corta. A partir de ese momento el jacuzzi se convirtió en mi lugar favorito de la casa.

Aunque fue maravilloso, como siempre, yo no conseguí relajarme del todo. La desconfianza había hecho mella en mí.

---Necesito que me concedas un par de días para mí. Quiero pensar. Analizar bien todo lo que ha pasado. Recopilar más información. Me voy a ir al apartamento de Madrid. No quiero visitas ---dije.

---Lo entiendo. Busca toda la información que quieras, no encontrarás nada. Habla con todo el personal que encuentres. Ellos te dirán la verdad respecto a mi implicación.

Durante los días que estuve en el apartamento del barrio de La Latina, no hablé con Álvaro. No le cogí el teléfono, ni le contesté los mensajes. Solo se me ocurría una forma de averiguar su implicación. Quedé con dos personas.

Uno de los actores que había participado en los rodajes más fuertes y con Rober, la mano derecha de Juan.

El primero me aseguró que jamás había visto a Álvaro en ningún rodaje. El segundo me pidió dinero para decirme la verdad.

---Verás, debo irme del país y necesito pasta. Te diré la verdad. Álvaro conocía algunas de las películas que rodábamos. Eran de porno duro. Sabía que Juan lo hacía al margen de Fran y, aun así, se calló. Pero es verdad que nunca supo de la existencia de las películas que hacíamos por encargo en las que se cometían algunas atrocidades más bestias. De eso estoy seguro ---dijo. Respiré aliviada, aunque me indignó que Álvaro estuviera haciendo algo a espaldas de Fran.

Le agradecí a Rober su sinceridad y le pagué lo acordado.

Volví a la finca con el firme propósito de ponerle fin al asunto.

Concerté una cita con Álvaro para cenar en nuestro restaurante y hotel favorito. Le había echado de menos y, si su versión me convencía, no quería perder ni un minuto.

---He hablado con Rober. Me dice que sí estabas al corriente de algunas películas que rodaban al margen de Fran.

---Pues verás, Sam. Ya te comenté que se rodaban algunas versiones más convencionales. Algunas de muy mal gusto, pero yo no formaba parte de la plantilla. Yo estaba en mi despacho ocupándome de mis otros clientes. Realmente pensé que Fran estaba al corriente de todo. Nunca surgió el tema. Lo he estado pensando, es probable que las sospechas de Fran solo se refirieran a esas películas de las que estamos hablando ahora. Él debía de sospechar que se rodaban películas sin su conocimiento, pero dudo mucho que pudiera imaginar algo tan grave. Casi mejor así. Que no se haya enterado. Fran hubiera sufrido mucho con todo esto ---dijo en un tono de tristeza que me rompió el corazón. Tenía razón. Fran era un tipo sensible, a pesar de todo. Esto le hubiera hecho mucho daño.

Miré a los ojos de Álvaro y confié. Uno no puede saber a ciencia cierta si le engañan o no. Para eso entra en juego la confianza y la fe en las personas. Decidí confiar. Lo que Álvaro y yo teníamos era demasiado bueno para destrozarlo sin luchar. Subimos a la habitación que ya casi tenía nuestro nombre y nos desquitamos de las dudas, la distancia y la tensión de los últimos días.

Reorganizando

Juan huyó del país una semana después del episodio de Ávila. Rober le contó a Álvaro que no sabía cuál era la empresa que distribuía las películas. Juan era el único que se encargaba de ello. Era muy probable que hubieran utilizado un testaferrero para la creación de la empresa porque no conseguimos encontrar nada a su nombre en el Registro Mercantil. Tratamos de limpiar lo máximo que pudimos la plantilla de todas las personas que habían ayudado a Juan con sus chanchullos. Todo el departamento de webcams pasó a estar bajo el mando de una persona externa que contratamos. Santiago, un licenciado en Empresariales recién salido de la universidad, graduado Cum Laude, que según vio el contenido de las cámaras se desabrocho la corbata y me dio un abrazo. Ajustamos los gastos a los ingresos que recibíamos con las webcams, cerramos el estudio hasta decidir qué haríamos con él. Yo quería producir cine convencional. Teníamos todo el equipo, podríamos empezar con proyectos pequeños. Cortos, videoclips musicales. Contábamos con todos los contactos necesarios en Europa y Estados Unidos. De vez en cuando nos llegaba un guion con una historia que no podíamos rechazar. Porno suave. Con el dinero que recaudamos fuimos haciendo un fondo para invertir en películas más convencionales.

La empresa marchaba viento en popa. Yo estaba sorprendida conmigo misma. La capacidad de adaptación, de organización, incluso las dotes de mando. Algo que había permanecido dormido en mi interior sin que yo supiera que estaba ahí. Ignorando de e lo que era capaz.

Álvaro preparó todos los papeles y organizó una reunión con el comité directivo en la que comunicó al resto de accionistas la renuncia de Juan y los mellizos a mi favor de sus acciones.

---¿Qué le has hecho a Juan y a mis hijos? ---me acusó Charo, la madre de Fran, en la reunión.

---Yo no les he hecho nada, se lo han hecho ellos solitos ---contesté desafiante.

Álvaro le contó a todos lo que habíamos descubierto. La sorpresa inundó la sala. Nadie podía dar crédito a lo que estaba escuchando. El padre de Fran me dio las gracias y se llevó a su mujer de allí, que seguía mirándome con asco.

Yo no dejaba de pensar en que no podíamos dejar las cosas así. El desgraciado de Juan seguía distribuyendo películas en las que se violaba a las actrices. Eso, que supiéramos. No quería ni imaginar lo que habría grabado una persona tan cruel y miserable.

Cuando la reunión llegó a su fin, me acerqué a Álvaro.

---Cariño, te invito a comer sushi ---dijo.

---Genial. Una cosa, Álvaro ---dije, poniéndome seria. Él cambió la cara--
-. Quiero ir a la policía y denunciarle.

---Pero creí que habíamos quedado en presionarle para recuperar las acciones y dejarlo correr.

---No puedo dejarlo correr. Ese hijo de puta estuvo a punto de grabar cómo cuatro tíos violaban a Sandy. Por no hablar de las veces que ha podido hacerlo y que probablemente vuelva a hacer. Nosotros seremos cómplices por no haber ido a denunciarle.

---Tienes razón ---afirmó Álvaro---. ¿Vamos ahora?

---Cuanto antes mejor. Coge toda la documentación y vamos.

Nos tuvieron en la comisaría tres horas. Contamos lo mismo veinte veces. Dejamos toda la documentación y derivaron nuestro caso a la Policía Nacional. Nos pidieron que estuviéramos operativos por si nos necesitaban para algo.

Salimos tan exhaustos que se nos habían quitado las ganas de sushi. Cogimos carretera dirección hacia la finca.

---Oye, Sam. Podríamos irnos de viaje ---dijo Álvaro de repente.

«¿Viajar?».

Nunca había tenido esa contemplación entre mis planes. Trabajo, pago de facturas y comida. Esas habían sido mis preocupaciones durante mucho

tiempo. ¿Viajar? El mar. Recordé las últimas vacaciones que había tenido. Fran y yo viajamos a Benidorm con el taxi. Una semana con todo incluido en un hotel en primera línea de playa. Toda la semana peleando porque Fran no querías salir de la piscina. No conocimos nada de la ciudad juntos. Todas las excursiones las hice yo sola. Él aprovechó para flirtear con todas las mujeres con las que se cruzó por el hotel.

Me indignó el recuerdo.

Me vino a la cabeza la imagen de la casa de la playa, me visualicé allí, tumbada en una de las hamacas de la piscina. Me entraron unas ganas enormes de salir hacia Lloret en ese mismo momento.

---¡¡Sííí!! ---grité. Tan alto que Álvaro se asustó.

---¡Joder! Qué susto me has dado.

---Has dicho un taco. Tú, el señor Elegancia ---dije mientras me reía.

---Qué boba eres ---se burló Álvaro.

---¡Eh! Un respeto, que soy tu jefa ---contesté sonriendo.

---Jefa, ¿te dejarías sorprender? ---preguntó Álvaro.

---¿Cómo?

---¿Me dejas elegir a mí el destino de nuestra escapada y preparar el viaje para darte una sorpresa?

No. Fue mi primera opción. No me gustaban las sorpresas, me costaba mucho dejar que otro tomara decisiones por mí. Pero el brillo que desprendían sus ojos me decía que le hacía mucha ilusión. ¿Y quién era yo para quitársela?

---Vale. Pero que tenga mar, por favor. Y hamacas.

---Hecho, jefa ---contestó Álvaro en tono de burla---. Te va a encantar.

Durante los días posteriores tuve la sensación de que la policía no haría nada por encontrar a Juan. Ni siquiera sé si llegaron a creernos. Me daba muchísima rabia que se fuera a librar de la cárcel después de lo que había estado a punto de hacer y seguramente había hecho. La única forma que había de atraparlo era con un testigo. Alguien que hubiera estado en algún rodaje y le denunciara. Si era alguna actriz forzada, mejor. Me propuse encontrarla. Mientras estaba desayunando con Manuela, que cada día me cuidaba mejor y a la que había cogido muchísimo cariño, sonó mi teléfono.

Era Álvaro.

---Dime ---contesté.

---Hola, cariño. Podías ser un poquito más cariñosa.

---No sería yo.

---¿Cuánto tardas en hacer la maleta? ---preguntó.

---Media hora.

---Dentro de dos horas te recojo con la maleta en la puerta. Sandy ha cancelado tu agenda hasta nuevo aviso. Ropa de playa, recuerda.

Colgó.

Una emoción empezó a recorrerme el cuerpo. «¡Un viaje!».

---Manuela, me voy a hacer la maleta. ---La besé y subí corriendo a la habitación.

Empecé a rebuscar en el armario. «¡Mierda!».

No tenía ropa de playa. Ni un vestido, ni un pareo. Ni un sombrero.

Corrí a la habitación de Celeste.

---Por favor, ¡necesito tu ayuda! ---exclamé.

---¿Qué pasa? ---preguntó preocupada.

---Me voy con Álvaro de viaje. A un sitio con playa que no ha querido decirme dónde es. ¡Y no tengo ropa!

---Vale, vale, me habías asustado. Tranquila, el verano pasado hice una colección de vestidos playeros. Se vendieron casi todos, pero tengo un par que me quedé para mí. También tengo un par de pareos, una pamelita preciosa y un par de vestidos de cóctel.

---¡Me salvas la vida! ---grité agradecida.

---No seas exagerada. Vamos, que te ayudo a hacer la maleta.

Le di un abrazo gigante.

Dos horas después estaba en el recibidor con la maleta preparada y una sonrisa infantil en el rostro.

Álvaro bajó las escaleras vestido de sport. Vaqueros, una camiseta de manga corta y una maleta pequeña.

Le dejó unas indicaciones a Manuela.

Nos despedimos de Celeste.

Y salimos.

El chófer nos esperaba con el coche en la puerta. No hablaron, ni Álvaro le pidió que nos llevara a la estación de tren o al aeropuerto. Lo tenía todo preparado. Se sentó en el asiento trasero conmigo y cuando el coche arrancó comenzó a besarme.

---¿Preparada para desconectar, jefa? Nada de porno. Salvo el que protagonicemos nosotros.

Sonreí.

---Preparada.

Llegamos al aeropuerto una hora después, el trayecto se me hizo más largo que nunca. La emoción me tenía impaciente. Nos despedimos del conductor y Álvaro le apartó de mí para concretar con él cuándo tenía que recogerlos.

Nos dirigimos a una de las ventanillas para facturar el equipaje. Una vez hicimos todo el papeleo, entramos por el arco del detector de metales y nos fuimos a tomar un café en la zona de embarque. Hasta ese momento había conseguido ocultarme nuestro destino.

Tuvimos que esperar una hora y media.

---Vamos, tenemos que embarcar ya ---dijo Álvaro.

Nos pusimos en una fila de gente que esperaba para embarcar y pude leer en el cartel que había en la puerta de embarque: Lanzarote.

Me morí de gusto en ese mismo momento.

Siempre quise viajar a las islas Canarias, pero jamás tuve la oportunidad. Se me puso una sonrisa en la cara como la de los niños la mañana de Navidad.

Aterrizamos en Lanzarote casi tres horas después de despegar. Al salir a la puerta principal nos recogió en el aeropuerto un taxi que nos llevó directamente al hotel. Luego descubrí que el coche con el conductor estaría disponible para nosotros todo el tiempo que íbamos a estar en la isla.

Lanzarote tiene un Parque Nacional, el de Timanfaya, zona natural protegida de origen volcánico, donde se pueden observar las erupciones de varios géiseres. El paisaje es imponente y sobrecogedor. Uno empequeñece ante las maravillas que nos ofrece la naturaleza.

El hotel estaba ubicado en Puerto Calero, uno de los núcleos turísticos de Lanzarote. Completamente volcado con el turismo. El folleto decía que era un oasis de tranquilidad y sosiego en un entorno que destaca por su gran belleza natural de origen volcánico. Y por lo poco que pude comprobar nada más llegar era todo completamente cierto.

Yo no dejaba de admirar todo lo que veíamos. El océano, las montañas de color oscuro como si hubieran sido arrasadas por el fuego.

Llegamos. El hotel era un edificio blanco de poca altura en primera línea de playa. Accedías con el coche a la entrada principal bajo una cubierta con el tejado de madera.

Nada más llegar, el personal se volcó con nosotros. El *check---in* fue rapidísimo y subimos directamente a la habitación.

Desde la terraza se veía el océano azul. Imponente y sosegado. Solo se escuchaba el silencio. La habitación era sobria y elegante. Con los tejidos en diferentes tonalidades de blancos. Todo en conjunto tuvo un efecto relajante en mí. Me despojé de la ropa y me quedé mirando a Álvaro, que me recorría con su mirada como si fuera la primera vez que me veía.

---Estás preciosa. Así, sin un solo adorno ---susurró.

---¿Me acompañas a la ducha? ---dije bajando el tono de voz.

Me cogió de la mano a modo de respuesta y nos perdimos entre los pliegues de la piel mientras el agua nos calmaba las ansias.

Tres horas más tarde, después de comer en la habitación, decidimos probar la piscina.

La piscina estaba en la parte trasera del edificio principal. Daba a la playa y desde el agua se veía el mar. Rodeada de hamacas y palmeras, parecía la típica postal de revista de viajes.

Hicimos muchísimo turismo. Visitamos el lago verde, la capital, Arrecife. Pudimos bañarnos en casi todas sus playas. Disfrute de la gastronomía y el clima de la isla. Me adapté al ritmo canario, más lento que en Madrid.

Conseguí desconectar, olvidarme de todo. Hacer el amor con Álvaro cada vez que estábamos en la habitación, solos. Teníamos una conexión especial y una química que conseguía que nos excitáramos con solo mirarnos. Al sexto día de retozar en el paraíso me llamó Celeste y me jodió el idílico momento que estaba viviendo.

---Escocida tienes que estar, guarra ---dijo nada más descolgar.

---Yo también me alegro de oírte, perra.

---Llamo para joderte las vacaciones. No era mi intención, pero es importante ---dijo Celeste en un tono muy serio.

---Cuéntame.

---He localizado a un actor dispuesto a testificar contra Juan y los demás. Es amigo de Iván, su chico. Le obligaron a rodar una escena donde forzaban a una actriz y simulaban su muerte. Le amenazaron con no volver a encontrar trabajo en el sector.

---¡No me digas! ¿Cuándo podríamos verle? ---pregunté excitada.

---Cuando queráis.

---Mañana volvemos. Hay que hablar con él y llevarle a la policía. ¡Eres la mejor, Celeste!

---Quizá puedas aprovechar y volver cuando lo tenías previsto ---sugirió.

---No quiero perder tiempo. Ese hijo de puta tiene que ir a la cárcel. Sabía que lo había hecho más veces. Gracias, corazón. Mañana nos vemos.

Le conté a Álvaro las novedades y consiguió cambiar los billetes de avión para la mañana siguiente.

---Ya habrá más escapadas, no pasa nada ---dijo.

Me enamoró completamente.

Finalizar etapas

Acompañamos a Saúl, el testigo, a la comisaría de policía. Nos hicieron esperar hasta que se personó la Policía Nacional. Antes de llevarle comimos todos en la finca donde nos contó con detalle todo lo que había vivido.

El relato fue desgarrador. Juan no simulaba las violaciones. A las chicas las agredían de verdad. Obligaba a los actores a violar a mujeres bajo amenazas, algunos se negaban, pero los extorsionaban. Les amenazaban con dañar a sus familiares o dejarles en la ruina. Le pedí que nos diera los datos de una de las actrices a la que habían violado, pero me contó que la mayoría había huido y no querían hablar. Una de ellas se suicidó un mes después de rodar una de las películas. Enfurecí. Me puse a gritar por la cocina fuera de mí, mientras Manuela y Celeste lloraban. Álvaro, cabizbajo, no daba crédito a las palabras que acababa de escuchar. Le hicieron desgarros por ambos lados. Debió de sufrir muchísimo dolor. Era la misma fórmula que había preparado aquel día en Ávila. Cuatro hombres y una mujer joven e indefensa.

---¡¡¡Maldito hijo de la gran puta!!! ---grité. No dejaba de pensar es esa niña, porque tenía diecinueve años, según nos había contado Saúl. Me sentía responsable. Miraba a Sandy, allí sentada, con cara de horror y gratitud a la vez. Me acerqué a abrazarla. Me susurraba: «Gracias, gracias», todo el rato.

---Saúl vamos a comisaría. Hay que denunciar a ese cabrón ---dije.

Álvaro avisó al conductor para que trajera la furgoneta y nos fuimos todos. Solo se quedó en casa Manuela.

Ni siquiera puedo concretar el tiempo que nos tuvieron allí. Saúl les dio el nombre de la película y encontraron una copia por Internet. La vendían en una tienda de discos de segunda mano en el centro. Fue una patrulla. Cuando vimos

la escena nos quedamos impactados. Un silencio llenó la habitación. Sandy lloraba y yo cada vez estaba más furiosa. Le mataría. Si le encontraba le mataría.

---Pienso matarlo ---dije fuera de mí.

---Tranquila. Nosotros nos ocuparemos de él. Vamos a solicitar una orden de busca y captura a la Interpol ---dijo uno de los policías.

Salimos de allí con la sensación de haber hecho lo correcto. Era cuestión de tiempo que lo cogieran, por nuestra parte habíamos hecho todo lo que estaba en nuestra mano. Fuimos a celebrarlo, teníamos que animar a Sandy, que estaba temblorosa. Cenamos, bebimos, bailamos y Álvaro y yo nos besamos durante toda la noche.

El lunes siguiente reuní a todo el personal de la empresa en el estudio de grabación. Pedí que me prepararan una tarima y pusieran sillas plegables para que todo el mundo pudiera sentarse.

Podía sentir la preocupación que irradiaban sus ojos. Álvaro y Celeste se sentaron conmigo en la mesa presidencial, el personal técnico había instalado varios micrófonos.

---Buenos días, gracias a todos por venir. Debido a los últimos acontecimientos, hemos creído oportuno daros todas las explicaciones al respecto. No sé si lo sabréis, pero Juan y algunas de las personas de su confianza ya no trabajan en esta empresa. Todas las acciones que él poseía han pasado a mi titularidad. Descubrimos que había montado un canal de distribución paralelo y que hacía un tipo de cine que Fran jamás quiso hacer. Llegando a grabar películas ilegales. Hemos aportado todas las pruebas necesarias a la policía y han dado orden internacional de capturarlo. Será cuestión de tiempo que termine en prisión. Toda la gestión de las webcams ya está siendo dirigida por Santiago, que lleva poco tiempo con nosotros, pero está haciendo una labor increíble. Gracias, Santiago ---dije, dirigiéndome a él, que me devolvió una sonrisa preciosa. «Céntrate, Sam»---. Por ahora esa actividad tiene que seguir, trataremos de ampliar público, actualmente obtenemos la mayoría de los ingresos a través de las conexiones. Ese tema está organizado, pero necesito que me ayudéis con el estudio y la distribución de las películas. Creo que todos sabéis que este mundo me es ajeno y tuve muchas reticencias para trabajar en la industria del porno. He entendido que

sois todos unos profesionales y que hay mucha demanda del género. Tan solo debemos seguir haciendo cine de calidad como quería Fran. Este es su imperio, lo levantó con pasión y esfuerzo, y me gustaría preservar su memoria convirtiéndonos en los mejores del mercado. O conservando esa distinción. Es por eso que quiero hacer un tipo de cine erótico con más argumento. Quiero que el departamento de creación busque los mejores guionistas del mercado. Los quiero en plantilla. Vamos a hacer una productora nueva. Lanzando las películas en *streaming*, con una suscripción mensual asequible para todos los públicos. Que puedan ver películas en el teléfono, en las tabletas. En los televisores. Cine a demanda. También incluiremos series, pero por ahora las compraremos. El futuro será producirlas también, en cuanto tengamos operativos a los guionistas. Buscar en el mercado extranjero. También quiero rodar en inglés. Nos apartaremos un poco del cine porno, pero mantendremos un cine para adultos, con escenas de sexo. Es por eso que quiero mantener a toda la plantilla de actores. Y os pediría que, si queréis convertirlos en actores convencionales, haré todo lo posible para ayudarlos. Esta semana firmamos un convenio con una de las mejores escuelas de interpretación de Madrid para que sus actores hagan prácticas en las películas que hagamos. Así que, si alguno quiere formación, no tiene más que decírmelo. Películas de todos los géneros, acción, terror, comedias románticas, me he propuesto convertirnos en el referente europeo. Tenemos presupuesto para invertir y conseguirlo, pero necesito vuestra ayuda. Vuestra implicación, vuestras ideas y, sobre todo, vuestro entusiasmo. Aquí estamos los tres para lo que necesitéis. Álvaro va a ser mi socio. ---Pude sentir la mirada sorprendida de Álvaro---. Y Celeste se ocupará de crear un departamento de vestuario, donde diseñará el vestuario de todas las películas. Ya os iré reuniendo por departamentos para contaros los pormenores. Estoy muy orgullosa de todo el trabajo que habéis realizado, y estoy segura de que vais a llevar a esta empresa a lo más alto. Habrá subidas salariales, quiero que estéis a gusto. Voy a habilitar la casa de invitados para convertirla en algo parecido a una casa rural o un hotel. Si es necesario, podréis quedaros a dormir, para que no hagáis tantos kilómetros. Venid y hablad conmigo, sé que tengo fama de borde y seca, pero mi despacho está abierto para todos vosotros siempre que lo necesitéis. ¿Tenéis alguna duda?

Se hizo el silencio. Uno se levantó y dijo: «Gracias por todo». Y empezaron a aplaudir. En ese momento me emocioné. Por mí, por Fran. Por Celeste, que estaba pletórica.

Álvaro me cogió de la mano y entendí que la vida te reserva muchas sorpresas en el camino, tan solo has de estar atenta a las señales y ser capaz de lanzarte al vacío. Probar. No tener miedo al cambio. Puede que en algún momento se tenga la sensación de tener una vida de mierda. Sin eufemismos. Que no merece la pena seguir, que los días son todos iguales y no hay nada por lo que luchar. Tan solo hace falta una ráfaga de aire, un cambio de sentido, un guiño del destino y tu vida puede convertirse en algo maravilloso. En ese momento supe que ya no era la misma. No volvería a ser esa mujer amargada e infeliz, enfadada con la felicidad por no quedarse conmigo.

Álvaro me llevó a una de las salas contiguas y cuando estuvimos solos se abalanzó sobre mí.

---Qué orgulloso estoy de ti, Samantha. Eres una líder nata. Sé qué harás historia y tu nombre quedará grabado para la posteridad. Me siento muy afortunado de poder compartir este camino a tu lado. Ahora, cuéntame eso de que seamos socios.

Sonreí agradecida.

---Necesito tenerte a mi lado. No quiero que vuelvas al bufete. Y son demasiadas acciones para mí sola. Me gustaría pasarte las acciones de Juan y que seas mi brazo derecho en toda esta aventura. Hagamos el mejor cine del mundo, Álvaro ---dije mientras me acerqué a él.

Nos besamos y comprobé que estábamos en una de las salas de grabación donde habían rodado una escena muy subida de tono. Cama redonda, grilletes en el cabecero. Le miré y él adivinó mis pensamientos porque me cogió de la cintura y me lanzó en la cama. Fue desnudándose lentamente. Y me puso un grillete en cada muñeca. Creí que moriría de placer. Comenzó a besarme por el cuello, mientras sus manos me recorrían entera. Fue una manera diferente de firmar un contrato de socios, pero en esa cama firmamos un pacto mucho mayor. Nos entregamos el uno al otro y nos juramos amor eterno.

---Te quiero, Álvaro ---dije por primera vez. No había vuelto a pronunciar esas palabras y salieron de mi entraña con una fuerza imparable. Me hicieron explotar por dentro y derramé lágrimas de satisfacción. Por fin había empezado a sentir. Mi corazón latía y el muro que lo había estado aprisionando se rompió en mil pedazos. Era libre para amar. Me reconcilié con mi pasado.

Él se estremeció, sabía lo importante que eran para mí esas simples, y a la

vez tan grandes, palabras.

---Yo también te quiero y te querré siempre...

Nos fundimos en un beso largo mientras él entraba dentro de mí. Hicimos el amor varias veces y nos convertimos en una pareja comprometida con nuestra relación y con la empresa que ambos dirigíamos.

También nos convertimos en la pareja más productiva del cine. La productora facturaba millones de euros al año. Llegó el día en el que conseguimos cerrar la emisión de las webcams porque facturábamos más con las películas y las suscripciones. Fuimos el referente para otras empresas del sector y conseguí varios premios como empresaria. Veía mi cara en las revistas del corazón. Nos siguieron los paparazzi a un viaje que hicimos a Santorini, donde engendramos una niña preciosa.

Me convertí en madre y fue mi mejor premio en la vida.

Álvaro y yo nos casamos en la finca, rodeados de todos nuestros empleados, que se habían convertido en familia. Nuestra pequeña tenía cuatro años, unos rizos negros y los ojos claros de su padre, que la miraba con absoluta devoción. Nos entregó los anillos y fui la mujer más feliz del planeta.

No supimos nada de Juan. El muy cretino se escondió bien. No descarto que aparezca de nuevo en mi vida. Solo espero que el karma le coloque allí donde debe de estar.

Llegados a este punto de la historia, he podido comprobar cómo el escritor que contraté para narrarla se ha ido emocionando. No sé si es una vida digna de escribir, tan solo sé que es la mía y era un regalo que he querido dejarle a mi hija, Isabella, para que sepa de dónde viene su madre y se sienta orgullosa. No quiero dar ninguna lección, no es el sentido de este libro. Tan solo quiero darte un pequeño consejo, a ti, lector, que sujetas sus páginas entre tus manos. Trata de vivir como si no importara el futuro. No acumules, no guardes para mañana, no pospongas ni un minuto de felicidad. Arriesga y, si pierdes, levántate y vuelve a arriesgar. La vida te espera. Dobla la esquina y deja que te sorprenda...

Agradecimientos

Según va pasando el tiempo y voy aprendiendo cada vez más de este maravilloso oficio, me doy cuenta de que cada vez tengo más gente a la que agradecer por el camino. En primer lugar, no me quiero olvidar de mi familia. Mis padres, mi chico, mi hermano, mi hijo. Tras la publicación de Martina entendieron que no hay nada en el mundo que quiera hacer, salvo escribir. Han comprendido que las letras son mi energía y mi vida. Una vez que he publicado varios libros, y han visto afianzada mi testarudez y mis ganas de seguir, el apoyo ha sido absoluto. Gracias de corazón, a todos, por dejarme mi tiempo de escritura. Por las veces que habéis pospuesto las llamadas porque sabíais que estaba sentada en el escritorio inmersa en esta historia que me ha enamorado absolutamente.

Quiero agradecer a todos los compañeros autores que me han tendido una mano. Que han intercambiado conmigo una palabra de ánimo o de aliento. Hemos creado un grupo molón, estamos a punto de sacar un libro solidario de relatos y soy muy feliz de poder compartir escenario literario con vosotros. Espero no dejarme a ninguno. Martin McCoy, Dulce Merce, Ainara V. Martin, Gemma Herrero, Yolanda García, Roser A. Ochoa, Ager Aguirre, Marta Abelló, Mimmi Kass, Leno Bermudez... Y tantos otros. A todos y cada uno de vosotros, gracias. Sois muy grandes.

También quiero agradecer su cariño a dos personas que siempre han formado parte de mi vida. Los años nos han distanciado, y los años nos han vuelto a juntar. David y Mariajo. Os quiero muchísimo. A partir de ahora vais a ser imprescindibles en mis días. En mi aventura literaria. En todo. Gracias por existir.

Y un GRACIAS también así de grande a mi media naranja. La mitad de mi corazón, la persona que ha llegado a mi vida para hacerla más bonita. Que además se ha convertido en lectora beta, junto con David y Miguel. Gracias a los tres por leer el libro antes que nadie y ayudarme a que quedara un poco mejor. Esa persona a la que me refiero es Esther, decir que te quiero es quedarme muy corta. Eres luz, una de las mejores personas que conozco.

Quédate a mi lado, bonita mía. Porque sin ti nada sería lo mismo. Gracias a Alfredo por traerte a mi lado. Por ser como es. Os quiero.

No quiero extenderme mucho. En estos momentos tengo en la mente a todas las personas que salen en los agradecimientos de Martina y que, por ende, tienen que salir aquí, aunque no puedo enumerarlos uno a uno.

Un GRACIAS especial para todas las personas que habéis comprado mis anteriores libros y que ellos os han traído a este. Espero de corazón que hayáis disfrutado con esta historia.

Y cómo no, GRACIAS a Elisa y a todo el equipo de Harper Collins Ibérica por haber confiado en mí y darle una oportunidad a esta historia tan especial. Un verdadero lujo y todo un orgullo poder trabajar con vosotros.

Sobre la autora

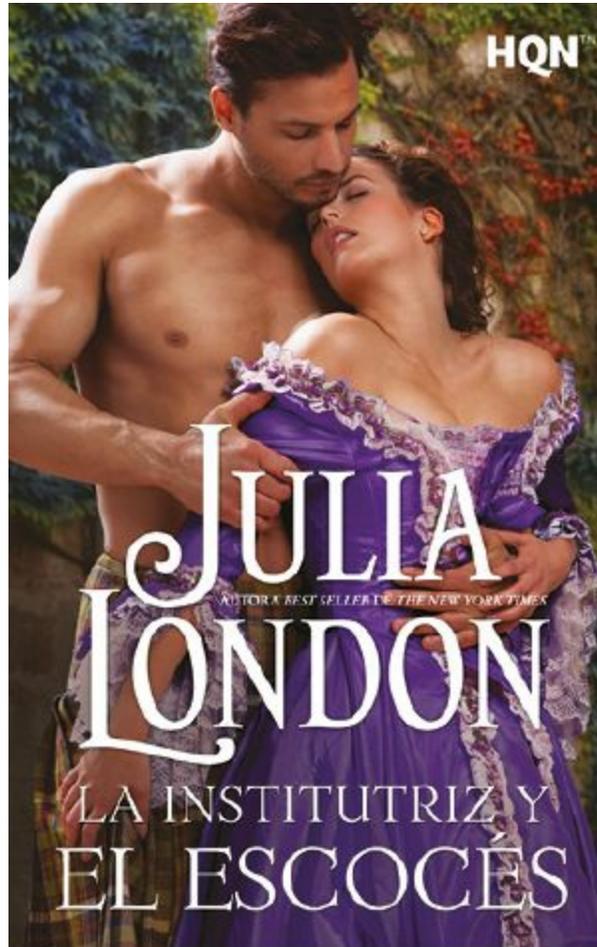
María Gallego (Madrid, 1978) ha trabajado durante más de quince años en el sector de servicios a empresas, en una multinacional dedicada al software de gestión. Aunque su pasión ha sido siempre la escritura.

En el año 2014 da el salto a las redes abriendo un blog de relatos y cuentos llamado *Martina y su caja de zapatos*, nombre que da título a su primera novela. Autora de *Escenas cotidianas y otros cuentos*, *Tiempos raros para el amor* y *Rescate al olvido*.

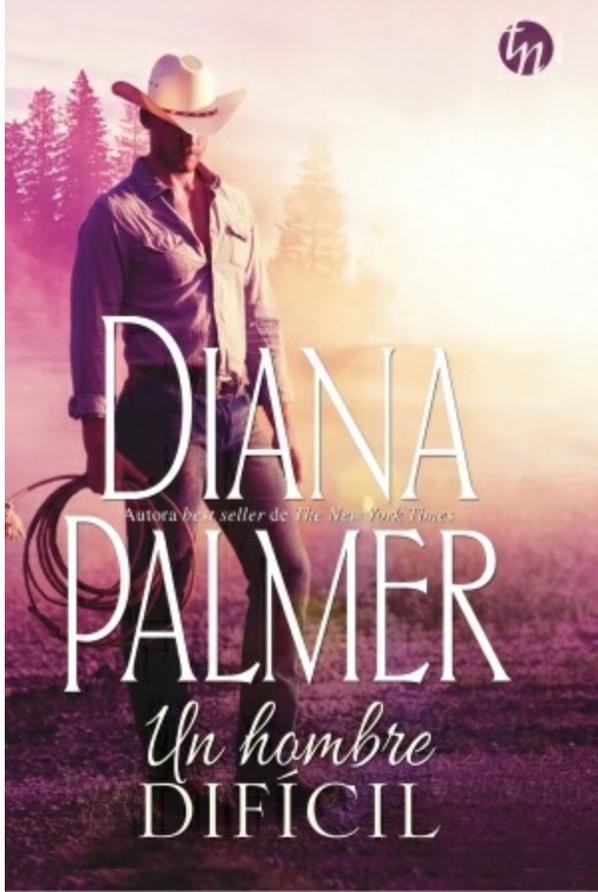
En la actualidad, compagina la escritura de la que será su próxima novela con el blog y las redes sociales, donde comparte los relatos que escribe con sus lectores, que van creciendo en número cada día.

Puedes encontrarla en: Facebook: @Martinarelatos Twitter: @mariagautora
Instagram: @mariagallegoautora Email: martinaysucajadedezapatos@gmail.com

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?" Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur [Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

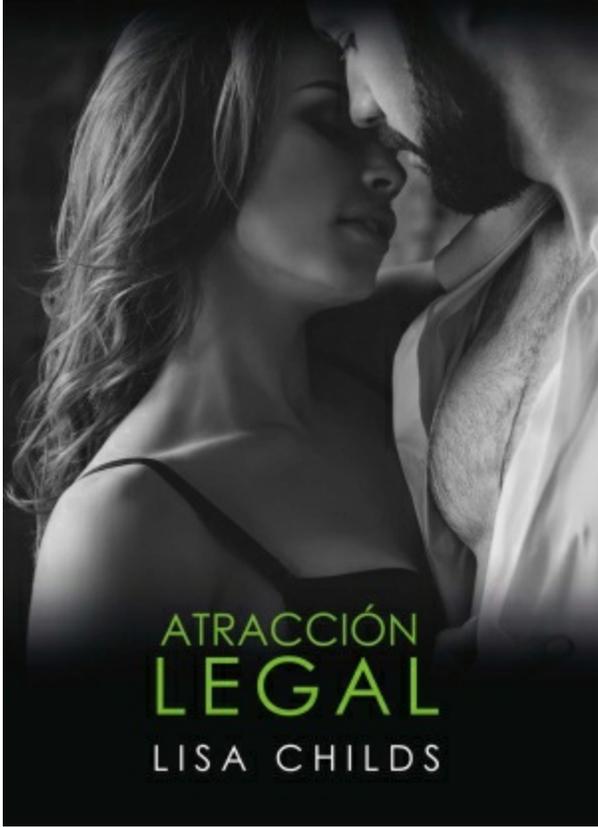
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

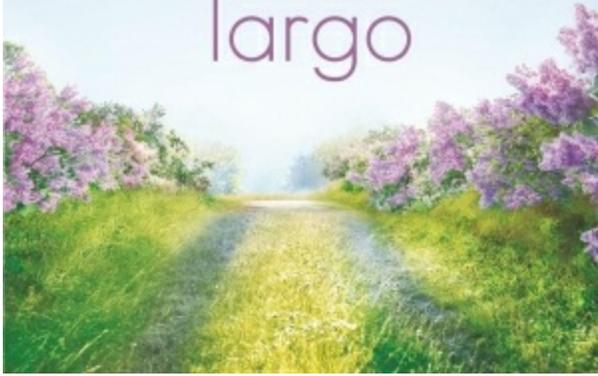
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

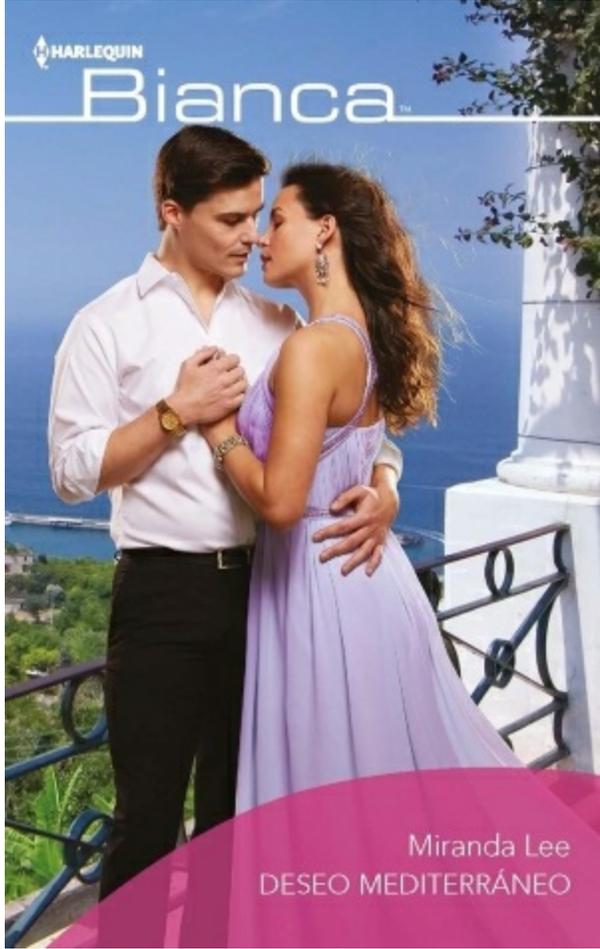
9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)